

RODOLFO HINOSTROZA



Cuentos de Extremo Occidente

Serie Ficciones NARRATIVA

Pontificia Universidad Católica del Perú - FONDO EDITORIAL 2002



## Cuentos de Extremo Occidente

---

Serie Ficciones NARRATIVA

---

RODOLFO HINOSTROZA

Cuentos de  
Extremo Occidente



Pontificia Universidad Católica del Perú - FONDO EDITORIAL 2002

*Cuentos de Extremo Occidente*

Primera edición: marzo de 2002  
1000 ejemplares

Dirección editorial: Dante Antonioli D.  
Responsable de la Serie Ficciones: Estrella Guerra C.  
Diseño de cubierta: Fondo Editorial de la PUCP

© Rodolfo Hinostroza, 2002  
Derechos exclusivos en Perú

© 2002 de esta edición:  
Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú  
Plaza Francia, 1164  
Lima 1 - Perú  
Teléfonos: 330-7410, 330-7411  
E-mail: <feditor@pucp.edu.pe>

Derechos reservados. Prohibida la reproducción de este libro por  
cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso  
expreso de los editores.

ISBN: 9972-42-460-X  
Hecho el Depósito Legal: 1501052002-0999

Impreso en Perú - Printed in Peru

CASI TODOS los cuentos de este libro han sido publicados a lo largo de los últimos 20 años. El más antiguo es «Memorándum», que salió en la edición española de *Play Boy* a inicios de los 80 y estuvo a punto de convertirse en guión de cine en manos de Jorge Semprún. Luego vino una serie que fue saliendo en el diario *La República* cuando Guillermo Thorndyke lo dirigía: «Variante Pasamayo», «El señor de París» y «Memorias de Drácula», este último en doce interminables entregas. En 1987 gané el Primer Premio del concurso Juan Rulfo que se otorga anualmente en París, con el cuento «El benefactor» que salió en *Hueso Húmero* y ahora figura en diversas antologías y esta misma revista publicó en enero de 2000 el penúltimo cuento que escribí, «El muro de Berlín». El último es «Las leyes del amor».

El *Extremo Occidente* —que para Borges es sinónimo de América Latina— es para mí una incierta región «donde sopla el viento del espíritu» y pasan cosas que merecen ser recogidas bajo la forma de cuento fantástico. El nombre de este libro es pues un homenaje al maestro argentino que no cesa de guiarnos con el brillo de su prosa.



## EL SEÑOR DE PARÍS

*A Jorge «Yoyo» Manrique*

EL ALCAIDE ME DIJO: «Lemaire, debe usted saber que su petición de gracia ha sido rechazada por el Presidente de la República. Esto significa que, dentro de ocho días, será usted ejecutado. Se le trasladará a otro pabellón y gozará de algunos privilegios: podrá recibir visitas en su celda, tendrá una mejor alimentación y cosas de ese tipo. El vicario está a su disposición».

Recuerdo que me quedé mirando fijamente una mancha de humedad en el muro, que parecía un tigre. La primavera entraba ya a París, y reprimí unos furiosos deseos de llorar hasta el agotamiento. Los guardias me llevaron. De esa noche no tengo memoria, pero a la mañana siguiente mis sábanas aparecieron manchadas de vómito y esperma, y los carceleros me miraron con una mezcla de piedad y de asco. Estaba ronco de tanto aullar, me ardía la cabeza, las piernas me sostenían apenas, pero tenía un plan. El único posible.

Mi mujer me visitó al día siguiente y se lo expliqué minuciosamente. Ella no me creyó. No conocía ciertas tradiciones francesas. «¡Estás loco!», me dijo. «¡Eso no va a marchar!». «Hay que probar», repuse. «Una costumbre que no ha cambiado durante siglos, no va a cambiar por mí». «Y si el plan no resulta, si algo falla, ¿qué pasará conmigo?», dijo Odette nerviosamente. «Seremos dos, entonces. Yo he matado por ti. ¿Por qué vacilas?».

Tres días después, Antoine Rocquancourt, también conocido como El Señor de París, el legendario verdugo que me iba a ejecutar, murió atropellado por un automóvil negro que se dio a la fuga cerca de Meudon. Según algunos testigos, el chofer era un hombre de tipo norafricano, que la policía nunca llegó a atrapar.

Así salvé mi vida, porque, según una tradición secular francesa, después de la muerte del verdugo se conmuta la pena del primer reo que habría de subir al cadalso, que era yo, y mi sentencia fue conmutada a cadena perpetua. Pero yo sabía que algún día saldría en libertad.

Salí de la prisión de Fresnes veinte años más tarde, un día domingo. Odette, que seguía siendo bella a sus 45 años, me esperaba en un convertible blanco. Me llevó a su apartamento cerca del Parc Monceau, y de pasada me mostró la librería de la que era propietaria. Ya en su cuarto me echó los brazos al cuello, sollozamos, y ella dijo: «todo será como antes. Ya verás».

Nada fue como antes, naturalmente. Yo venía de largos años de masturbación forzada, de locas fantasías eróticas irrealizables, no había tocado una mujer en 20 años y algo no marchó en la cama desde la primera noche. Descubrí, poco a poco, con horror y vergüenza, que me había vuelto impotente y tuvimos que vivir con eso. Me hice cargo de la librería y, al cabo de algún tiempo, ella volvió a tener amantes de una noche que la dejaban saciada, pero su amor seguía siendo mío. Era un acuerdo tácito y nunca hablamos de eso.

Hasta que un día Max apareció en nuestras vidas. Max, un don nadie de 25 años, un guapo mocetón demasiado seguro de sí mismo, un ridículo Don Juan de barrio por el que mi mujer comenzó a enloquecer. Comprendí demasiado bien, y demasiado tarde, que no era el capricho de una cuarentona que ve acercarse la vejez, sino la pasión abrasadora de una mujer que había perdido su juventud esperándome. Reconocí en ella esa misma pasión que nos había llevado, años atrás, al crimen.

Max se burlaba de ella, la humillaba, la hacía pasar de la exaltación más sublime al sufrimiento más abyecto. «Debido a la inconsistencia

de su juventud» pensaba yo equivocadamente. Y ella venía a llorar sus penas sobre mi hombro, todo pudor perdido, por ese mequetrefe.

Hasta que un día regresó al alba, sollozando, cubierta de moretones y me dijo a bocajarro: «¡Pierre, se lo he contado todo!». «¿Todo?, ¿qué todo?», repuse, temiendo lo peor. «Lo que le hicimos al verdugo... ¡Todo!», replicó desafiante. La abofeteé hasta dejarla casi inconsciente. Cogí mi pistola y salí en busca de Max.

La policía me esperaba en las escaleras de su casa. «¡Quieto, Lemaire!», aulló un sargento. «¡Las manos en la nuca!». Disparé.

Así se cierra el círculo. Dentro de unos minutos vendrán a buscarnos, a Odette y a mí, al Pabellón de los Condenados. Esta vez no habrá conmutación de pena alguna, porque Max es hijo del verdugo Antoine Rocquancourt, y acaba de tomar el puesto que le dejó su padre hace más de 20 años, porque el oficio de verdugo se hereda de generación en generación y todos son de la misma maldita dinastía. Su plan para vengar a su padre ha sido eficaz y diabólico, y pronto hará rodar mi cabeza y la de su amante bajo la guillotina. No podremos ver su victorioso rostro, porque El Señor de París trabaja encapuchado y es imposible adivinar sus sentimientos.



# MEMORÁNDUM

*a Marie-Laure de Folin*

1.

LA LIMOSINA SE DETUVO a la entrada de un elegante restaurante de las afueras de París. Descendió un hombre alto y seco, de cabello entrecano. Una sonrisa flotaba en sus labios cuando se volvió para darle instrucciones al chofer. La bala de fusil penetró entre sus ojos, abriéndole en la parte posterior del cráneo un atroz boquete de salida.

2.

El Presidente Director General de BART-ANTWERPEN esperó que se calmase la lluvia de críticas motivadas por su intervención. Entonces se levantó teatralmente y puso al descubierto una serie de gráficos dispuestos sobre bastidores metálicos. «Señores», empezó con ironía, «naturalmente que ustedes conocen los Logiciales de Aplicación...» cuando una bala de fusil le reventó la cara, arrojándolo, desarticulado, contra la pulida mesa de conferencias.

3.

El Bagghera amarillo tomó la curva de entrada de Roncesvaux a una velocidad menos que prudente. Bernard de Villemin rio nerviosamente al sentir los dedos de Irene jugando con el cierre relámpago de su

gastado *jeans*. «El albergue está al otro lado de la colina» dijo, y al instante siguiente una bala destrozaba el parabrisas y se hundía en su garganta haciendo que el automóvil, falto de control, saltase como un bólido al barranco donde pronto no fue sino un infierno de hierros y de llamas.

4.

«Tienes que darme unas semanas más, Henri» dijo el Comisario, «estamos haciendo lo imposible y nadie podría hacer más. Cada día aparecen nuevas pistas y una terminará por ser la buena». «Lo que tú no comprendes, Bineau— repuso el Prefecto— es que tus informes son pura palabrería. Todo lo que saben en tus servicios cabe en un simple memorándum, y mira que soy generoso.

«Arma: probablemente un fusil Anschuts de competencia, con mira telescópica. *Modus operandi*: exactamente el mismo para las cinco víctimas: las mata de un tiro en la cabeza, es un tirador de elite. Perfil de las víctimas: todos son ricos industriales».

«¿Viste?— continuó— desde hace seis semanas es todo lo que sabemos. El imbécil de Bergeron ve detrás de todo esto de la mano de Khadafi, pero yo solo veo la incompetencia de nuestra policía». «Gracias por lo que me toca, pero no solamente es la nuestra; porque hay tres crímenes en Alemania, dos en Bélgica, y ellos están en lo mismo que nosotros— replicó con firmeza el Comisario—. ¿Por qué no se nombra una Comisión Especial, con plenos poderes?». «Eso lo haremos cuando presentes tu renuncia» suspiró el Prefecto.

«Eso no va a tardar— hizo una mueca el Comisario—. ¿Has leído el *Fígaro* de hoy? Esos cabrones piden mi cabeza». «El problema es que se apunta al Ministro a través de ti» dijo el Prefecto sentenciosamente. «¿Y qué les vas a decir cuando les anunciemos que el Barón de Villemin ha muerto y la chica está en coma?» dijo nerviosamente el Comisario. «Evidentemente siempre hay la posibilidad de imponer un *black-out* a la prensa, pero es una cuestión tan delicada».

5.

El Inspector Charles Foix salió de Quai des Orfèvres y se dirigió a un coche deportivo rojo, al volante del cual Waltraud lo esperaba. Mientras ella arrancaba, Foix admiró el tablero de mando enchapado en madera, los asientos de cuero rojo olorosos a cuero, las largas bellas piernas de esa muchacha que decía amarlo. A su derecha los paquebotes de vidrio, llenos de turistas, encendían sus luces sobre el Sena.

Horas más tarde abrió los ojos en un gran lecho cuadrado y vio una forma femenina estirarse voluptuosamente bajo las sábanas de seda. «¿Nos queda más champagne?» preguntó Waltraud con coqueta desenvoltura, estirando su copa vacía. «Eres tú quien debe saberlo —respondió el Inspector abruptamente— después de todo estás en tu casa». «¿Qué te pasa?» se inquietó la alemana, desconcertada.

Foix se levantó desnudo y se acercó a la ventana, para contemplar las luces de París desde aquel piso 20, apoyando la frente contra el vidrio. Desde aquí no se distinguía la Torre, ni el Mercado, ni su Courvevoie natal, solo había rascacielos que se miraban uno a otro, y se devolvían el reflejo en sus cristales opacos. Los vidrios le devolvieron la tenue imagen de un hombre cuarentón, de cabello entrecano y mandíbula insolente, con un vientre incipiente que comenzaba a instalarse en su cuerpo atlético.

Rio de un modo desagradable. «Cuando una burguesa no tiene a mano a un hampón para encanallarse, es natural que termine con un Inspector de Policía. Supongo que para ustedes somos parecidos, las dos caras de una misma moneda». «No sé lo que es encanallarse» respondió ella provocativamente. «¿No sabes? Ciertamente que no eres francesa. ¿Cómo se dice encanallarse en alemán? Esa palabra indispensable no debe faltar en tu vocabulario». «Ven a explicarme lo que significa» dijo la voz caliente de Waltraud en la oscuridad.

6.

Foix, seguido del Inspector Montel, atravesó la inmensa *pelouse*, dirigiéndose hacia la figura femenina tendida negligentemente en la

hamaca. Annabel Le Bretón, completamente dopada, respondió a sus preguntas como una autómatas, haciendo tintinear miles de veces los cubitos de hielo en su vaso de *scotch*. No, ella no le conocía enemigos a su marido, no...

7.

Danny Carrillo recibió a ambos inspectores en la Sala de Billar. No, no sabía si su tío había tenido relación con alguna de las otras víctimas, ni tenía una idea muy clara sobre sus negocios. Pero no le extrañaría que hubiera tenido enemigos, porque toda su vida no había sido sino un roñoso y adefesiero hijo de puta.

8.

«A mí también me gustaría— dijo el Comisario— que hubiera alguna relación entre nuestras víctimas, que ya suman doce. Que hubieran sido socios, por ejemplo, en negocios, o compañeros de escuela, o reclutas del mismo batallón, algo en fin que nos diera un hilo conductor. Así satisfaceríamos una cierta tradicional idea de Unidad de Acción y podríamos explicar toda la serie de crímenes como la oscura venganza de un socio arruinado, de un contador humillado, de un abogado diabólico».

«Pero usted mismo, Inspector Foix, ha concluido, después de investigarlos a fondo, que no había vínculo alguno entre ellos. No nos queda pues sino abandonar esa línea de pesquisa, y usted y el Inspector Montel pasarán a interrogar testigos, o sea, a esa banda de histéricas y maniáticos que se imaginan haber visto a nuestro hombre. Ahí puede haber algo».

«No sé qué es preferible» murmuró Montel entre dientes cuando abandonaban la oficina del Comisario.

9.

El hombre trepado en la escalera arrancó un manojito de hierbas secas que se aferraban al tejado de la casa. «Papá— dijo el niño que lo

observaba desde abajo— ¿no es eso un nido?». «No— respondió el hombre mientras se volvía— los nidos son redondos como boles». Escrutó en busca de un ejemplar entre los árboles que rodeaban la residencia campestre; cuando de pronto, sin un grito, cayó fulminado por un tiro de fusil ante un niño aterrado.

10.

Waltraud aspiró profundamente el humo del bate antes de pasárselo al Inspector. «Voy a inspirarme» dijo, y cayó en un largo mutismo mientras Foix hojeaba una revista en la cama de su departamento de soltero. Luego dijo: «Tienen que hacer un retrato-robot del asesino, sabes, para publicarlo en los diarios». «Es que los testimonios que tenemos son completamente contradictorios— repuso el Inspector— sin duda porque nuestros testigos son disparatados: unos dicen que el asesino es alto y rubio, otros que es negro y enano, y así se anulan los unos a los otros y lo único que sale de ahí es el retrato de un individuo color gris sucio, mediano, estadístico, banal, inubicable en la masa». «¡Pero no tiene que ser su retrato físico, sino su retrato moral, mental!» exclamó ella. «Tenemos una idea» dijo Foix. «¿Cómo es su mente, entonces?» preguntó Waltraud.

«Es una mente perturbada, claro— explicó Foix—. Por alguna razón mata a gente relacionada con la industria, ingenieros, directores, técnicos...». «¿Industriales en qué? ¿Qué fabrican?» inquirió la alemana. «Cosas completamente distintas...» sentenció Foix. «¿Cómo qué?» insistió ella. «De todo... desde alfileres hasta transatlánticos. Son consorcios enormes, de alcance mundial algunos de ellos. Son en general capitales alemanes que se han asociado con franceses, con belgas, daneses, holandeses, italianos... Las nuevas bases de Europa, qué quieres que te diga. Y allí es donde golpea el asesino».

«Alfileres...transatlánticos...— meneó la cabeza Waltraud—. ¿No exageras?». «Bueno— repuso, paseando la mirada por su desordenado apartamento—, por ejemplo, esa máquina de escribir es una Hermes y el heredero de la firma, Philippe Feissel, cayó en Deauville hace un

par de semanas. Y, si no me equivoco y mi tocadiscos sigue siendo un Grundig, el actual dueño de esta marca, un inmenso bávaro llamado Otto Wilhelm Werle, dejó sus sesos desparramados en una calle de Munich a principios de mes». Ella tiró de un closet que se abrió chirriando lúgubrementemente. «Tu apartamento está lleno de cadáveres— dijo Waltraud— ahora me vas a decir que también mataron al fabricante de tu escritorio, de tus lámparas, de tu cama». El Inspector consideró un momento la afirmación de la alemana y de pronto se sobresaltó, como si una idea le hubiera picado el cerebro. Miró a la bella rubia como si la descubriera por primera vez y le hizo repetir su última frase.

Charles Foix se viste apresuradamente, se excusa torpemente con la alemana, se pierde en la noche lluviosa y al fin estaciona su coche frente al Quai des Orfevres. Piensa en la oscuridad de la cabina en las últimas palabras de una Waltraud pasablemente ebria: «¿Dios es el primer motor o el fabricante del primer motor?».

## 11.

Al alba, después de haber verificado todos los documentos concernientes al caso, la hipótesis del Inspector ha tomado una vertiente inverosímil. «El asesino mata— se repite por enésima vez— a los fabricantes de los objetos que lo rodean. Ese es su único criterio. Si, por ejemplo, tiene delante un archivador, verifica su marca, hace sus averiguaciones y a la primera ocasión mata a su fabricante, o al ingeniero que lo desarrolló, o al heredero de la marca. Y esto vale para el botellón de agua mineral, para esta lámpara o este plano de París, para hablar de los objetos que me rodean».

«Es un principio simple, pero tal vez inverificable, porque hay industriales que poseen verdaderos imperios que producen multitud de objetos heterogéneos y es casi imposible seguirles la pista. Por otra parte, todo un gran sector de industriales no ha sido tocado: son las industrias estratégicas, los fabricantes de automóviles, de electrodomésticos y las industrias de punta en general. Solo han sido tocados fabricantes de muebles, de aparatos electrónicos, editores...». «Pero

eso no hace sino reforzar mi teoría— se dice Foix—, el hombre opera tomando como base su escritorio, su biblioteca si se quiere, pero no la casa entera. Por eso no hay fabricantes de electrodomésticos ni de automóviles. El hombre odia ese escritorio y destruye a aquellos que lo hicieron físicamente posible, o a sus herederos. Y es evidente que se trata de un intelectual».

12.

El aspecto que toma su encuesta es tan original que decide esconderla a sus superiores para que no piensen que está loco. En los días que siguen, Foix logra aislar una veintena de objetos entre todos aquellos fabricados por las víctimas y manda hacer una maqueta con Quirili, un dibujante de la Policía Judicial. La maqueta, un paralelepípedo de 70 x 50 cm que representa un escritorio en miniatura, la va llenando con estos objetos que Quirili incorpora: un escritorio, una lámpara, un juego de estanterías, una máquina de escribir Hermes, un tocadiscos Grunding, dos sillones de cuero, una bar lleno de botellas de licor, vasos de cristal, lapiceros de marca, un pico de hielo.

Sobre la base de estos magros elementos Foix pasa tardes enteras tratando de imaginarse la personalidad del asesino. Inclinado sobre su maqueta se pregunta qué es lo que puede faltar en ella para así tratar de adelantarse al próximo movimiento del hombre. Pero un nuevo asesinato, imprevisible, viene a sacarlo de sus arduas especulaciones: esta vez su víctima no es ningún rico industrial, sino un humilde pescador bretón.

13.

Este último crimen, que se aparta ostensiblemente de las normas del asesino, sacude a la policía francesa. El Inspector Foix parte a Brest para entrevistarse personalmente con la viuda. La minuciosa encuesta que realiza acompañando a la policía del lugar lo desconcierta. Ese humilde pescador no fabricaba nada. Sin embargo, solía vender man-

díbulas de tiburón encontradas en el curso de sus travesías, bien pulidas y enceradas, a los turistas que visitaban el mercado local.

Foix advierte que está sobre una buena pista: bastaría con investigar a todos los clientes del pescador, a todos los que le hayan comprado una mandíbula, para encontrar al enigmático asesino. Pero la viuda solo recuerda a dos clientes, ambos vecinos del pueblo que en nada corresponden al perfil del asesino. Todos los otros eran gente de paso, mucho extranjero.

14.

Foix regresa a París decepcionado y está a punto de abandonar su fantástica hipótesis. Lleva a Waltraud a cenar a la brasería Flo, se da cuenta de cómo la miran y de pronto la encuentra más bella que nunca. Y él mismo siente desvanecerse la obsesión que lo ha atormentado todos esos días. En un tono ligero, casi burlándose de sí mismo, cuenta a la alemana la historia de la maqueta, le describe todo su laborioso andamiaje mental «echado a perder por una grotesca mandíbula de tiburón que cae dentro de mis hipótesis como un pelo en la sopa. O mejor dicho, un diente». Ríe de sus obsesiones, un poco ebrio, y Waltraud, muy seria, le confía: «Es curioso, pero en casa de mi padre hay una mandíbula de tiburón que él compró en uno de sus viajes, hace muchos años. ¿No quisieras verla?».

Súbitamente interesado, el inspector le pregunta: «¿Qué me dijiste que hacía tu padre?». «Enseña filosofía en la Universidad» responde ella y, apenas se da cuenta que encaja en el perfil del asesino, le pide a Waltraud que se lo presente. Ella no ve ningún inconveniente en hacerlo y lo invita a casa de su padre el viernes, a la hora del aperitivo.

15.

El profesor Horst Völker lo recibe con una cortesía glacial en el salón, donde le invita una copa. Y, poco después, a instancias de Waltraud, le permite visitar su escritorio. Foix atraviesa la puerta

reteniendo el aliento, esperando tal vez encontrar el original de su maqueta. En efecto, la mandíbula de tiburón pende, amenazadora, de un hilo de acero; pero el mobiliario, de una elegancia convencional, burguesa, difiere enteramente de su maqueta. Nada coincide con ella, salvo tal vez ciertos libros, ciertos discos.

De pronto Foix siente que su hipótesis es enteramente ridícula., que todo es falso, que no ha sido sino un elaborado delirio intelectual y que el asesino, como piensa la mayor parte de sus colegas, es solamente un astuto psicópata. Todo le parece de pronto tan irreal, tan desmesurado, que no puede evitar confiarse al profesional de la inteligencia que tiene ante sí. «Usted, que es filósofo, seguramente va a entenderme...» comienza desafiante.

16.

Völker lo escucha con gran atención, sin decir palabra, hasta el fin de su relato. Enseguida se incorpora y se asoma un momento a la ventana, como si no se decidiese a hablar. Cuando lo hace, empieza lentamente, escogiendo sus palabras. «Tal vez lo que usted anda buscando, Inspector —le dice— no es un lugar real y concreto, sino un *Lugar de Memoria* y es por eso que no tiene la menor posibilidad de encontrarlo». Ante la sorpresa manifiesta de Foix, el profesor se explica: «*El Arte de la Memoria* es viejo como el mundo, muy anterior a la invención de la escritura. Los antiguos egipcios ya lo conocían, pero aquel que lo llevó a su más grande perfección fue el monje Giordano Bruno, quien fue quemado por la Inquisición a causa de ello, hacia el año 1600. Pero mejor es que no entremos en detalles que nos llevarían demasiado lejos. Voy a tratar más bien de definir, para usted, este difícil arte en dos palabras: todo hombre tiene una memoria natural de la que se sirve continuamente, con mayor o menor precisión, en el transcurso de la vida; pero paralelamente a este mero dato natural, a cada hombre se le da la posibilidad de construir en su mente una de las más altas creaciones humanas, *La Memoria Artificial*. Esta toma como punto de partida dos únicas categorías al alcance de cualquier entendimiento: *El Lugar y Las Imágenes*».

«De manera que usted debe comenzar por memorizar un lugar, cualquier lugar: puede ser un camino, un puente, una catedral, un escritorio. Esto tiene que hacerse de la manera más detallada y minuciosa posible, para que *El Lugar* quede para siempre impreso en su espíritu. Dentro de este lugar así logrado, y en la disposición que más le convenga, usted colocará *Las Imágenes* de aquello que quiere recordar. Tienen que ser imágenes sintéticas, verdaderas alegorías de la materia que quiere usted recordar. Si tiene que recordar que viaja usted a Berlín a un congreso mundial de detectives, por ejemplo, puede usted imaginar la Puerta de Brandemburgo enfundada en un impermeable gris —emblema de su oficio— y encaramada sobre un mapamundi. Una imagen grotesca es más fácil de recordar».

«Con un poco de habilidad y práctica, un discurso en el Foro puede ser resumido en diez imágenes, un libro entero en quince. Toda la Segunda Guerra Mundial, en veinticinco imágenes grotescas. Así, cada vez que, de modo figurado aunque no menos real, visite usted su *Lugar de Memoria*, tropezará necesariamente con las imágenes que lo pueblan, vivientes, coloridas, prontas a ser expresadas en palabras cuando usted lo desee, sin tener que recurrir a esos infantiles métodos mnemotécnicos. Una mente entrenada es capaz de contener toda la historia del mundo en su *Lugar de Memoria*, que puede ser un desván, un cruce de caminos, un castillo en ruinas. ¿Me ha comprendido usted?».

El Inspector asintió mecánicamente, mientras trataba desesperadamente de comprender. «Lo que quiero decirle, Inspector —continuó el filósofo— es que la habitación, mejor dicho el gabinete que usted busca, y que creyó que iba a encontrar aquí, es posible que ya no exista. Si existió alguna vez, pudo haberse transformado en un *Lugar de Memoria* y, como tal, solo existe en la mente del asesino. Tal vez ya no tiene forma física y usted está tratando de dar caza a un fantasma».

«¿Quiere usted decir que ese gabinete no sería sino un *Lugar de Memoria*?— repuso Foix penosamente, sin creer una palabra de lo que el profesor le estaba diciendo—. Y en ese caso, ¿cuáles serían las

imágenes que contendría?». El profesor guardó silencio un momento y luego dijo: «Seguramente alegorías monstruosas del sonido y la furia: lo que suele contener una mente asesina, o la Historia del Mundo».

17.

El Inspector sale de la casa ganado por el vértigo. El giro que está tomando la encuesta le parece cada vez más irreal, se le escapa de las manos y, sin embargo, para Waltraud es normal, tanto, que apoya a su padre en sus locas aseveraciones. «Están chiflados los dos» se dice tarde en la noche delante de un vaso de Bourbon. «¿Dios es el dueño de los muebles o el fabricante de los muebles?» se repite trastabillando a la salida de un bar en Montparnasse.

18.

En la sobresaltada pesadilla de Foix la maqueta ha crecido hasta tomar las dimensiones de una habitación normal. Sobre las estanterías, sobre los sillones, debajo de las mesas, aparecen decenas de alegorías en plástico y en bronce con escenas de abyección y de masacre. Sentado a la mesa del escritorio hay un hombre que podría ser Horst Völker calzado con altas botas marrones de cazador, sosteniendo un fusil Anschuts en una mano y un conejo desollado en la otra. Dice unas palabras en alemán a Waltraud y ambos se burlan de él. Ella, obscuramente montada sobre un mapamundi, escribe *encanallarse* varias veces sobre el muro, con infantil aplicación.

El chirrido de la tiza despierta al Inspector quien, sudoroso, se levanta, asegura la crujiente ventana, escucha el sonido del silencio, fuma un cigarrillo en la oscuridad.

19.

A la mañana siguiente, con la boca pastosa, Foix se dirige a la Biblioteca de Sainte-Genevieve. Pide varios libros sobre la memoria, toda la obra de Giordano Bruno. Pocos días más tarde ordena que se vigile estrechamente al profesor Völker.

Los resultados no se hacen esperar: el viernes por la noche Völker es capturado sobre el techo de un edificio luego de una enloquecida persecución, cuando se aprestaba a eliminar a un editor de libros de pintura con un Anschuts de mira telescópica.

20.

Delante de la maqueta del Inspector Foix, Horst Völker hace una increíble confesión: «El único error que cometí, y supongo que fue voluntario, fue el de orientarlo a usted, Foix, hacia las *Artes de la Memoria*. Sin eso, usted hubiera seguido buscando su maldito escritorio, indefinidamente. Pero en efecto, mi gabinete existió, aunque difería bastante de su notable maqueta: no olvide que, en el Berlín de los años 30, los intelectuales éramos afectos a los muebles de la Bauhaus. Existió mi gabinete, pero fue destruido durante la guerra con mis libros, mi mujer, mi casa entera. Cosa extraordinaria, el único objeto que sobrevivió al bombardeo fue esa fascinante mandíbula de tiburón, que desde entonces conservo. Muchos años más tarde, cuando hube abandonado ese miserable país que fue el mío, sin duda la añoranza me llevó a utilizar mi viejo gabinete como *Lugar de Memoria*, en el cual por consiguiente colocaba, bajo forma de imágenes, los datos de que me servía cada día en mi trabajo intelectual. Monté una nueva casa, otro gabinete —que usted conoce— me inventé una nueva vida distinta de la precedente, olvidé el pasado».

«Un día, a principios de diciembre, cuando recorría, como me era habitual mi *Lugar de Memoria* en busca de una información que en él había guardado, sentí una presencia extraña. Una visión de conjunto —tenga en cuenta que le hablo en términos figurados— me hizo distinguir a una mujer desnuda, recostada sobre el largo sofá, aparentemente dormida, con una suerte de chal sobre las piernas. No sé si se da cuenta de que esto era enteramente imposible: todo esto no ocurría sino en mi cabeza, en aquel *Lugar de Memoria* más íntimo que el propio pensamiento, donde yo era amo absoluto de lo que depositaba. Esta intrusión inesperada —y fugaz, porque enseguida la mujer desapa-

reció— me hizo pensar por un momento que me volvía loco. Pero algunos días más tarde volvió a aparecer, inmóvil, fija. Esto se reprodujo durante varias semanas, hasta que su presencia se hizo constante y terminé por habituarme a ella. Y me daba cuenta de que su frialdad de mármol se animaba imperceptiblemente, que sus mejillas se volvían rosadas, y sus ojos, fugazmente, se encendían».

«Una noche que volví a casa, ebrio y desesperado, la encontré sentada en el salón, en carne y hueso. Estaba ya vestida y me recibió con fría amabilidad. Me dijo cosas insensatas, me reveló la existencia de un mundo paralelo al nuestro, hundido en el fondo de la memoria humana, poblado de gentes semejantes a nosotros, pero separado de nuestro mundo por razones que no pude entender. Si ella había logrado trascender la barrera que nos separaba, era gracias a mi *Lugar de Memoria*, que por sus características fijas le había servido, en suma, como puerta. *Mi Lugar* minucioso y perfecto —el único que existía, porque ya nadie cultivaba las arcaicas *Artes de la Memoria*— le había servido para transponer espacio, tiempo, ley, pues era el único pasaje abierto entre ambos mundos».

«Naturalmente que no le creí nada, así como ustedes tampoco me están creyendo en este mismo instante. No obstante decidí guardar a la mujer, tal vez como un rehén, porque desconocía las intenciones de los habitantes de su pretendido mundo, y había llegado a temer una invasión violenta de esos seres tan sutiles como peligrosos. La hice pasar por mi hija, le di un sonoro nombre germano, Waltraud, y la guardé conmigo, a la espera de nuevos acontecimientos».

«Mis temores fueron confirmados un día en que, recorriendo nuevamente mi *Lugar de Memoria*, encontré en él a un hombre dormido. Algo en su rostro me hizo recordar el abominable ideal de los nazis de fundar una nueva raza de superhombres partiendo de una pareja caucasiana y perfecta, como la que formarían Waltraud y este hombre que hibernaba en algún punto de mi mente pronto a tomar forma corpórea, pronto a engendrar una raza maldita o quizás un Anticristo que vendría a anunciar el fin de nuestros días. Decidí actuar. No me

quedaban sino pocas semanas antes de que este hombre despertase a la vida. El único modo de impedirlo era vaciar, cerrar, olvidar, borrar para siempre mi *Lugar de Memoria* y así condenar para siempre esta puerta abierta entre dos mundos».

«Borrar las imágenes que había acumulado durante años resultó sorprendentemente fácil, no así borrar mi *Lugar de Memoria*, mi viejo gabinete grabado con trazos de fuego en mi mente, a tal punto que me era ya constitutivo, imposible de olvidar. Pero entonces recordé un incidente que siempre me inquietó, algo que me indicaba tal vez el camino a seguir. Recordé que, en un accidente que tuve hace varios años, murió un cierto señor Kempf, fabricante del aparato de radio congelado en mi *Lugar de Memoria*. Y el aparato desapareció inexplicablemente, sin que jamás lo pudiera restituir. Hay una miserable explicación psicológica de este extraño fenómeno que gira en torno del olvido del trauma, juntamente con el objeto que lo ha provocado y que se asocia a él, pero la encuentro poco convincente. Pero esto me dio la pista para cerrar mi *Lugar de Memoria*, la que luego se concretó en una estrategia que ustedes ya conocen».

«Mi primera víctima fue el fabricante de mi mesa de escritorio; apenas lo maté, el escritorio desapareció de mi *Lugar de Memoria* y todo lo que estaba en él posado se quedó suspendido en el aire: la máquina de escribir, la lámpara, unos libros, todo esto a unos setenta centímetros del suelo. Sucesivos asesinatos de fabricantes o sus herederos hicieron desaparecer todas las estanterías, sillones y tapices, todo esto que usted consigna en su maqueta. Y el hombre dormido no se despertó jamás».

«Ahora todo cuanto queda en mi *Lugar de Memoria* es ese hombre desnudo, suspendido a medio metro del suelo cerca de una preciosa edición de Piranesi que pude también haber borrado, a no ser por la intervención de sus esbirros».

21.

«Está para el manicomio» dijo el Comisario rompiendo el largo silencio que se había instalado en la habitación. «Llévenselo» ordenó, cuando

Foix intervino: «Profesor, ¿nunca se le ocurrió que había otro medio de clausurar su *Lugar de Memoria*, en lugar de matar a tantas personas?». Ante la indiferencia de Völker, el Inspector insistió: «Vamos, profesor, ¿usted nunca pensó en matarse?». «¿Por qué yo?— repuso con desdén el profesor—. Ellos no eran sino simples industriales».

22.

La última escena transcurre en una playa. Foix mira sucederse las olas, el viento juega con sus cabellos. Waltraud le toma la mano con dulzura. «Creí que lo comprenderías— dice con voz blanca—. Todo lo hice por ti, porque te amo». «¿Sabes? Quisiera saber cuál ha sido tu participación en esto— murmura Foix—. ¿El profesor es verdaderamente tu padre?». Ella lo mira de manera extraña y desaparece en una bruma transparente, delante de sus ojos.



## VARIANTE PASAMAYO

*a Chicho Durant y Guillermo Palacios*

1.

COLGÓ EL AURICULAR suavemente. Se acercó a la ventana y miró durante unos instantes la camioneta estacionada en frente, de la que unos hombres en overol bajaban equipos de iluminación y una gran cámara cinematográfica. Se preguntó si no serían agentes de la DEA disfrazados de cineastas, y enseguida se dijo que se estaba volviendo paranoico. Luego se volteó lentamente hacia Yolanda, que sin duda esperaba lo peor, y le dijo: «Nos vamos. Han matado a Pereda». Ella se envolvió en su bata, murmuró roncamente: «Estoy harta de huir». Y corrió a encerrarse en el baño, dando un portazo.

Gregorio Salcedo, también conocido como Don Goyo, se sirvió un largo trago de whisky y salió a la terraza. Allí, mientras se balanceaba en una mecedora, sopesó fríamente sus posibilidades de escapar. Tenía en efectivo poco más de 30 mil dólares, además de varios miles de soles. Lo suficiente para llegar a cualquier ciudad o pueblo del mundo donde hubiera un banco, a condición de poder partir, claro está. Pero a esta hora todos los aeropuertos, carreteras, puestos fronterizos, muelles, debían estar bajo vigilancia, y los periódicos de la mañana traerían todos su foto en la primera plana. Se dijo que su error había sido perder demasiado tiempo en buscar una solución negociada, mientras que la policía tenía órdenes de matar. Envejecía.

Tenía en el Toyota una metralleta Uzi, una pistola ametralladora Star y dos granadas de guerra, recuerdo de las épocas heroicas que, de manera inesperada, habían vuelto. Con sorpresa se dio cuenta de que no tenía miedo. Era como si su antiguo fatalismo reflatase desde el fondo de su tranquila cuarentena y se dijo que, como de costumbre, todo iba a ser cuestión de suerte.

Regresó al dormitorio y comenzó distraídamente a coger alguna ropa por ahí desparramada y a echarla en una maleta cuando, de pronto, se abrió la puerta del baño y Yolanda apareció. Se había vestido, muy inoportunamente, con un *negligé* negro y canalla, llevaba unos portaligas rojos sobre la piel desnuda, se había soltado la espesa cabellera rubia y desprendía un perfume sensual, dulzón, barato. En una pose de puta se apoyó en el dintel, con una mirada en la que brillaban la lujuria y la demencia. Ya no era, desde luego, la muchacha preciosa que Goyo había arrancado del burdel, sino una vieja puta panzona y ajada, con un aliento alcohólico rancio y repulsivo.

«Vístete— le ordenó con sequedad—. Nos estamos largando». Ella no pareció haberlo escuchado y, con una risita aguda, comenzó a contonearse lenta y rítmicamente, desordenándose el pelo y moviendo la pelvis de manera obscena, hipnótica. Entonces, como un relámpago, Goyo volvió a verla en ese turbulento cabaret de Cartagena donde la conoció, con sus sensuales meneos rebanados por una luz estroboscópica violeta. «¿No entiendes que tenemos que irnos?» gritó, sacudiéndole el hombro. «¡No joda!» dijo ella con una mueca de dolor. «¿Acaso quieres que nos maten?» repitió sacudiéndola. Ella se echó a temblar espasmódicamente: «Ven» dijo aferrándose a él, arrastrándolo, como una poseída, a la cama. «¡Qué te pasa, estás loca!» le gritó, tratando de hacerla reaccionar. «¡Ven, Gregorio, ven!» le imploró, cogiéndole las manos. «¡Espera!» le dijo Goyo soltándose de un tirón. Tomó de la mesita de noche el paquete de coca y delante del espejo levantó con la punta de su llave una porción de ese polvo blanco y cristalino, y se puso dos tiros grandes en ambas narices, que aspiró a fondo, hasta que algo hizo clic en su cerebro y pasó a la acción. Retrocedió dos

pasos y, antes de que ella pudiera hacer un gesto, descargó el puño contra su frágil mandíbula. Yolanda cayó sobre la cama, sin un grito.

Cuando ella despertó, ya estaban en plena Panamericana Norte entrando velozmente a la Variante Pasamayo. De un gesto brusco Yolanda desvió el espejo retrovisor hacia ella, se palpó la mandíbula tumefacta y exclamó: «¡Eres una bestia!». Se miró todavía vestida con su *negligé*, envuelta en un impermeable, y dijo con voz estropajosa: «¿Dónde está mi ropa?». Goyo le indicó el asiento posterior de la Toyota. «¿Y mis joyas? ¿Y mis joyas?» repitió, casi en un chillido. «Todas están allí» la tranquilizó Goyo, poniéndole una mano en el muslo. Ella se apartó de él, se arrebujó en el impermeable y miró largamente a través de la ventanilla. «¿Dónde vamos?» preguntó al cabo. «El gringo Luque nos va a sacar por Ancón en su yate— repuso Goyo, alzando la voz de un tono—. ¿De acuerdo?». Ella respondió rabiosamente: «¿Eso es lo que tú quieres? ¿Que una haga tus cuatro voluntades, o si no que se aguante toda tu prepotencia?». «La situación es grave, Yolanda» comenzó él a explicar. «Grave, un carajo— lo interrumpió la mujer a gritos—. ¡Pero si siempre ha sido grave! Desde que te conozco no hacemos sino huir de algún comemierda. ¡Pero qué vida es ésta!» y se encerró en un silencio hostil.

«No hay mal que por bien no venga— retomó Goyo al cabo de un momento—. De todos modos estamos quemados en América Latina. He pensado en partir a España, o a Italia, donde tenemos amigos». «España es una mierda— dijo ella—, ¡allí nos odian, no somos sino unos pobres sudacas para ellos!». «¿Ah sí? ¿O sea que tú tienes una idea mejor?» dijo él conteniendo la irritación que empezaba a ganar. «Yo, lo único que quiero ahora es orinar, ¿me entiendes?— respondió ella— ¡orinar!». «¿No te puedes aguantar un poco?» dijo Goyo. «¡No!» replicó ella exasperada. Ya estaban llegando al desvío a Ancón y, cuando Goyo estaba a punto de tomarlo, de pronto vio a un automóvil parado, acechante. Reconoció la torreta bicolor de un coche de policía de carreteras bajo el sol y continuó derecho sin aumentar ni disminuir la velocidad. «¡Pero para, hombre de Dios! —chilló

ella—. ¿No te digo que me estoy meando?». «Hazlo debajo del puente— replicó él—, y no en pleno descampado».

Detuvo la camioneta unos doscientos metros más allá, debajo de los parantes del puente que deberían de haber tomado para llegar a Ancón. Ella no se había dado cuenta de nada y bajó del carro grotesca y pintarrajeada, envolviéndose en su impermeable, y se adentró en la sombra del puente. Goyo tomó la metralleta Uzi que yacía a sus pies, verificó el cargador y la puso sobre sus rodillas. En la sombra del puente percibió el bulto blanquecino que hacía el cuerpo acuclillado de Yolanda y presintió, más que oyó, acercarse al coche patrullero. «¡Yolanda!» gritó, abriendo la portezuela, y ella se incorporó trastabillando sobre sus tacos aguja, tanteando la puerta de la camioneta. De un tirón la hizo subir y cerró la puerta.

Se acercaban dos siluetas, arma en ristre. Una voz obscena, aguardentosa, gritó desde el patrullero: «¿Mamacita, measte rico?» seguido de una carcajada. Uno de los guardias se acercó a Goyo y aulló: «¡Papeles!» mientras él bajaba ambas manos y empuñaba la metralleta. Otra voz, viniendo desde atrás, dijo: «Yo a ti te conozco!». «¡Ni en pelea de perros!» le gritó el traficante mientras levantaba la metralleta. «¡Cuidado capitán!» gritó el otro policía. La metralleta emitió un sonido sordo y en lugar de escupir plomo se trabó, mientras que el policía sacaba su revólver de reglamento y Goyo gritaba: «¡Al suelo, Yola!». La cara del capitán se deformó en una mueca de odio y su dedo apretó el gatillo. Al mismo tiempo Goyo levantó el cañón de la Uzi, milagrosamente destrabada, y disparó una corta ráfaga. Hubo un destello cegador. Y el mundo se detuvo.

2.

Cuando se despertó estaba tendido en un viejo camastro con las piernas muy abiertas y la boca reseca. Un abejerro zumbaba en alguna parte y el sol de la tarde se filtraba por las celosías. Se incorporó sobre los codos, se palpó la cara, los brazos, las costillas, y encontró

que no tenía ninguna herida aparte de un dolor intenso en la cabeza. ¿Pero qué hacía allí, cómo había llegado? ¿Y Yolanda? ¿Y la camioneta?

Se miró en el espejo del baño y, aterrado, descubrió que otro hombre lo miraba desde su marco carcomido. Era un hombre joven de nariz aguileña, pelo intensamente negro y grandes ojos pardos que lo miraba consternado con la expresión que seguramente él tendría de estar en su cara y en su cuerpo. Pero no era él. Era otro, que se movía como él quería que se moviese, que sonreía cuando él lo quería, que hacía muecas ante el espejo cuando él, Gregorio Salcedo lo quería, pero era otro. Tuvo el reflejo inconsciente de mirar hacia atrás como buscando descubrirse oculto detrás de ese cuerpo que no era el suyo y que imitaba sus movimientos desde la superficie enigmática del espejo. Se palpó la cara, las manos, se desabrochó la camisa buscando su cicatriz bajo la tetilla izquierda, y no la encontró. Ese no era su cuerpo, pero sin embargo se movía como se hubiera movido el suyo, con veinte años menos, y pensaba como él: «Estoy en otro cuerpo, pero soy yo, Gregorio Salcedo» se dijo, maravillado, mirándose las manos. Recapituló su vida, desde su lejana infancia en los barracones del Callao, el reformatorio, el negocio, la riqueza, hasta su huida unas horas antes, y lo recordaba todo con pelos y señales, aunque ahora no tenía cicatrices de accidentes ni de agresiones en el cuerpo ni en el rostro. Pero entonces, ¿de quién era ese cuerpo elástico y juvenil que lo miraba desde el espejo y esbozaba una sonrisa de ironía y de triunfo?

Registró sus bolsillos y encontró un manojito de llaves, unas monedas sueltas y una billetera que no era la suya. La ropa de dril barato que llevaba tampoco era la suya, ni los zapatos, ni las medias deportivas. En la cama gemela había una trusa de baño, un polo y una gorrita de tela, listas como para ponérselas. Inspeccionó el contenido de la billetera. La Libreta Electoral decía que su nombre completo era Enrique Mejía Dulanto, nacido el 11 de junio de 1960, en Lima, o sea que tenía 34 años. Profesión: actor. Domicilio: Lord Nelson 134, San Isidro. Miró la fotografía y le pareció de alguien vagamente conocido. Otras fotos: mujer y dos hijos en la playa. Una señora gorda que de-

bía ser la mamá. Tarjetas de crédito: una del Banco Wiese. Chequera. Brevete. Recibos de estacionamiento. Dos condones. Plata: dos billetes de 50, dos de 20. Buscó en otros bolsillos, y encontró una vieja libreta de direcciones con datos de gente que no conocía.

Se tendió en el camastro e hizo un esfuerzo mental por entender lo que estaba pasando, sin obtener resultado alguno. No era muy afecto a especulaciones intelectuales, pero entendía el lenguaje de los hechos y lo que le decían es que, para todo fin práctico, estaba salvado. En efecto, había cambiado milagrosamente de identidad sin necesitar de una operación de cirugía plástica, ni falsos papeles, ni coimas millonarias. Nadie jamás iba a encontrarlo bajo esta forma humana, nadie podría probar que él, Enrique Mejía Dulanto, era Gregorio Salcedo, el famoso narcotraficante Don Goyo que en este mismo instante buscaba toda la policía y si a alguien se le ocurría hacerlo lo tomarían por loco. Ya no necesitaba huir del país.

Examinó nuevamente la billetera y sacó la libreta de cheques. En el talón estaban apuntados los saldos, los depósitos y los retiros. En el último talón se veía que al hombre le quedaban exactamente 250 soles en su cuenta. «Un misio de mierda» se dijo. Muy bacán, muy blanquiñoso, pero en el fondo este Mejía era un misio de mierda. No como Goyo, que se acordaba perfectamente de sus números de cuenta en el Perú y en el extranjero, y tenía 34 millones de dólares en ellas. Tomó un papel y firmó, para ver si se acordaba de su firma, y le salió perfecta. «Mejor que mejor— se dijo— puedo sacar mi plata de los bancos, tengo una nueva identidad, soy mucho más joven que antes, ahora tengo solo 34 años y he conservado todo mi dinero. Seguro que han bloqueado mis cuentas en el Perú, pero no las de Suiza ni la de las Bahamas, que son secretas».

Ahora era cuestión de salir de esta situación y largarse al extranjero, a disfrutar de su plata.

Abrió sigilosamente la puerta de la habitación que daba a un grande y destartalado vestíbulo donde no había nadie y se dio cuenta de que estaba en un hotel por el cubículo de recepción con casilleros y las llaves que colgaban de ganchos. Su cuarto era el número 8, que se

apresuró a cerrar al oír voces que se acercaban. Detrás de la puerta estaba atornillado el Reglamento del Hotel y por él se enteró de que estaba en los Baños de Boza, un viejo establecimiento que había conocido días mejores y que ahora sobrevivía encallado en un arenal, como un viejo paquebote del Mississippi, a pocos kilómetros de las playas de Ancón.

Llamaron a la puerta. «¿Enrique? Soy Fanny» dijo una voz femenina y él abrió. Se encontró frente a una preciosa chica de ojos verdes y cabellos rubios que caían en cascada, vestida con un overol de obrero y blusa, que lo miró sorprendida y preguntó: «¿Todavía no te has cambiado? Apúrate, que todavía tenemos que maquillarte. En media hora comenzamos». «Quisiera un trago— dijo él con desesperado aplomo—. ¿Hay bar en este hotel?— inquirió». «No, pero más tarde nos vamos a reunir en el Salón, a tomar algo. Laura quiere hablar contigo». «¿A qué hora?» replicó él. «Cuando regresen de filmar en la playa— dijo ella, y un poco impaciente agregó —¿Por qué no te cambias de una vez? Te espero aquí». Y se sentó en un banco de madera a hojear una revista.

Goyo cerró la puerta y miró la ropa que estaba dispuesta en la cama gemela. Este era sin duda su vestuario. No le quedaba otra que cambiarse y seguir la corriente. Se puso pues los atuendos de baño que le iban a su medida y salió al pasillo, para buscar a Fanny. El vestíbulo olía a moho, a madera y a muebles viejos. Fanny condujo a Enrique a su destino siguiendo unos largos cables entrelazados que desembocaban en un gran salón, donde un hombre detrás de una enorme cámara cinematográfica, como jamás él había visto, ensayaba unas tomas sobre un carrito que otros dos operarios desplazaban lentamente, con grandes aspavientos. Sobre unas escaleras de tijera otro técnico disponía unos reflectores y al fondo un actor se paseaba, ensimismado, repitiendo su papel. Comprendió sin sorpresa que en los deshabitados Baños de Boza se estaba filmando una película y se preguntó vagamente si no serían esos los mismos técnicos que había visto esa mañana enfrente de su casa, y otra vez se preguntó si no estaría volviéndose paranoico.

Fanny lo dejó en la sala de maquillaje, donde lo sentaron en un sillón, frente a un gran espejo cuadrado, y una mujer enérgica se aplicó a ponerle unos polvos en la cara y a acentuarle los pómulos. Cuando terminó no se atrevía a moverse por miedo a que se caiga el maquillaje, pero Fanny lo esperaba en el pasillo y se lo llevó a toda prisa para embarcarlo en una camioneta 4x4 que los esperaba afuera del hotel, y arrancó con las mismas por la carretera desértica. «¿Dónde se supone que vamos?» atinó a preguntar Goyo temeroso de despertar sospechas. «A la playa— repuso ella—, ahí tienes tu gran escena de amor con Beatriz. No me digas que no te la sabes...». «¡Claro que me la sé!— protestó un alerta Goyo—, pero me gustaría pegarle una repasadita...». Sin una palabra Fanny le alargó el guión, abierto en la página donde estaba su escena subrayada con lápiz rojo. Goyo la repasó ávidamente. ¿O sea que esto era ser actor de cine? ¿Así es que le pagaban por tirarse a una hembrotta en la playa? Rio con íntimo regocijo. A lo mejor se quedaba con su nueva personalidad... Lo único que le faltaba era la guita.

Decidió que lo único que podía hacer en esas circunstancias era armarse de aplomo y meterse en el pellejo de ese actor que ya comenzaba a aborrecer. Se esforzó en recordar todo lo que sabía de cine nacional, que era poquísimo, y decidió, sobre todo, improvisar, improvisar, improvisar...

Cuando llegaron a la playa, todo el equipo técnico estaba ya dispuesto, y Alejo, el director, que era un gran barbudo jovial y descuajeringado, hacía grandes aspavientos armado de un enorme megáfono. «¡Enrique, a tu sitio!— ordenó sin más trámite—. ¡Vamos a comenzar donde la dejamos ayer!». Fanny llevó de la mano a Enrique al lugar mismo donde pasaba la acción: era una sombrilla anaranjada clavada en la playa desierta, rodeada de cámaras y de técnicos. Le pidió a Enrique que se tienda en la arena, y lo dejó allí, inmóvil. «Tú, Laura, lista...— se oyó la voz de Alejo en el megáfono—. Cámara... ¡Acción! De pronto, saliendo de ninguna parte, una hermosa mujer de cabello muy negro, en un vestido blanco que ondeaba al viento, apareció corriendo por su

derecha en una carrera loca y angustiada, y se hundió en el mar. Enrique de un salto se lanzó tras ella mientras la cámara lo seguía y el muchacho del *boom* se afanaba en grabar el sonido de las olas.

Y el actor le dio el alcance a la muchacha, que estaba casi ahogada, con el vestido mojado, ceñido al cuerpo todo y la salvó, cargada en sus brazos, de las olas. Y aquí venía Enrique con Laura en sus brazos, chorreando espuma salada, mientras la cámara retrocedía sobre el carrito y él suavemente la depositaba chorreando en las arenas solitarias con solo la sombrilla por testigo. «¡Oh!» despertaba Laura abriendo los adorables ojos asombrados, barriendo la cámara con sus largas pestañas. Y él murmuraba, estrechándola contra su pecho: «Todo está bien, mi amor, todo está bien...». Y después venía el beso más largo del cine peruano, y la cámara daba vuelta y media filmándolo en todos los ángulos y Alejo, que observaba embelesado la escena y pedía silencio, después comenzó a tomar tiempo porque la escena se pasaba de vuelta, hasta que todo el mundo notó que ella forcejeaba por soltarse y Enrique la forzaba, se la quería de veras tirar... Y entonces Alejo gritó: «¡Corten!» y ella se desprendió de un empujón...

«¿Qué te pasa?— exclamó Laura chocada—, ¿por qué no me soltaste?». «Disculpa— reaccionó Goyo—, me... entusiasmé...» y rio encogándose de hombros. Entonces todo el equipo técnico rio y Alejo exclamó: «Record Guinness, muchachos, por lo menos... ¡Tres minutos con 45 segundos y 9 décimas! ¡El beso más largo del cine peruano! ¡Bravo muchachos, ya sabía que no me iban a fallar!» y les dio un abrazo bien fuerte. Luego se fue a ver el vídeo, mientras que Laura se iba por su lado, un poco disgustada, y Enrique caía otra vez en manos de la maquilladora.

Cuando Alejo volvió, con una gran sonrisa diciendo: «¡Queda! ¡Queda!», Enrique ya estaba maquillado y vestido con un flamante uniforme de policía. Se le acercó y le palmeó la espalda. «Estuviste estupendo— le dijo con calor—, no le hagas caso a Laura, tú sabes mejor que yo cómo es...». Y luego se detuvo a explicarle cómo es

que él veía la escena que iban a filmar enseguida. O sea cuando cae Benito, su mejor amigo, ahí es donde se encojona el hombre. Tiene que manifestar temor y odio contra los narcos, pero también tristeza y desesperación cuando Benito agoniza en sus brazos. Es una escena de acción, pero también de tragedia viril y llanto. «O sea que al final lloras, muchas, lloras de verdad y no de mentiritas porque se te muere un amigo, o mejor, porque te matan a tu mejor amigo y tú sabes quién ha sido... Tú eres el único que sabe quién ha sido...».

Y esta vez la escena fue en una cabaña. El rostro de Enrique se veía en primer plano, mientras que se alejaba a pasos lentos de esa cabaña de playa, con techo de palmera. De pronto, detrás de él, la cabaña estallaba con estrépito y lenguas de fuego, y Enrique se volvía hacia la cabaña y corría hacia ella gritando: «¡Nooo!». Penetraba en el recinto en llamas y sacaba arrastrando el cuerpo del sargento Pacheco. La cámara los tomaba en plano americano y se iba acercando hasta el *close up*, cuando el sargento confesaba en trance de muerte. «Fue *El Padrino*... —dice, mientras la sangre le cae de la comisura de los labios—. Mira en mi libreta...». Y Enrique mira en la libreta, y comprende todo: «Aguanta...tú puedes aguantar...¡Hermano!» le dice, con los ojos nublados por el llanto, mientras por encima de la playa los gallinazos revolotean, anticipando el festín...

«¡Corten!» se oye la voz de Alejo, estentórea.

### 3.

De regreso al hotel, Enrique se fue de frente a su habitación. Estaba cansado, con los nervios molidos, roto. Se recostó en el camastro para echar una siesta antes de la comida y de pronto tuvo algo así como un vértigo. Se vio a sí mismo recostado en la cama, como si se estuviese mirando desde el techo, pero no era a sí mismo al que miraba, sino a Enrique. Sí mismo era este extraño punto de vista cenital desde donde miraba toda la escena, porque ya no era Enrique el que miraba, sino Goyo, que de alguna manera había abandonado el cuerpo del actor y ahora planeaba por encima de su cama, sin decidirse a alejarse. «Entonces

estoy muerto— se dijo Goyo—, mi alma ha salido de su cuerpo y ha tomado otro cuerpo, pero ese cuerpo también ha sido dejado por mi alma y está ahí abajo, durmiendo. Por eso estoy aquí».

Pero al instante siguiente, Goyo había vuelto al cuerpo del actor y se despertaba como quien emerge de un mal sueño. Se sentó en la cama con la boca pastosa, se lavó la cara con agua fría y salió al vestíbulo a buscar ese trago que andaba necesitando desde la mañana. Se sentía extraño, vulnerable, como si estuviera dotado de una sensibilidad dolorosa. Preguntó al conserje dónde quedaba el cuarto de Alejo y hacia él se dirigió, pues recordaba que Fanny lo había invitado a una reunión esa noche.

En la habitación de Alejo había varias personas conversando y bebiendo. Fanny tenía puestos unos auriculares y escuchaba una grabación con una sonrisa encantada. Alejo le dio distraídamente la mano a Enrique y le pasaron un vaso de Cuba Libre, sin ninguna ceremonia. «Estuviste sensacional hoy en la playa. Si sigues trabajando así, vamos a ir muy lejos. Mañana te toca tu última escena, así que no te me emborraches, porque es por la mañana». Un bigotudo con unos auriculares en la mano le preguntó: «¿Hace tiempo que actúas?». «Años» repuso Goyo sin mentir. «Guillermo es el sonidista de la película— le explicó Alejo—, y estábamos escuchando lo que grabó esta tarde». Le pasaron los auriculares y Goyo se los puso.

Al principio no pudo distinguir lo que era ese sonido; era un poco como el que hacen los pedruscos arrastrados por la resaca, en la playa. Luego, le pareció escuchar el aullido del viento y comenzó a recordar los grandes vientos de agosto que soplaban sobre los techos de Barranco haciendo temblar los vidrios de las teatinas. Sin transición, escuchó el aullido de un perro y los gemidos de un hombre, tal vez él mismo, que se arrastraba, herido, con un silbido en el pecho. Y luego fue una música armoniosa, melancólica y alegre, que iba y venía brotando de ninguna parte y que le dio unos deseos violentos de llorar. Se arrancó los auriculares y se los dio a Guillermo: «¿Qué es?» preguntó temblando de emoción.

«El mar, el viento, las piedras, un hombre herido, un perro, un fragmento de Bach— repuso Guillermo—. Sonido. Nada más que sonido. «Y música» agregó Goyo. «¿Y qué es la música sino sonido?» replicó Guillermo—. Es la percepción más antigua del hombre. Uno escucha el sonido ya desde el vientre de su madre, mientras que los otros sentidos se encuentran todavía adormecidos. Uno escucha los latidos del corazón de la madre, el flujo de su sangre, incluso los sonidos del mundo, que llegan amortiguados, pero que están ahí. Y el sentido del oído es también el último en desaparecer, cuando todos los otros ya han callado, en la muerte. La gente que regresa después de una grave operación cuenta que sus últimas percepciones fueron sonoras. Hay razones para suponer que uno sigue escuchando hasta después de muerto» terminó, sibilino.

A las dos de la mañana, Enrique, un poco ebrio y desasosegado, salió a pasear con Fanny por el patio del hotel donde había un estanque. Se oían cantos y risas provenientes del cuarto de Alejo, amortiguados por la distancia. «Enrique— lo detuvo Fanny tomándolo de la manga—. ¿Por qué mordiste a Laura en tu escena de amor?». «Porque soy un vampiro— repuso Goyo—. Además, no me gustan las mujeres casadas— continuó mirándola derecho a los ojos—. Prefiero las solteras como tú». «¿Y quién te dice que yo soy soltera?» le coqueteó Fanny con la mirada brillante. «Me lo dijo un pajarito» repuso antes de hundir la sedienta lengua entre sus labios.

En medio del amor, Goyo tuvo otra vez el mismo sentimiento de desprenderse de su cuerpo. Se veía desde arriba, desnudo debajo de Fanny, que movía las ampulosas caderas rítmicamente y lo envolvía con sus cabellos. Sentía con infinita pena que ese hombre no fuera él, Gregorio, sino aquel actor llamado Enrique, y se daba cuenta de que su espíritu se iba cada vez más lejos. Pero algo en él se resistía rudamente, trataba de volver. Pensó con sus últimos arrestos: «No sé si esté vivo o muerto... Pero este polvo es mío, aunque sea el último que tenga, y este no me lo quita nadie». Y milagrosamente sintió que volvía a penetrar en el cuerpo del actor, el que a su vez penetraba a la bella Fanny y ahora sí que se venía inconteniblemente...

Cuando despertó, ella ya no estaba. Había dejado en las sábanas el perfume de su piel salvaje y unas buganvillas en el pico de una botella. Recordó que a las ocho era la sesión de maquillaje y se duchó apresuradamente para llegar a tiempo. No se acordaba para nada de Goyo y al fin se le había ido el dolor de cabeza que lo atormentaba desde ayer. La maquilladora le cambió de peinado, le puso unos bigotes postizos, unas grandes ojeras y le forró un incisivo con platina para que pareciera de oro. Luego lo vistieron con un uniforme de policía. «¿De qué se ríe?» le preguntó la chica del vestuario, viéndolo contorsionarse ante el espejo, muerto de risa. «De nada— repuso—, creo que estoy hecho para los uniformes». Lo subieron a un patrullero con otros tres actores, también vestidos de policías y partieron en una caravana de carros, por la Variante Pasamayo.

Cerca del puente se detuvieron. Vio por la ventanilla la cámara y el equipo instalados sobre la carretera bajo el despiadado sol del mediodía enfocando a una camioneta Toyota estacionada bajo el puente. Al cabo de un rato interminable, Alejo gritó a través de un megáfono: «¡Acción!» y a su voz, el patrullero donde estaba Goyo arrancó lentamente. Pararon detrás de la camioneta y de pronto vieron a una mujer vestida con un *negligé* negro y canalla, y un abrigo de piel echado encima de cualquier manera, idéntica a Yolanda, que orinaba acucillada y que al verlos empezaba a incorporarse. Paralizado por el estupor, sintió que lo empujaban a bajar del carro y, trastabillante, comenzó a acercarse a ella. Se oyó una voz aguardentosa que gritaba: «Mamacita, ¿measte rico?» y el policía que lo precedía enfocó con su linterna de lleno al chofer del Toyota, aullando: «¡Papeles!». Entonces advirtió, que como en una malvada pesadilla, ese hombre tenía un rostro que él conocía y odiaba: era feo, colorado, marcado por el vicio y el largo hábito de la maldad, roído por los rictus del miedo. Enrique le clavó la mirada, hubo como un tumulto en sus arterias y lo señaló gritando: «¡Yo a ti te conozco!», y Goyo repuso «¡Ni en pelea de perros!» sacando el cañón de una metralleta por la ventana, que se le trabó con un sonido oscuro. Entonces Enrique sacó su revolver de

reglamento y mientras Goyo gritaba «¡Al suelo, Yola!», le disparó una sola bala en medio de los ojos.

Y una gran luz blanca iluminó el cuerpo de Goyo derribado contra el pecho de Yolanda, con la metralleta entre las manos. Tal vez después de muerto todavía oyó los gritos desesperados de su mujer agonizante, porque el sentido del oído es el último en desaparecer, cuando mueren los humanos...

## LAS MEMORIAS DE DRÁCULA

*A mi madre, que se hubiera reído...*

ANOCHÉ INAUGURÉ, en Kensington, el busto de Jonathan Harker. Los imbéciles también pasan a la inmortalidad y me veo en la obligación moral de explicar el porqué de ese extravagante homenaje: aprovecharé para contar, sumariamente, la historia de todos estos años. Sé muy bien que no poseo dotes literarias y que no me atrae particularmente la historiografía, pero las nuevas generaciones de vampiros tienen el derecho de saber cómo es que llegamos a dominar el mundo y es mejor que lo sepan por el testimonio de su protagonista principal, que dejando de lado toda inoperante modestia, soy yo, el conde Vlad Drácula.

Harker fue quien me dio la idea de instalarme en Londres. Como agresivo agente inmobiliario que era, me persiguió con sus malditos prospectos, presupuestos, créditos y cartas certificadas que se amontonaban en mi castillo de Transilvania, hasta que un día en que los ignorantes campesinos liquidaron a nueve de mis gentes, me decidí a llamarlo para discutir con él mis posibilidades de instalación en Londres. Ahí comenzó todo. Cuando lo tuve frente a mí, advertí de inmediato que él era un magnífico representante del admirable positivismo inglés que imperaba en la época: racional, emprendedor, progresista, en su mente no había el menor resquicio por donde pudiera deslizarse la oscura y milenaria superstición. Para decirlo claramente,

para él los vampiros simplemente no existíamos o éramos como los ornitorrincos que por entonces no habían sido descubiertos: qué diferente era a esas bandas de provincianos armados con cruces, estacas y machetes que asaltaban en pleno día nuestros confortables catafalcos para arteramente clavarnos sus siniestras estacas mientras disfrutábamos de un sueño reparador. En su charla precisa, documentada, atea, me fui informando de la idiosincrasia y costumbres del pueblo inglés. Me prestó algunos libros que había traído en previsión de solitarias veladas junto a un fuego de chimenea. Los devoré en pocos días y poco después firmábamos el contrato: yo me hacía propietario de una bella, aunque ruinoso mansión, con grandes y polvorientos sótanos en Carfax, cerca de Purfleet, contra un paquete de libras esterlinas que pagué al contado. Los detalles de mi mudanza los iría a arreglar *Samuel F. Billington e hijo*, agente de aduanas de Whitby, puerto que se me recomendó para desembarcar. Aquí terminó la participación de Harker en el negocio; también aquí empezó su inmortalidad.

Desembarqué pues en Whitby el 8 de agosto de 1899, en medio de una sonora tempestad. Hubo problemas para amarrar el barco, porque, como era previsible durante la larga travesía —el *Deméter* partió de Varna el 6 de julio, atravesamos todo el Mediterráneo y subimos por el Atlántico hasta el Mar del Norte rumbo a las Islas Británicas— me vino un hambre atroz y me vi obligado a alimentarme de la tripulación: cinco marineros, dos contramaestres, un cocinero y un robusto capitán que tenía sangre mitad rusa, mitad portuguesa, extraña y deliciosa combinación que hasta entonces no había conocido. Pero no quedó tripulación alguna y tuve, en consecuencia, que hacerme cargo de la maniobra. El amanecer casi nos sorprendió en el puerto, a mí y a mis 50 cajas de tierra de Transilvania, que era prácticamente todo mi equipaje, y en una de ellas me encerré a descansar, exhausto. El excelente Billington enseguida se hizo cargo del asunto y me expidió junto con mis cajas a Londres, donde *Carter, Paterson & Co.* se encargaron de transportarlas a mi nueva morada. A la caída del sol de ese día memorable abrí mi catafalco y respiré: ¡al fin en Londres!

Inspeccioné las umbrosas habitaciones de la Mansión Carfax donde los cargadores habían acomodado mi equipaje de cualquier manera, puse un poco de orden y a eso de medianoche, hora perfectamente conveniente para un vampiro, decidí dar una vuelta por los alrededores de esa ciudad moderna y populosa.

Entre la masa de *gentlemen* que a aquella hora salían de los teatros para ir a los restaurantes de moda pasé totalmente inadvertido. Una maravillosa niebla algodonosa difuminaba los contornos de las cosas y daba a Londres ese encantador clima siniestro que le es tan peculiar. Me perdí en los vericuetos de callejuelas sombrías, donde solo se escuchaba el imperioso ruido de mis pasos y, ocasionalmente, el taconeo sensual de una prostituta. «¿Vienes, querido?» debió ser lo último que dijo mi primera víctima londinense. De ella solo conservo dos claros recuerdos: un violento perfume de heliotropo y la visión de su ridículo sombrero flotando en la niebla cuando la dejé sentada sobre un pórtico con palidez de muerte, vaciada de su sangre. Esa noche fue de un increíble desenfreno —jera mi primera salida al extranjero después de cuatro siglos!— y me porté como en mis mejores épocas, asaltando a mujeres en sus lechos, a hombres en las calles desiertas, a parejas en sus *fiacres*. Al alba me tiré, ahíto, en mi ataúd. El detalle pintoresco es que, al día siguiente, toda la prensa inglesa acusaba a Jack el Destripador de ser el culpable de mis excesos, aunque mi trabajo limpio y casi perfectamente incruento era, desde luego, de una calidad muy superior a la suya.

A esta siguieron varias otras noches de desbordamiento hasta que, más calmados mis ímpetus, decidí crearme una base operativa en Londres. Comencé pues con el grupito conformado por Jonathan Harker, su novia Mina Murray y otra simpática pareja, Lucy Westenra y Arthur Holmwood, aprovechando una noche en que Jonathan dio una cena en mi honor. Mina me encandiló desde el primer momento con sus formas perfectas, su cuello de alabastro y su combativo entusiasmo, mientras que Lucy me seducía con su perfecta clase, su refinada conversación y su imaginación descabellada. Ellas eran desde

luego superiores a sus hombres, cosa que no solía ocurrir en Transilvania y no me vi en la obligación moral de elegir entre ellas, pues decidí quedarme con las dos, usando de la libertad de costumbres que reina entre los vampiros. Esa misma noche los enrolé a todos en mi proyecto, mordiendo a Jonathan y a su amigo mientras fumábamos un cigarro en la biblioteca, y a Mina y a Lucy en el *boudoir*, cuando hacían unos picantes comentarios sobre este extraño huésped que no comía ni bebía, pero que era capaz de fumar cigarro tras cigarro, como un verdadero murciélago.

Aquí debo hacer alguna precisión acerca del proceso de vampirización sobre el que se han dicho no pocas barbaridades: no es que un hombre se convierta en vampiro a la primera mordida, como supone el vulgo, porque hay todo un período de maduración que dura varios días, y recién a la tercera mordida, una vez que el sujeto ha sido declarado muerto y sepultado, renace como vampiro. Eso fue lo que ocurrió con el grupo de Jonathan, a pesar de la intervención, felizmente tardía, de un holandés fanático que se hacía llamar el profesor Van Helsing, porque de médico no tenía nada y además se autodenominaba, ridículamente, especialista en vampiros.

Estos jóvenes ingleses fueron pues el núcleo de mi ambiciosa empresa y lo primero que hicimos, una vez que cada uno de ellos estuvo bien instalado en su ataúd de la Mansión Carfax, fue planificar nuestro crecimiento en esta tierra maravillosamente fértil. Gracias a la competencia profesional de Jonathan, compramos varias casas perfectamente siniestras y nos dedicamos a acondicionarlas, equipándolas para albergar al menos medio millar de vampiros, con todas sus comodidades, para el indispensable sueño diurno. Por las noches salíamos en ardientes expediciones proselitistas a morder blancos cuellos ingleses sin discriminación de sexo, edad ni condición social, con lo que nuestra población se incrementó rápidamente en medio de la indiferencia general. A la semana hubo, claro está, que encargar a Billington que se ocupase de traernos más tierra de Transilvania para acolchar —es un modo de decirlo— los ataúdes de los nuevos conscriptos, que luego

distribuimos según las necesidades de todos nuestros grupos: el de Soho, proletario y pendenciero; el de Piccadilly, muy dado a la bohemia; y el de Bloomsbury, demasiado intelectual para mi gusto.

Lo más notable es que, durante todo este período, nadie parecía darse cuenta de nuestra presencia: la gente moría, alegremente exangüe, y los médicos diagnosticaban anemia perniciosa o cáncer, y no se hablaba más del asunto. ¡Ingenuo y hospitalario país! Luego pasamos a fundar colonias en el continente: yo, personalmente, fundé la de Fontainebleau, no lejos de París, y Mina, que se reveló una incomparable colaboradora, fundó las de La Haya y Barcelona. Dejé a la cabeza del grupo de Fontainebleau a André D'Amonville, un chico brillante y lleno de imaginación, de ideas algo socializantes, a quien le debemos entre otras cosas el Seguro Social del Vampiro o SSV —que en los días de la Gran Persecución iría a revelarse de gran utilidad— y un folleto sobre las particularidades sexuales vampiras que tuvo una gran influencia en los sectores juveniles. Para entonces —corría el año de 1914 y negras nubes de guerra se cernían sobre el horizonte— éramos apenas unos 300 vampiros dispersos en varios países europeos. Nuestro crecimiento vegetativo era moroso, insuficiente, tal vez por la falta de incentivo que da el hecho de vivir en el anonimato, en medio de una población incrédula, convencional y mercantilista, que, si bien ni siquiera soñaba en perseguirnos y clavarnos estacas en el corazón, nos creaba en cambio depresiones nerviosas y unas tremendas crisis de identidad, que indujeron a algunos vampiros —en particular a los del Grupo de Viena— a someterse al tratamiento psicoanalítico y, a otros, a exiliarse a países más exóticos y crédulos como son el Perú y el Archipiélago Indonesio. Fue la Primera Guerra Mundial la que vino a sacarnos de nuestro marasmo.

En más de un sentido, esa guerra fue providencial para la comunidad vampira, aunque propició excesos que estuvieron a punto de borrarlos de la faz de la Tierra, como luego veremos. En todo caso, nosotros recibimos con júbilo unánime el asesinato del Archiduque Francisco Fernando de Austria y la inmediata ruptura de las hostilidades.

De primera intención supusimos que sacaríamos ingentes provechos alimenticios de los campos de batalla, pero, ¡ay!, la cruda realidad se encargaría de atemperar nuestros ardores: en efecto, nos dimos cuenta de que la mayor parte de las batallas se realizaban a la luz del día, al despuntar el alba, cuando nosotros justamente estábamos corriendo a acostarnos. ¡Oh, cuánta sangre inútilmente derramada...! Cuando salíamos de nuestros ataúdes, a la caída del sol, los campos repletos de cadáveres nos causaban una tristeza infinita: la sangre de esos pobres infelices estaba, desde hacía horas, coagulada y no había forma de sacarles una sola gota a esos bravos soldados. Recién durante la batalla del Marne, una de las integrantes del grupo de Bloomsbury, Victoria Woolfe, tuvo la brillante iniciativa de presentarse de enfermera voluntaria en el hospital de la Salpêtrière, en París, para las guardias nocturnas. Esa misma noche descubrió que el hospital estaba lleno de bidones de sangre donada por los patrióticos ciudadanos, para operar transfusiones.

Allí comenzó una época de prosperidad y abundancia para todas nuestras colonias vampiras de Europa: no exagero si digo que casi la totalidad de los nuestros se abocó a tan noble profesión, y que era regocijante ver a esos membrudos y dientudos vampiros del Soho, disfrazados de enfermeros, haciendo grandes colectas de sangre por todos los barrios de Londres, que luego irían a consumir en una de las orgías que frecuentemente organizábamos por entonces. Así pasamos la guerra felices e inadvertidos, hasta que la noche misma del Armisticio —11 de noviembre de 1918— atraparon a Andreas y Edward Boulting con una ambulancia llena de bidones de sangre cuando iban a festejar con el grupo de Cambridge. Andreas se enfureció y mordió a uno de los bobbys, la cosa degeneró en batalla campal, y nuestros dos colegas optaron por transformarse en murciélagos y llegaron a la fiesta con las manos vacías. Al día siguiente, el *Daily News* denunciaba el escándalo en una de sus páginas interiores, y el profesor Van Helsing, ese peligroso fanático, llamaba a una cruzada para exterminarnos... *Vampiros en Londres, Los Muertos-Vivos de Transilvania invaden Inglaterra, El bestial conde Drácula, ¡Muerte a los abortos del*

*Infierno!* eran algunos de los titulares que exornaron la prensa inglesa en aquellos días y que desencadenaron la persecución. Un cierto atavismo gótico, con el que no habíamos contado, emergió de las profundidades de la rubia Albión, borró el barniz de racionalismo, positivismo y flema inglesa, y de súbito nos encontramos frente a la más gigantesca y despiadada caza de vampiros que jamás habíamos conocido.

Hordas de fanáticos salvajes arrasaron con nuestras florecientes comunidades del Soho, Bloomsbury, Kensington, Eton, Cambridge y Liverpool. Jonathan Harker y Arthur Holmwood fueron cobardemente asesinados con horribles estacas en el corazón, mientras dormían en la Mansión Calfax. Mina escapó milagrosamente de un atentado y Lucy se internó en una clínica luxemburguesa pretextando una hepatitis. La situación era desesperada. Partí con André a Fontainebleau a organizar la resistencia. Y allí, a poco de llegar, leí en un diario un salvador artículo de Tristán Tzara, un médico austríaco fundador del movimiento Dada, que nos devolvió la fe en nuestro destino.

El artículo, aparecido en *Le Figaro* el 23 de setiembre de 1923, se titulaba «Faut-il brûler les vampires?» y era la cosa más sensata que se había dicho sobre nosotros en muchos siglos: «La humanidad es un hatajo de cerdos que trota en la tormenta — decía Tzara — conducido por cuatro curas cochinos y pajeros. Si no, cómo se explica la vindicta popular contra los vampiros, cuyo único delito es contagiar la inmortalidad a esta piara inmundada, que dice desear ser inmortal desde las heroicas épocas de Nelly, la sinántropa. Si no estuviéramos cegados por las ineptas prédicas católicas, que ven en los vampiros no sé qué imagen demoníaca, nos daríamos cuenta de que tenemos la inmortalidad al alcance de la mano, y nada menos que eso: abra usted su ventana esta noche, invoque a los vampiros bajo la Luna llena, y ellos vendrán a chuparle la sangre, a hacer cesar el horrible dolor del condenado a muerte, a transmitirle la inmortalidad con sus colmillos empapados en sangre».

Aparte de un par de exageraciones líricas, lo que enunciaba Tzara en su artículo era rigurosamente cierto: nosotros los vampiros somos,

por naturaleza, inmortales, cosa de la que ningún humano puede envanecerse. Somos inmunes a las enfermedades, accidentes, agresiones, cortes y pinchazos, y —puesto que tampoco somos dioses— solo hay tres cosas en el mundo que nos pueden ocasionar la muerte. La primera es un mal que nosotros llamamos púdicamente *subhematofagia*, y que en buen cristiano se llama simplemente morir de hambre porque uno no tiene sangre humana que beber, por una u otra razón, ya que ella es nuestro único y exclusivo alimento. La segunda es una especie de insolación violenta —por eso nos mantenemos alejados de la luz del Sol y dormimos de día— que, si no nos mata nos vuelve oligofrénicos, y que llamamos *kapotte*, y la tercera y más temible cosa es la muerte por estaca. Por estaca de madera, que estos salvajes hombres nos clavan en el desprevenido corazón, mientras dormimos. Y es así como nos estaban diezmando, por hambre, por Sol y por estaca, cuando llegó ese providencial artículo a mis manos. Decidí pasar al contraataque, apoyándome en los mismos argumentos de Tzara. Convoqué a una conferencia de prensa la semana siguiente, en el Salón de los Espejos del Palacio de Versailles.

Había una razón táctica para elegir semejante lugar, que no tardó en dar sus resultados: las decenas de periodistas que asistieron comprobaron con espanto que nuestros cuerpos de vampiro no se reflejaban en los espejos. Y tampoco impresionaban las placas fotográficas, como luego comprobé yo, con gran fastidio, pues esto iría a dificultar mis relaciones con el público que cree cuanto ve. En fin, a la hora señalada —las 12 de la noche del día 30 de setiembre— nos materializamos Lucy, Mina y yo, en medio del Salón de los Espejos, frente a los atónitos periodistas. Habíamos preparado cuidadosamente nuestros efectos, desde el vestuario —ellas vestían trajes de noche estilo Imperio, y yo un smoking negro y capa forrada de rojo— hasta ciertos pequeños números bastante impresionantes para quien no esté habituado a tratar con vampiros. Repuestos del estupor, los periodistas nos rodearon y las preguntas salieron disparadas en todos sentidos: «Conde Drácula, ¿es verdad que los vampiros no pueden

Ccomer ajos?»). «Es verdad que se pueden transformar en murciélagos o en lobos?». «¿Es verdad que chupar la sangre es equivalente a un orgasmo múltiple?». Teníamos una respuesta para todo, pero esperábamos en especial una pregunta que, curiosamente, tardó mucho en llegar. Un jovenzuelo flaco, vestido con la afectación de un dandy, sin aspecto de periodista, fue quien la formuló: «¿Son realmente inmortales los vampiros?». «¿Lo duda usted?» respondí. «¡Pues sí, joder!— replicó el jovenzuelo—. Si no lo veo, no lo creo». Lucy se levantó el costado de la falda y de lo alto de su media, sacó una pistola Mauser 6.35. «¡Se acabó la farsa, Vladi!» dijo con voz ronca.

«¡No!— aulló Mina—. ¡Lucy, no!» aferrándose a mi cuello con desesperación, Lucy levantó la pistola con una mueca de odio: «¡Eres una ramera!— le escupió. —¿Crees que no sé que ustedes dos se entienden?». Los periodistas empezaron a retroceder atónitos. «¡Deja eso!» le ordené tendiendo la mano hacia el arma. «¡No te muevas, cochino!» gritó la mujer fuera de sí. El jovenzuelo, imperturbable, dijo: «¿De modo que los vampiros son celosos?». Los periodistas no se perdían ni una miga de los acontecimientos, mientras se ponían prudentemente a recaudo y los fotógrafos disparaban inútilmente sus cámaras. Una voz dijo: «Pero, ¿cómo, los vampiros no eran inmortales?». La risa histérica de Lucy lo calló: «¡Imbéciles! Ahora es cuando van a saber la verdad, ¿no es cierto, Vladi?» exclamó roncamente, y disparó la primera pepa, con gran estruendo. El tiro entró limpiamente por el ojo derecho de Mina y salió por el occipital, yendo luego a estrellarse en un espejo que quedó hecho trizas. Los chicos de la prensa estaban tan fascinados, que ni siquiera parecían asustados. «Vamos— dijo la voz del muchacho—, ¡en el otro ojo!», cosa que Lucy ejecutó de inmediato. Pero, esta vez, para que no quedara duda le disparó al ojo izquierdo de Mina desde unos 10 cm y la bala, después de atravesar su cabeza, fue a incrustarse en un jarrón de Sèvres, que estalló en un elegante tintineo. No saltó ni un pedazo de masa encefálica, ni el cuero cabelludo se pegoteó de sangre, ni unas órbitas negras y sin vida nos quedaron mirando desde el suelo; por el contrario, Mina, a

quien las balas habían atravesado como si fuera una indestructible muñeca de jebe, sin herirla, y prácticamente sin tocarla, hizo una coqueta reverencia a los fotógrafos. Otra voz reclamó: «¡Al Conde, al Conde!» y Lucy me vació el cargador en diferentes órganos —hígado, corazón, riñones, ojos— que fueron a astillar nuevos espejos. Para acabar con la parodia, la encantadora Lucy, con un delicioso mohín muy estudiado dijo: «¡Oh mundo cruel! Ahora que mi amado ha muerto, ya no me quedan razones para vivir» y se levantó la tapa de los sesos o, mejor dicho, se la hubiera levantado en circunstancias normales, lo cual no era de ningún modo el caso. Su coqueta bala fue a alojarse en las clavículas del corresponsal del *Times*, quien quedó completamente convencido de nuestra invulnerabilidad ante las balas. Una cerrada ovación saludó el fin de nuestro show. Habíamos triunfado y al día siguiente todos los diarios publicaban titulares como *¡Abolición de la muerte en Versalles!*, *Confirmado, ¡La Eternidad es Vampira!* o *La Sangre del Vampiro: el precio de la inmortalidad* y otros más sensacionalistas.

Las semanas que siguieron fueron de una actividad demencial: asistimos a mesas redondas, conferencias, polémicas, ruedas de prensa, cócteles, *vernissages*, etc., para publicitar nuestra propuesta y pronto fuimos adoptados por el muy mundano París, gracias a gente como Jean Cocteau y Colette, que asistían a la Ópera con un bebé vampiro colgado de la solapa y con enormes dientes postizos de marfil. Reagrupamos pues nuestras fuerzas en torno a una nueva residencia: el 49 de la Avenida Foch donde pronto hicimos muy populares nuestras orgías de sangre. Oficialmente —según nos comunicó el prefecto de París—, no éramos perseguidos, al menos dentro del laico territorio francés y podíamos acogernos a los beneficios de las sociedades sin fines de lucro que funcionan según la ordenanza de 1901. Organizamos, pues, amparados en esta oportuna ordenanza, ciertas célebres Fiestas de Carnaval en el barrio de La Bastilla, en el invierno de 1924. El balance fue de lo más alentador, pues al cabo del tercer día de celebraciones, nuestra población ascendía, solamente en París, a 27.855 habitantes. Esto es sin duda lo que despertó la megalomanía de Mina,

quien un día se presentó a casa con un jovencito en quien reconocí al atildado españolito de nuestra primera conferencia de prensa. «Vladime dijo toda excitada—, ¡él tiene la solución a nuestro problema!». «¿Cuál problema?» respondí ásperamente. «Nuestro problema de crecimiento demográfico, ¿cuál va a ser?». Me volví hacia el joven: «¿Y bien?» le dije. Me miró no sin cierta insolencia: «Nos vamos a conquistar los Estados Unidos— dijo—. Y yo les voy a organizar todo. Soy un genio, me llamo Salvador Dalí».

Su plan consistía en organizar un circo de vampiros, al estilo del Barney y recorrer con él todos los Estados Unidos con un gigantesco despliegue publicitario. Él mismo se encargaría de inventar los números y a nosotros solo nos quedaría ejecutarlos. Como es natural, el único mensaje que transmitiríamos al novelero público americano, sería el de *La Inmortalidad al alcance de su mano*, etc. Este desafortunado proyecto, que visiblemente había encandilado a Mina, a mí me pareció, para decirlo de una buena vez, bastardo. Yo, el conde Drácula, descendiente de la más ilustre familia de Voivodes de Transylvania, ¿de payaso de circo, como Buffalo Bill? Impensable. Pero un estadista que vela por su pueblo tiene el deber de pensar dos veces lo impensable, de modo que terminé por aceptar después de madura reflexión y el tiempo demostró que no me había equivocado, aunque en aquel momento tuve que reprimir unas ganas furiosas de vomitar mi nombre, mi linaje y todo cuanto estaba traicionando por razones de Estado.

Dalí partió entusiasmado, para volver al cabo de un par de semanas con una pila de bocetos, a cuál más delirante. Al principio quería que mordiésemos a Douglas Fairbanks, Fatty Arbuckle, Theda Bara y otros bichos de la fauna hollywoodense para incorporarlos a nuestro circo, cosa que fue rechazada por los sindicatos y no llegó a prosperar. Después de muchas discusiones, enmiendas, consultas técnicas y legales, logramos establecer nuestro programa. El circo se llamaba *Nosferatu All Stars*, teníamos 400 personas en planilla, una caravana de 50 camiones, 8 elefantes, 24 caballos, 15 enanos y una pareja de siameses vampiros verdaderamente sensacionales. En 4 meses de fe-

briles ensayos, que dirigieron Dalí y un amigo suyo, también español, llamado Luis Buñuel, estuvimos listos. El 20 de setiembre de 1924 desembarcamos en Nueva York, con cofres y petacas. Un imprudente aduanero me preguntó si tenía algo que declarar: «Solo mi inmortalidad» respondí en una frase que pronto dio la vuelta al mundo. Debutamos una semana más tarde en Central Park donde habíamos instalado nuestra inmensa carpa. Un joven de ascendencia húngara, Bela Lugosi, ofició de Maestro de Ceremonias.

La fanfarria ejecutó, frente al enardecido público que atiborraba la carpa, el tema de M. L. Escudero: *The vampire is flying/Someone must be bleeding*. Y el espectáculo comenzó. En el primer número, Mina aparecía vestida de domadora, restallando un látigo en el aire y precedida por cuatro rugientes leones. Los hacía trepar a cada uno sobre un piano de cola y luego metía la cabeza en las fauces de la fiera más feroz. Pero entonces la fiera, inesperadamente, ¡clac!, cerraba las enormes mandíbulas y le cortaba el pescuezo como una cimitarra. Aquí el efecto estaba muy bien logrado, porque el público se puso de pie, con un unánime grito de horror. El cuerpo decapitado de Mina, sin embargo, hizo restallar una vez más su látigo y el león vomitó la cabeza sobre el teclado del piano. La cabeza dijo: «El vampiro eructa una amapola». Un escalofrío atravesó la muchedumbre. Entonces Mina se puso la cabeza sobre sus hombros, sacudió la rubia cabellera y respondió: «¡los vampiros somos *muy* contagiosos!». Una atronadora ovación saludó su restablecimiento. Mina dio la vuelta al ruedo mostrando su alabastrino cuello al público que no pudo descubrir en él la menor traza de la mutilación que acababa de sufrir y un espontáneo cayó de rodillas ante ella: «¡Muérdeme! ¡Yo también quiero ser inmortal!» gritó ofreciéndole su yugular. El servicio de orden lo desalojó y Bela Lugosi, luego de reclamar silencio al enloquecido público, anunció que estaba prohibido morder a los espectadores durante el espectáculo, de modo que les rogaba esperar hasta el final del mismo, que tenía números nunca vistos hasta ahora en el Mundo, cosa que era rigurosamente cierta.

En el siguiente número, serruchaban a la pobre Lucy a la altura de la cintura, sin truco alguno, con una sierra circular que salpicaba sangre hasta la sexta fila, por lo menos, y los espectadores se cubrían con periódicos en el colmo del asco y del horror. Naturalmente que luego se volvían a juntar los dos pedazos, que encajaban sin falla a la altura del ombligo y Lucy se paraba de un salto, movía las caderas con voluptuosidad y provocaba graciosamente a los espectadores diciéndoles: «¿No quieren ver mi cicatriz de apendicitis?». En fin, había los números de los vampiros siameses voladores, del vampiro-cañón, grotesco asunto en el que el pobre D'Amoville, cual bala de cañón, iba a percutir contra un muro de concreto armado, se encogía como un acordeón o un cómic de Tex Avery y luego rebotaba contra otro muro, como una pelota vasca, hasta estabilizarse, sacudirse el polvo y sonreír al público que encontraba sumamente divertida esta masacre.

Después de varias otras payasadas que felizmente he olvidado, me tocaba a mí cerrar el espectáculo. Luego de haber declinado mis títulos y contado un resumen de mi historia, Bela Lugosi me dejaba, apoyado en un tablón, a la merced de Mina, que blandía una decena de puñales en las manos. Había que tener cierta habilidad para lograr nuestro número, porque de lo que se trataba no era de dibujarme, sino de perforarme ciertos puntos previamente elegidos. El primer puñal me entraba por la frente, y me inmovilizaba contra la plancha del muro. El siguiente me abría en dos la lengua, el tercero me atravesaba el esternón, cuarto y quinto los riñones, el sexto era para abrirme en sangrantes pétalos el sexo erguido y desafiante, y los cuatro restantes me clavaban las manos y los pies contra la plancha dejándome hecho un *ecce homo*. Habíamos decidido que la cosa sería mucho más estremecedora si la sangre corría a chorros, de modo que de cada una de estas sesiones yo salía debilitado y sediento, como si hubiera atravesado el Sahara. Desgraciadamente, y por razones por todos conocidas, no tengo fotos del acontecimiento, pero parece que estaba realmente impresionante cuando me adelantaba hacia el público, todo ulcerado de puñales, ribeteado con sangre, oliendo la lujuria y comen-

zaba a sacarme los aceros, uno a uno, en perfecto silencio. El último en salir era el que llevaba aquí en la frente y, con él, describía grandes círculos en mi mano convocando a los vampiros. Era el Gran Fin de Fiesta y sorpresivas bandadas de vampiros se abatían sobre el público que no podía ya más de excitación e impaciencia y tendía sus miles de pescuezos palpitantes a nuestros colmillos ávidos, en medio de aullidos y gemidos de histeria y de placer.

La temporada en Nueva York, que duró tres semanas, incrementó nuestra población en alrededor de medio millón de habitantes. De ahí nos fuimos a Salt Lake City a picar mormones, por incitación de Buñuel que era rabiosamente anticristiano, y fabricamos una pulcra raza de vampiros mormones que van por el mundo mordiendo a la gente de puerta en puerta, como ellos acostumbran, y además practican la poligamia como es tradición entre nosotros. En San Francisco ingresaron a nuestros rangos varias decenas de miles de homosexuales, con el alcalde por delante, que comenzaron a inquietar a nuestra población obrera con sus desplantes y en San Diego reclutamos a puros marineros, díscolos y peleones, pero que llevaron el mensaje de *Nosferatu All Stars* a todos los puertos del mundo.

Fue en la aburrida travesía del Desierto de Sonora, cuando nos dirigíamos a México City, donde hicimos el balance de nuestra gira de 4 meses a través de los Estados Unidos. Según los cálculos de André habíamos vampirizado, por contacto directo e indirecto, a unos 8 millones de americanos que, sumados a los de las diversas colonias, en rápido crecimiento demográfico, llegaban ya a la nada despreciable cifra de 11 millones de individuos. Teníamos centros vacacionales, clubes sociales, casinos, fábricas, agencias de viajes, lavanderías, madereras, dos equipos de fútbol, cuatro de rugby, tres de béisbol, un campeón mundial de bridge, un maestro internacional de ajedrez, centenares de actores de cine, cantantes y ventrílocuos, varias flotas de camiones, y estábamos a la cabeza de las bancas Morgan y Rockefeller. Pero un estudio cuidadoso de los últimos datos provistos por nuestra central de París, nos reveló que la presencia vampira en el

mundo seguía siendo rala e insuficiente: solo teníamos real influencia en Europa y los Estados Unidos, pero apenas si habíamos explorado el África, el Oriente, la América Latina —donde sin embargo teníamos dos florecientes colonias: una en un balneario peruano llamado Chacacayo y otra en Río de Janeiro— y la Oceanía no parecía tentar a nuestra gente. Era, de cualquier modo, un balance alentador y positivo que contrastaba con las épocas oscuras que casi estábamos olvidando. Pero en nuestro tumultuoso triunfalismo no habíamos advertido que nos acechaba una amenaza aún peor que la persecución: el malthusianismo.

Fue Patricio Yucra, un peruano que antes de haber sido vampirizado en Londres estudiaba lógica con Russel y Whitehead, quien nos abrió los ojos sobre el inminente peligro que nos acechaba. Su demostración en la cabina del rugiente camión colorado que nos llevaba a México fue brillante, sobria, aplastante. «Supongamos que hemos exagerado un poco nuestras apreciaciones —dijo— y que no somos sino diez millones de vampiros. Pero, ¿se han puesto ustedes a pensar a qué ritmo nos multiplicamos? Un vampiro adulto consume, como promedio, unos cuatro litros de sangre humana por semana, es decir, que cada semana necesitaremos duplicar nuestro número solo para alimentarnos; si aplicamos esta cifra a nuestros diez millones en crecimiento geométrico, apenas si tenemos reservas alimentarias para 7 u 8 semanas, y luego sobrevendrá la hambruna más espantosa que hayamos jamás afrontado, y el hambre es el único enemigo capaz de exterminarnos y borrarlos para siempre de este mundo».

Todos enmudecimos, aterrados. El camión se detuvo y, detrás de él toda la caravana, en un paisaje desértico que se encontraba —siempre lo recordaré— entre Querobabi y Carbó. Verificamos febrilmente su terrible hipótesis y no nos quedó más remedio que aceptarla en toda su espantosa latitud. En efecto, dentro de una semana seríamos 20 millones, o más. En dos semanas 40 millones, en 3 semanas 80 y así sucesivamente, de modo que llegaríamos al fin de la séptima semana con una población total, repartida en todos los continentes, de 1,280

millones de vampiros, más de la mitad de la población que había por entonces en el mundo.

Descendí de la cabina, y di un largo y solitario paseo por el desierto. ¿De modo que este era el fin del más maravilloso sueño humano? ¿El fin de esta bella humanidad inmortal, vampira, hecha para viajar a las estrellas, conquistar el Tiempo, semejarse a los dioses? ¿Moriríamos de hambre? Recuerdo que me quedé mirando fijamente a una lagartija que estaba sobre una piedra, inmóvil desde hacía milenios. Imaginé cómo había sobrevivido en ese inhóspito páramo, cómo su cuerpo se había adaptado, desde las épocas en que sus primos, los dinosaurios dominaban la Tierra, a las condiciones cambiantes. Y los dinosaurios habían desaparecido, y ella bajo la luna, me hacía un guiño, y se perdía entre el polvo arcilloso.

Cuando volví al camión, me esperaba un compacto grupo silencioso en el que destacaban los llorosos ojos de Lucy, la mirada luciferina de Mina, el temblor de las manos de André. Como no tengo el gusto de las frases heroicas y grandilocuentes, les dije simplemente: «Señores, vamos a tener que adaptarnos. Mina, Lucy y Patrick regresan a París conmigo. Tú, André, vas a llevarte el circo a Hermosillo, y allí harás una última función antes de disolverlo. Después te reunirás con nosotros en la Avenida Foch, con todo el staff. Y en cuanto a ustedes —rugí dirigiéndome a Dalí y a Buñuel que andaban por ahí curioseando— ¡olvídense de la inmortalidad! ¡Mientras yo exista —y existiré hasta que se apaguen las estrellas— ningún vampiro, hombre, mujer o niño, los morderá para comunicarles nuestra gloriosa esencia! ¡Vagarán por el mundo como apestados, dormirán por las noches, trabajarán bajo la luz del sol toda su vida, tendrán hijos con dolor, se cortarán al afeitarse, se machucarán los dedos en las puertas, no podrán volar! ¡Morirán! ¡Por dárseles de vivos surrealistas!» terminé despectivamente envolviéndome en mi capa. Su reacción fue de lo más sorprendente: se echaron a reír a carcajadas, dándose de palmadas en los muslos.

«¿Quiere que le diga una cosa, ingeniero? —alcanzó a decir Buñuel entre toses y estornudos— ¡pues me cago en la leche del vampiro! ¡Me cago en la leche de mamá vampira! ¡Me cago en la leche de los muertos

de la mamá vampira! ¡Joder!» Y su compadre agregó: «¡Mira tú, con todo lo que hay para comer y para beber en este mundo, y estos gilipollas van a morirse de hambre! ¡Pero si son negaos, te lo había dicho, hombre, Luis!» Y se fueron, en *auto-stop*, a Guadalajara. Después me enteré que habían hecho unas incongruentes películas surrealistas en las que para nada hablaban de vampiros. Volvimos a París.

¡Siete semanas! Desde nuestro regreso, una afiebrada actividad reinaba en la Avenida Foch, donde pusimos a funcionar un Comité de Emergencia conformado por distinguidos vampiros de todas las ramas del saber, la política y los negocios, quienes conjugaban sus esfuerzos para tratar de hallar una parada al horrible destino que nos aguardaba. Pero, a decir verdad, todo ese zafarrancho me dejaba frío, porque todos, en un acto de pudor incomprensible, eludíamos tocar el único punto realmente decisivo para nuestra supervivencia, comer o no comer, ahí estaba todo el problema. La grosera frase de Dalí al dejarnos, no por ser injuriosa era menos verdadera: si nos dejábamos morir de hambre en un mundo lleno de comida, de fabulosas escuelas culinarias, de platos memorables, prodigiosos, incomprensibles para nuestros hábitos de alimentarnos única y exclusivamente de sangre humana, éramos, efectivamente, unos gilipollas o algo peor. ¡Teníamos que aprender a comer otras cosas! ¿Pero qué? ¿Nabos? ¿Coles? ¿Chuletas de cerdo, patitas con maní? ¡Absurdo! ¡Absurdo y nauseabundo! ¡Joder!

Una noche que bajé a la cocina, a buscarme en la refrigeradora un vaso de sangre de nonato antes de irme a dormir; me encontré a Mina muy atareada que, con un delantal donde decía: «Amor... es una parrillada entre los dos», freía unas morcillas españolas. «Vladi —me asestó— ¿tú sabías que las morcillas están hechas de sangre coagulada?». «¡No me digas! —repose interesado— ¿de sangre humana?». «No ¡qué va! De sangre de res, de chanco, de cordero, qué sé yo... En fin... sabes, con su aderezo, unos cebollinos bien picados, sus especias, su ajo...». «¿Ajo? —repliqué escandalizado—. ¡Pero eso es un veneno para el hígado!». «Bueno, se trata de experimentar, señor

Conde —dijo Mina muy segura de sí misma—, es la única manera de saber». Y se sirvió una humeante, despanzurrada morcilla en su plato. «¿Quieres?», me invitó, provocativamente. «No, gracias —repuse—, veamos primero lo que pasa contigo». Y me acodé a observarla.

Esa noche la pasó en el hospital, con unos retortijones impresionantes, diarreas y unos vómitos en los que se le iba el alma. Le hicieron unos lavados intestinales y, al día siguiente, cuando estaba ya casi repuesta, fui con Lucy y Patrick a visitarla. «Tu sacrificio ha sido inútil, querida —le espeté— nunca se ha visto que un vampiro coma». «¡Pues yo seré la primera!», declaró Mina, muy combativa en su pijama anaranjado. «Debe ser que tenemos los estómagos atrofiados —continué— pero ya ves que no retenemos nada». «¡Estoy segura de que, si insistimos, terminaremos por habituarnos!» replicó ella, implacable.

Aquella misma noche se crearon las Brigadas Culinarias Internacionales, cuerpo de vanguardia y experimentación, cuya misión sería comer y beber absolutamente todos los potajes y bebedizos humanos para ver si nos acostumbrábamos a ellos o encontrábamos algún guiso compatible con nuestra naturaleza. Las brigadas quedaron, como era natural, bajo el mando de Mina y celebramos su fundación, como era conveniente y hasta simbólico, con un banquete en el Hotel Ritz.

Algún vergonzoso recuerdo, hoy felizmente limitado y menguante, es todo lo que me queda de aquel disparatado menú que, ¡ay!, fue mal degustado, peor digerido y al final asquerosamente vomitado por los frágiles estómagos de los brigadistas, unos 500 bulliciosos voluntarios venidos de todos los horizontes. Hubo, me parece, en el Menú, una Langosta al Champagne, otra Termidor, otra en Bellevue, unos Salmonetes a la Albahaca, un Lenguado en Crema de Morillas, un Mousse de Cangrejo, unas Anguilas al Ajonjolí, unos Tournedos Casanova, un Codillo de Cordero a la Gendarme —que lamentablemente tenía mucho ajo—, unas Criadillas en Mantequilla Negra, un Pato a la Naranja, un Pato Salvaje a la Montmorency, y un inexplicable Lomo Saltado a la Limeña, sin duda idea de Yucra, que se había adherido entusiastamente a las brigadas. Prefiero no hablar de los

vinos y licores que se consumieron en ese catastrófico banquete, que dejó las instalaciones del Ritz a la miseria, con un abominable olor a vómito que tardó dos semanas en disiparse. Pero, al día siguiente, Mina dividió las brigadas en comandos de 12 personas que se dispersaron por todos los restaurantes del mundo con la alta y peligrosa misión de degustar ¡absolutamente todo! Faltaban cuatro breves semanas para que sonara el pitazo final, para usar una metáfora futbolística de Balo Sánchez Aizcorbe que se había puesto de moda en el Comité.

Y nuestra formidable expansión demográfica continuaba, como una triunfante cabalgata de Walkirias: el 6 de febrero éramos ya 160 millones de vampiros y habíamos técnicamente colonizado los Estados Unidos, a excepción, claro está, de ciertas minorías negras, irlandesas, sicilianas, todas penosamente católicas. Un cable del presidente de dicho país, un tal Collins, Cooper o Cooker, me invitaba a apersonarme a la Casa Blanca para celebrar el acontecimiento. Confieso que me sentí entusiasmado: la inmensa, la fabulosa noche americana era nuestra. Bajo nuestro régimen las ciudades dormían durante el día, bajo el espeso sol. Eran kilómetros de avenidas desérticas, silenciosas, por las que a veces atravesaba una manada de perros retozando bajo los semáforos inertes o pequeñas bandas de poetas, vagos o ladrones destrozaban las vitrinas de los supermercados con barras de fierro y se dedicaban al saqueo. El asqueroso día giraba en redondo sobre sus talones, ebrio de soledad, hastiado de silencio y se desplomaba sobre el lomo de los edificios. ¡Entonces aparecía una bandada de vampiros en el horizonte, anunciando la caída del sol y se encendían las luces de Manhattan! ¡La noche que había cantado Whitman era nuestra! ¡Noche de desnudos senos, noche magnética y nutricia, noche de vientos del sur, noche de escasas y grandes estrellas, tranquila y cabeceante noche, desnuda y loca noche de verano, era nuestra, poeta!

Pero no pude aceptar su invitación, sumergido como estaba en el ruidoso Comité de Emergencia, clavando banderitas en un gigantesco planisferio, constatando el avance de mis huestes cada vez que el cable vibraba. Y, a decir verdad, el Comité me parecía espléndidamente

inútil: todas nuestras recomendaciones de abstinencia, de moderación, de ayuno, se habían perdido en el tráfico, cada cual hacía lo que le daba la gana y, en la práctica, solo nos limitábamos a dirigir el tráfico de las masas de vampiros entre continentes y países. El 13 de febrero los vampiros americanos, al no poder encontrar alimentos dentro de sus fronteras, bajaron en hordas gigantescas al Hemisferio Sur. Se habían abatido, volando, en bandadas que cegaban la pálida luz de la luna, sobre el Caribe, Cuba, Puerto Rico, Haití, y se aprestaban a invadir la América Central. Quienes venían por tierra en tupidas caravanas de carros, y vociferantes autobuses y camiones, ya habían dejado atrás Ciudad de México y se amontonaban en el Istmo de Tehuantepec, antes de lanzarse a la conquista del Yucatán, para de allí saltar a Sudamérica. Pero un contingente de varios millones de vampiros gringos, con sus mochilas y sus *blue jeans* desteñidos, trepados en trasatlánticos, goletas, *zeppelines*, o volando a pulso, estaban en camino hacia la costa occidental del África. Un último cable nos anunciaba que la vanguardia, en un gigantesco *zeppelin* rosado, había ya llegado a las islas de Cabo Verde, para gran regocijo de los nativos, a quienes les traíamos, conjuntamente con la inmortalidad, la civilización occidental.

Ya por esas fechas éramos unos 320 millones de vampiros y la amplitud de nuestro contingente nos había permitido dominar toda la cuenca del Mediterráneo; pero no sin esfuerzos, porque en Europa la situación era pasablemente desordenada. En efecto, los europeos eran menos complacientes que los americanos y en muchas ocasiones habían presentado batalla, especialmente en los países católicos manipulados por El Vaticano: Italia, España, Irlanda. La toma de Madrid, encabezada por los hermanos Fleta, fue particularmente sangrienta —como ya me parece haberlo dicho en alguna parte, yo detesto las guerras. Francia, Holanda, Alemania, los países escandinavos y algunos de la Europa Central que se situaban a la vanguardia del desarrollo tenían una mayoría de ciudadanos vampiros, y los Cárpatos continuaban siendo la línea divisoria entre el bullente Occidente y Rusia,

que por entonces estaba en plena revolución. Habíamos, sin embargo, colocado un par de nuestros mejores cuadros —Yarmolinsky y Tissier— en el Comité Central del Partido Comunista, bajo protección de Trotsky, pero se rumoreaba que el camarada Stalin preparaba una gran purga contra nosotros y nuestro protector, y que pretendía acusarnos de agentes imperialistas, espías del Vaticano, o de algo igualmente absurdo e indefendible.

Un día Lucy vino a sacarme muy temprano de mi catafalco, blandiendo unos papeles, «¡Nosfy! ¿Has visto esta infamia?» gritó con una exaltación que no le conocía. Traté de leer, emergiendo de las brumas de mi sueño, el panfleto mimeografiado que me tendía. El encabezamiento decía: *Vampirorum Progressio*, y era el texto de la encíclica que el Papa Pío XI había lanzado el lunes pasado llamando al pueblo cristiano a la caza de los vampiros, alegando que éramos engendros del demonio. «¡Esos curas de mierda se creen todavía en la Edad Media! —continuó Lucy, paseándose en torno a mi ataúd—. Organizan pogroms y masacres como en las mejores épocas de la Inquisición. ¡Agitan a las masas! Ellos son los únicos culpables de los disturbios de Chicago, de Silesia, de Cartagena. ¿Vamos a tolerar más tiempo esto?». «Mira Lucy, lamentablemente yo no tengo tiempo para andar pensando en esos pobres curas. ¡Hay otras prioridades!» respondí dándome vuelta en el féretro, muerto de sueño. «¡Nosfy! —y aquí el tono de su voz se hizo suplicante—. Ya sé que estás muy ocupado con el Comité, pero si tú quieres yo misma me ocupo del asunto ¡Dame un cuerpo de *rangers*, y te juro que en 48 horas barro con toda esa gentuza del Vaticano».

Yo, a esas horas, era capaz de autorizarla a hacer cualquier locura con tal de que me dejase dormir, de modo que lo hice. Luego me enteré que Lucy en persona dirigió el *raid* sobre el Vaticano: la vanguardia de sus *rangers* desactivó el ajo y los crucifijos que protegían la ciudadela y una bandada de feroces vampiros se cepilló a guardias suizos y cardenales, mientras que ella se ocupaba personalmente del imprudente Papa; cuatro vampiros lo sujetaron contra el piso de la

basílica de San Pedro y Lucy lo cabalgó, chupándole toda su cansada, aguachenta sangre, acabando de ese modo con toda resistencia organizada en el mundo.

Todo iba a una velocidad endemoniada, y esas fueron las semanas más largas de mi vida, porque en ellas y gracias a nuestro vertiginoso avance, se estaba decidiendo la suerte del planeta, minuto tras minuto. El 17 de febrero fui llamado de urgencia a la Clínica Americana. Allí se me informó, con gran secreto, que una pareja de vampiros japoneses, Hiro y Rosa Nakandakari que pertenecían a las Brigadas Culinarias Internacionales ¡daban muestras de soportar la comida! Aparentemente, habían comenzado por retener en sus estómagos un bistec con papas fritas, luego unas legumbres, un pollo, un poco de arroz, y se estaba experimentando con ellos para conocer las causas de este espectacular cambio en sus metabolismos. Encontré a Mina llorando de emoción en la puerta del cuarto que los japoneses compartían: «¿es posible, Vladi? ¿Es posible?» gimoteó, colgándose de mi cuello. «Ojalá, querida, porque, si no, sonamos...» repuse, arrastrándola al cuarto. Allí los conocimos.

Los Nakandakari eran inusualmente gordos y sonrosados para ser vampiros y, cuando entramos, se estaban despachando un enorme *rijsttafel* indonesio, de 19 platitos y una gran cacerola de arroz, entre los dos solos. Un equipo de médicos chequeaba sus reacciones. «¿Cómo va eso?» dije a guisa de saludo conteniendo mi repugnancia ante esa imponente mesa. «¡Perfecto! —repuso el doctor Bernstein, un viejo vampiro judío especialista en dietética—, comen prácticamente de todo, salvo pasteles, compotas, cosas azucaradas en general. Tampoco pasan las gaseosas ni la cerveza, ni, lamentablemente, el vino. Pero el resto lo digieren tal como un humano en buena salud: perfectamente». «¿Y, ya se sabe por qué?», pregunté disimulando mi ansiedad. «¡Helas! ¡Todavía no!», respondió el médico, «pero confío en que no tardaremos en saberlo. Varios equipos nuestros trabajan sin descanso y es cuestión de días, tal vez de horas, que descubramos cuál es el agente que les permite comer sin ningún problema». «Man-

téngame informado —le dije saliendo de la habitación—. Llámeme a cualquier hora de la noche o del día».

Su llamada llegó al día siguiente, cuando me aprestaba a acostarme luego de una agotadora jornada en la que, visto que en dos días íbamos a llegar a la cifra aterradora de *640 millones de vampiros*, más de la mitad de la población mundial de entonces, casi había perdido yo toda esperanza. La escuché en silencio y, de pronto, no pude controlar la risa salvaje que me subía a la garganta. «¡Lo logramos! —grité— ¡Lo logramos! ¡Y es de lo más gracioso! ¡Es increíblemente gracioso!». Y convoqué a un gigantesco mitin el 20 de febrero en la Place de L'Etoile, en París.

Jamás he visto desde entonces una tal concentración de gente. Vampiros de todos los horizontes llenaban la Place de L'Etoile y todas sus rutas de acceso: las avenidas de la Grande Armée, Wagram, Foch, Kléber y los Campos Elíseos hasta el obelisco de La Concorde, y en nutridas bandadas volaban, dando chillidos sobre el aire oscuro y transparente de París. No voy a detenerme en los detalles de esta imponente ceremonia, en los decorados áulicos, en los poderosos reflectores que barrían la noche, en la música incidental —era *Noche Transfigurada*, recuerdo—, en el rugido animal de la muchedumbre ansiosa. Basta decir que, cuando hubo terminado el último orador de circunstancias, aparecí yo, envuelto en una larga capa negra. Y solo cuando se acallaron los últimos ecos de esa masa trastornada por la curiosidad y el temor, y cayó sobre nosotros un silencio ominoso, hablé y dije a través del micrófono: «¡Hermanos vampiros! ¡Los he reunido aquí para decirles que hemos vencido nuestro desafío! ¡Que lo último que nos falta ganar en este mundo es la luz del Sol! ¡Todo el resto lo tenemos, los continentes, los océanos, el aire azul y puro, las culturas, el arte, el amor, el erotismo! ¡Los hombres nos han entregado este planeta para ellos inmanejable a cambio de la inmortalidad! Todos hemos ganado, ellos sus sueños y nosotros sus almas. ¡Y si la mitad de este planeta aún no nos pertenece efectivamente, es porque hemos vivido, tal como los humanos, bajo la amenaza del hambre!

¡El hambre, la maldición humana!». Yo podía palpar ese silencio dramático, esa angustia contenida y presta a estallar si mis palabras no respondían a esa expectativa. Hice una pausa y continué. «¡Pues yo vengo a anunciarles que hemos vencido el hambre! ¡Vengo a anunciarles que de hoy en adelante, podremos comer y beber todo cuanto comen y beben los humanos!» Y un murmullo de estupor se derramó sobre la masa. «¡Estoy aquí para anunciarles que nuestros científicos han descubierto una especie de sal que agregada a cualquier alimento lo hace enteramente inofensivo para nosotros los vampiros y, además, acentúa su sabor, volviéndolo exquisito!». El murmullo creció y yo hice una nueva pausa, ligeramente sádica lo confieso, antes de continuar ante esa gente al borde del colapso nervioso. «Y esta noche yo voy a revelarles el nombre de esa prodigiosa sustancia, que desde ahora mismo será distribuida gratuitamente a los integrantes de nuestra comunidad». Bajé la voz y leí en un murmullo, casi delectando: «Se llama Glutamato Monosódico. ¡Glu-ta-ma-to Mo-no-só-di-co!— delecté—, ¡Glutamato Monosódico!» aullé. «¡Aji-No-Moto! —gritó Mina a mi lado, apoderándose del micrófono—, ¡Aji-No-Moto!» exultó feliz. Y la multitud, maravillada, estalló en un alarido ronco y unánime: «¡Aji-No-Moto!», que pronto no fue sino una ola de sonido que corrió sobre la muchedumbre, encrespándola como a una inmensa ola a punto de estallar.

Lo que siguió es demasiado confuso para mi memoria sobrecargada. Pero sí recuerdo que, en algún momento, André tomó el micro y gritó: «¡Al Este! ¡Al Este! ¡El Oriente es nuestro!», frase feliz entre todas, ya que no había entonces ningún obstáculo ni alimentario, ni místico que nos impidiera el acceso al milenarismo Oriente. Esa misma noche, antes de que nos sorprendiera el alba traicionera, emprendimos la conquista de la otra mitad del mundo.

El resto pertenece a los manuales de historia. Esos países deliciosamente superpoblados, China, India, el Archipiélago Indonésico, Rusia, nos regalaron nuestro último gran banquete de sangre humana. Fueron días indescriptibles, en los que nos hartamos de sangre para todo el resto de la eternidad. ¡Oh, qué noches aquellas...!

Unos días más tarde me presenté con Mina y Lucy al restaurante La Tour d'Argent para probar el Pato a la Naranja.

## EPÍLOGO

Han pasado veinte años desde entonces. Lo único que provoca cierta insatisfacción a mi apacible vida es que aún no hemos conquistado la luz del Sol. Pero entretanto hemos trasladado las grandes metrópolis a los polos, a causa de sus largas noches y proyectamos cohetes espaciales que un día nos llevarán a habitar la faz oscura de la Luna. He tenido tres hijos, dos en Mina, uno en Lucy, y desde hace algunos años vivimos en una casa solariega del valle de Chevreuse.

Esta noche que espero el *ferry* en un bar de Dover, después de haber inaugurado el aburrido busto de Jonathan Harker, me ha asaltado el recuerdo de mi viejo castillo de Transilvania. Este verano llevaré allí a mis hijos: es hora de que conozcan la tierra de sus mayores.



## EL BENEFACTOR

*a Ingrid*

ME LLAMO Francisco Orihuela. Generalmente basta con mi nombre para que la gente sepa lo que soy y lo que hago. Mis novelas han sido traducidas a 19 lenguas, he ganado varios premios literarios harto significativos, como el Planeta, el Rómulo Gallegos, el Médicis y, hasta hace algunos años, era candidato de fuerza para el Premio Nobel. Mis obras se han vendido a millones de ejemplares, he ocupado la presidencia del Pen Club y mi rostro —en foto o en caricatura— aparece con cierta regularidad en diarios y revistas de las más diversas procedencias.

Ahora que he declinado mis títulos, puedo agregar que Francisco Orihuela es solamente un *bluff*. Solo el nombre es verdadero, pero no lo que evoca como calidad literaria y aun como grandeza que algunos me atribuyen. Hay una sola persona en el mundo que lo sabe, o que lo supo, porque temo que haya muerto, hace 10 o 12 años en un país de Europa, tal vez Italia, desconocido, pobre. A esta persona le debo cuanto soy y cuanto tengo: el dinero, la gloria, la desesperación que me acompaña desde que se alejó de mi vida. Jamás he conocido su rostro, ni estrechado su mano, ni escuchado su voz. No sé su nombre, no conozco su nacionalidad, y solo tengo pocas pruebas aunque definitivas de su existencia y de su paso fulgurante por el mundo y mi vida. Durante muchos años, a falta de otro nombre, y no sin ironía,

lo he llamado El Benefactor, o simplemente B. y, ahora que he perdido casi toda esperanza de encontrarme con él, he sentido la necesidad de emplear los pobres medios literarios de que dispongo para intentar una explicación metódica, y sin duda tediosa, de mi relación con él, del verdadero cataclismo que sacudió mi vida cuando B. intervino en ella por primera vez, una tarde de otoño, hace de esto 20 años.

Recuerdo que recibí el cable de la *Western Union* pasadas las cinco de la tarde, que en su lacónico y agorero estilo me anunciaba que yo había ganado el Premio Planeta de novela, otorgado por la editorial española del mismo nombre, con *Las muelas de Santa Apolonia*. No olvidaré jamás cómo la estupefacción me dejó clavado en el sitio: yo jamás había escrito un libro semejante y toda mi contribución a la literatura se reducía a 3 o 4 artículos sobre el indigenismo publicados en la Revista de la Universidad de Trujillo, donde ocupaba una cátedra de Literatura Peruana. No me tentaba escribir obra de ficción alguna, y me sentía a gusto en la docencia y la investigación, a pesar de lo precario de los medios que me ofrecía aquella universidad de provincia.

Era indudable que se trataba de un error, pero me parecía extraño que mi nombre y mi dirección, que ciertamente nadie conocía en España se hubiera traspapelado con los del verdadero ganador del concurso por quien sentí un relámpago de envidia que enseguida se extinguió. Le di varias vueltas al asunto hasta dejarlo de lado, por insoluble, diciéndome que no tardaría en llegar otro cable rectificatorio, que pondría fin a esta ridícula situación. Mi mujer y mi hija se hallaban de vacaciones en Lima y yo había arreglado con un par de amigos una partida de caza en las serranías de Otuzco aquel largo fin de semana, de modo que me acosté temprano y al alba vinieron a buscarme en una Land-Rover, para trepar a esas abruptas montañas, en cuyas laderas pacen venados y anidan codornices.

Al quinto día volvimos a Trujillo. Yo había matado un venado que ya comenzaba a heder y pensaba incorporarlo a mis trofeos de caza; en el reparto me había tocado poco más de una docena de

codornices y un par de patillos. Debajo de la puerta de mi casa había una inusual acumulación de diarios, telegramas, cartas y tarjetas apresuradamente borroneadas. Todo aquello confirmaba, sin dejar lugar a dudas, que yo era el ganador del Premio Planeta de aquel año. Todo el mundo me buscaba para felicitar me.

La conferencia telefónica que tuve con el Gerente de Relaciones Públicas de la editorial en Barcelona me desconcertó aún más. Me dijo que no había error alguno, y luego de felicitar me ceremoniosamente, me leyó el Acta del Jurado, con los resultados de las últimas votaciones, los nombres de las obras finalistas y la resolución del jurado, algo retórica, pero incontrovertible: yo, Francisco Orihuela, había ganado, por unanimidad, ese famoso premio, con *Las muelas de Santa Apolonia*. No me quedaba más que agradecerle, porque era complicado e inútil pretender que yo no era el ganador, pero tuve la presencia de ánimo necesaria para pedirle al hombre copia del manuscrito, pretextando ciertas correcciones urgentes. Se opuso cortés y firmemente, ofreciéndome en cambio mandarme las pruebas de imprenta, en cosa de mes y medio para que las corrigiera dentro de los plazos estipulados. El lanzamiento no debía tardar y se me invitaba a Barcelona para esta magna ocasión.

Los diarios que hojeé traían en primera plana una vieja foto mía y, por lo que decían, yo ya era poco menos que una gloria nacional, y no hacía sino corroborar la pujanza de la literatura latinoamericana en el mundo. Revisé distraídamente tarjetas de amigos y parientes, y mi atención fue atraída por una carta del Banco Exterior de España. Aportaba un argumento breve y definitivo: una orden de pago por un monto de diez mil dólares, que era la parte en metálico del premio. No tengo nada que justificar, pero esa suma representaba cinco años de salario de un profesor de mi categoría y era para mí una pequeña fortuna. Me bastaba con seguir la corriente y era mía. Evidentemente había un error que jugaba a mi favor y, si aún no había sido rectificado con toda la publicidad que se había dado al premio, tal vez el verdadero autor, por razones secretas de las que no podía tener la menor idea,

estaba impedido de aceptarlo. Tal vez por cuestiones políticas o de familia, especulé, no podía dar cara y me había escogido a mí, un oscuro funcionario de provincias, para que lo hiciera por él.

Pero todo aquello tenía un precio y, si yo prestaba mi nombre, bien podía apoderarme del dinero, con cargo a regularizar la situación una vez que él me hubiera contactado. Había muchas cosas oscuras aún en este asunto, pero el teléfono comenzó su repiqueteo incesante y comprendí que si aceptaba el premio, habría una serie de detalles prácticos que arreglar si no quería que todo el mundo se diera cuenta de la mistificación.

En primer lugar estaba el tema de la novela, que ignoraba. Su título, entre bufo y católico, despertaba amortiguados ecos en mi memoria y, si lograba saber su significado, tal vez podría darme una idea del tema de la obra y así inventar respuestas plausibles a las preguntas que no dejarían de hacerme periodistas y colegas.

En una hora de indagación en mi biblioteca lo hallé: *las muelas de Santa Apolonia* no era otra cosa que el irreverente apodo que la soldadesca española le daba antiguamente a los dados. En consecuencia, el tema de la novela debía ser el juego, o mucho me equivocaba. Me llevó todavía un buen rato imaginar una historia deliberadamente vaga en torno al juego, pero con apariencias de solidez, cruda y directa, pero con un fondo alegórico, moderna, pero pagando tributo al pasado. Toda la cuestión estaba en capear las primeras andanadas de los chicos de la prensa y los amigos, antes de leer las pruebas de imprenta, sin incurrir en muy groseras contradicciones con lo que vendría en la obra. Era un riesgo, pero valía la pena. Solo entonces contesté el teléfono.

Todo el mundo se tragó mis historias inconexas, mis explicaciones balbucientes, salvo, claro está, mi mujer. Durante un par de semanas sufrí el implacable asedio de la prensa, los amigos, los colegas, los parientes, las Asociaciones Culturales y los vendedores de libros. Por una elemental prudencia no quería bajar a Lima, hasta no haber leído el texto de la novela, y fue más bien mi mujer la que regresó a Trujillo

para someterme, por su lado, a un interrogatorio solapado y doméstico, que me obligó a ponerme a la defensiva. Ella no me creía capaz de escribir novela alguna, y yo conocía demasiado su puritanismo izquierdizante, como para confiarme a ella; no le interesaba el dinero, pero sí la verdad, y en este punto yo acababa de tomar una opción radicalmente opuesta a la de ella, que no tardó en separarnos. Una tarde se fue de casa, con mi hija Judith de apenas un año, a vivir con sus padres. En la separación legal ella obtuvo la custodia de nuestra hija y yo no pude hacer nada para retenerla.

Al fin llegaron las pruebas de imprenta en un voluminoso sobre de papel Manila. Las manos me temblaban cuando lo desgarré, y extraje aquellas páginas olorosas a tinta. Mi única y solitaria satisfacción fue la de no haberme equivocado en la cuestión del tema: la novela giraba en torno al juego, tal como yo lo había adivinado. Pero poco faltó para arrepentirme de haber asumido la autoría de aquel abracadabrante mamotreto. Eran unas 350 páginas desmesuradas, folklóricas, caóticas, ambientadas en la Conquista del Perú por los españoles. La cosa comenzaba con el reparto de un fabuloso botín: las riquezas del Templo del Sol, en el Cusco Imperial, y el desenfreno que poseía la soldadesca ese día memorable. Mancio Sierra de Leguizamo, el protagonista, devorado por la pasión del juego que ya no lo abandonará el resto de la novela, se juega a los dados —las muelas de Santa Apolonia— su parte del botín: es el enorme disco de oro macizo que representa al dios solar, el Inti, que divide, con trazos de grasa negra, en cuadrantes y treintaidozavos para irlo perdiendo trozo a trozo a medida que la noche avanza, mientras su enfermiza mente le dicta martingalas para cada serie de jugadas. Al alba lo ha perdido todo.

No era una novela histórica, por su falta de rigor documental, y por el empleo sistemático de anacronismos, entre otras cosas. Piadosamente se le podía considerar ficción histórica, pero era tremendista y con un ojo puesto en lo comercial. El juego era el pretexto para que el nebuloso Mancio Sierra viajase por la opulenta Potosí, la lujuriosa Zaña y los valles andinos asolados por los Generales del Imperio

convertidos en salteadores de caminos, infestados por bandas de indígenas fanatizados por unos ritos gnósticos. Por estas convulsas avenidas transcurría el trotar de nuestro jugador que no tiene sino una obsesión en esta vida: recuperar el Sol perdido, o algo semejante, alguna vez.

En algunos pasajes, fuerza es reconocerlo, alcanzaba una formidable brillantez, que no bastaba para redimir la novela de todos sus defectos. El final carecía de toda verosimilitud: Mancio, gracias a la intercesión de la *Colla*, o Princesa Inca que tiene por mujer, concierta una partida de *Waym*, una suerte de juego nativo de contenido mágico, nada menos que con el Inca Sayri Túpac, a la sazón refugiado en Vilcabamba, la ciudad secreta a la que ningún español tuvo jamás acceso. Él se juega secretos militares, y tal vez también su vida, una noche simétrica a aquella en que perdió el Sol de Oro, en una partida ritual plagada de símbolos, a cada paso interrumpida por mujeres poseídas de visiones sobre el destino último de su raza, que todavía no se sabe vencida. Pero Mancio, que comprende que esta partida es *su partida*, la que espera hace milenios, juega con ferocidad y, al alba, ha ganado el Pectoral del Inca, en oro y esmeraldas, que perderá al regresar a Lima, en un garito del camino hirviente de hampones y de putas.

Era bajamente teatral, estaba plagada de falsedades, de ignorancia, y de cinismo. Sin embargo, era fácil reconocer en ella el tipo de novela destinada a tener éxito, cosa que suscitaba en mí emociones contradictorias; porque de una parte encontraba injusto que una novela de tan desigual nivel literario ganase un premio tan importante, pero por otro lado el éxito no podía sino favorecerme, puesto que era, oficialmente, el autor de esa obra.

Y aún otro problema: es cierto que un texto literario no tiene la obligación de parecerse a la vida de su autor, pero había una tal distancia entre esa serpiente voladora y la forma como yo había llevado mi vida poco proclive a excesos y desbordes, que no tardaría en llamar la atención de cuantos me conocían, en particular mis colegas,

y, sobre todo, mi mujer. Acaso pensarían, como yo, que el autor no debía ser peruano, a causa de ciertos giros de lenguaje, de ciertas ignorancias geográficas. Parecía, pues, necesario que la publicación de la novela no me encontrase en Trujillo, expuesto a todas las miradas, blanco de todas las especulaciones, cuya continua y solapada presión hubiera terminado por hacerme confesar culpable.

No fue una decisión fácil, pero no me tomó más de un día. Mi ambición, que había sido como una floración tardía, ligeramente monstruosa durante estas pocas semanas, dictaba ya sus propios requerimientos, y me exigía neutralizar todo cuanto pudiese constituir una amenaza para mi nuevo estado. Más al fondo del juego, esos diez mil dólares del premio que me habían tanto impresionado, no eran nada comparado con lo que me podían dar los derechos de autor, la traducción de *mi* novela a siete lenguas. Esa invitación a Barcelona para el lanzamiento del libro podía ser la solución.

No paré de viajar desde que apareció la maldita novela, que tuvo un éxito impresionante. Fue Barcelona, fue la Feria del Libro de Madrid, la de Fráncfort, la de Bologna, traído y llevado por editores, agregados de prensa, agentes. Pasadas las rutinas, que eran casi siempre las mismas, tenía mucho tiempo libre y bastante dinero. Me gustaba sentirme un extranjero anónimo en esas calles viejas, hirvientes de juventud: una mañana amanecí dormido en un *container* lleno de paja, abrazado a una preciosa chica rubia y semidesnuda, en un céntrico canal de Copenhague. Pasé una tarde que nunca olvidaré, a la caída del otoño, jugando ajedrez con un desconocido en un muelle, detrás de Nôtre Dame. Fui testigo de un vuelo de vencejos que atravesó las torres de la Sagrada Familia, una madrugada en Barcelona, al lado de un borracho que cantaba.

Vivía mi celebridad creciente como un espectador, como que no la había trabajado ni luchado, lo que me daba un aire curiosamente desprendido que solía gustarle a la gente. Más: mi formación de crítico me hacía comentar la novela con la objetividad que les está negada a los creadores y gozaba exagerando sus defectos con cierta ferocidad

inusual entre los escritores, lo que me ganó fama de duro y de realista. La editorial no tardó en proponerme que dirija en Barcelona una colección de Literatura Hispanoamericana, oferta que me apresuré a aceptar. Ponía el océano de por medio entre mi vida presente y la pasada, y trataba de explotar al máximo lo que se me ofrecía, que aquel milagro no se iba a repetir. Una vez pasado el impacto de la novela, tendría que vivir de otra cosa hasta que se me fuera olvidando en tanto que escritor. La historia literaria está llena de casos de autores de uno o dos libros brillantes, que luego desaparecen en la noche para reaparecer al cabo de unos años como profesores, o empresarios, o diplomáticos sin que esto sea motivo de escándalo, de modo que me dispuse a seguir esos preclaros ejemplos, y en el primer año edité 5 títulos de literatura indigenista, de excelente calidad y poco conocidos, que asentaron el prestigio de mi colección.

Vivía en un apartamento de soltero en la Vía Augusta y estaba tramitando mi divorcio, cuando mi agente literario, Jordi, me llamó una mañana temprano para felicitarme por mi segunda novela, cuyo manuscrito no había podido soltar toda la noche y decirme que por aquella preciosura sacaríamos, fácilmente, veinticinco mil dólares de anticipo en cierta editorial.

Estaba todavía tratando de reubicarme con respecto al Benefactor, y sus ocultas intenciones, cuando un mensajero me trajo fotocopia del manuscrito, que había pedido a Jordi pretextando algunas correcciones. Era una carpeta azul, ordinaria, que contenía 319 páginas escritas a máquina. Mi nombre figuraba en la primera plana, y enseguida, bien centrado, venía el título de la obra, que era: *El Pavo a la Moctezuma*. Y abajo la fecha, que era la del mes en curso.

Comenzaba con tanto ímpetu como la novela anterior. Pascual Reyes, cocinero mexicano, se dirige a Santiago de Compostela pasando por París, en plena Revolución Francesa, cuando su patrón, un potentado criollo, cae fulminado por una apoplejía a la lectura de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. El ciudadano Pascual entonces, libre, solo, se siente poseído por el demonio de la

revolución social y culinaria, en aquellos históricos momentos en que el fervor burgués se repartía entre la gastronomía y la guillotina.

Pero enseguida, B. enganchaba el primer bucle de la truculenta espiral que ya le conocía: el mexicano empezaba su carrera durante las masacres de septiembre del '92, cuando una famosa histórica, Theroigne de Méricourt, arranca el hígado palpitante de uno de sus examantes, el Marqués de Foix, y le ruega a Pascual que con él prepare un plato sublime. Este, en un arrebato de inspiración republicana, prepara con el noble hígado un paté, y con él rellena unos pájaros hortelanos, que flamea al Armagnac, y sirve con salsifí al vapor y perifollo. Este era, más o menos, el registro. A medida que la novela —y la revolución— avanzaba, iban apareciendo más platos conmemorativos, hechos o comentados por Pascual, tal el Pato a la Robespierre, guillotinado y aderezado con su propia sangre, la Langosta Termidor, los Vol-au-Vent Directorio, el Jabalí al Imperio, macerado en pólvora, pimienta en granos, cayena. Y el libro se iba cargando de recetas de cocina, abundantemente pormenorizadas, con ingredientes, proporciones y procedimientos puntuales y, para mí, inexplicables. ¿Por qué hay que congelar, por ejemplo, la crema de leche, antes de rellenar con ella algún pescado? ¿Por qué mojar con agua caliente, y nunca con fría, cuando se prepara una Sopa de Cebollas? ¿Por qué cortar a la tijera las hojas de perejil, en lugar de hacerlo con cuchillo? Difícilmente se le podía considerar una novela histórica a pesar de que por sus páginas desfilaban —ahitos de entremeses, salpicados de sopas, atiborrados de salsas, reventando cangrejos, eructando faisanes, vomitando pecheras— los grandes protagonistas de la Revolución. Y las más brillantes batallas napoleónicas, que terminaban, invariablemente, en inmensos festines alegóricos.

En fin, doscientas tremebundas páginas más adelante, y ciento cincuenta recetas después, sobrevenía el desenlace, que ocurría, como conviene, en el Congreso de Viena, ese festín que duró varios meses celebrando la derrota de Napoleón por las potencias de la reacción. Una noche Carême, el genial cocinero de Talleyrand, presenta en un

banquete el «Faisán Trufado a la Santa Alianza», para conmemorar el establecimiento de esta alianza fomentada por Metternich y el Zar de Rusia. Tiene un éxito rotundo, y despierta la furia bonapartista de Pascual, quien ruega a Metternich que le dé la oportunidad de superar a Carême con un plato que jamás ha probado paladar humano. El banquete se realiza en el Palacio Palm, y a él asiste lo más graneado de la aristocracia. Luego de las entradas, sopas y entremeses, aparecen los majestuosos Pavos a la Moctezuma, adornados con plumas de pavo real que miman la corona del infortunado soberano azteca, y bañados en una espesa salsa marrón con reflejos rojizos, como el plumaje de ciertos gallos de pelea, despidiendo mil olores, indescifrables, exóticos. «¡Es América!», exclama Talleyrand, que acaba de venderle la Louisiana a los Estados Unidos, levantando su copa, mientras sirven. Y cuando los emocionados comensales se llevan, finalmente, el tenedor a la boca, no es un religioso silencio lo que se hace sentir, sino el rugido unánime de príncipes, condes, barones y duquesas, escupiendo fuego por las fauces abrasadas, las uñas clavadas al mantel, los ojos salidos de las órbitas como en un comic de Tex Avery, los peluquines suspendidos en el aire. Porque, cual una ensordecidora catarata se ha derramado sobre sus paladares, lenguas, hígados, cerebros, venas, vasos capilares, un untuoso y vengador Mole Poblano, con siete clases de chiles, a cual más cabronamente picante, con su chocolate más, y sus granos de ajonjolí.

Cuando el maldito intrigante del Metternich emerge al fin de los infiernos y comienza a recuperar el habla, balbucea: «¡Tráiganme al cocinero!». Pero el Mártir Pascual ya se ha adelantado a sus designios, pues, habiendo visto y previsto todo, acaba de colgarse de una viga del techo, tal como el Gran Vatel, con honor de samurai.

Así terminaba ese largo recetario, entrecortado aquí y allá por acciones poco creíbles por lo desafortunadas. Tenía cierta gracia, no lo niego, tal vez como efecto secundario de la exageración, pero ¿por qué B. se metía a hablar de Francia, siendo posiblemente latinoamericano, en lugar de hablar de lo nuestro que era muchísimo más rico?

Adolecía de cosmopolitismo y, sin duda de otros defectos capitales más que ya verían los críticos franceses y, aunque intuí que esta novela tendría un éxito enorme, en varias lenguas, me era visceralmente antipática, porque me metía, otra vez, en aprietos: ¡yo no sabía nada de cocina!

A la semana me instalé en París, en un agradable hotelito de la rue des Saints-Pères, con el propósito de ponerme al día en cuestiones culinarias antes de la aparición de la novela. Si B. había decidido continuar el juego, a mí no me quedaba más que seguirle la corriente, siempre que las condiciones de nuestro convenio tácito continuaran siendo las mismas, cosa que di por sobreentendida. Nunca me he sentido más solo en mi vida que durante esos cuatro miserables meses que me los pasé comiendo en los mejores restaurante, sin nadie con quien compartir esos desconcertantes platos, ni un amigo que me guiara por aquella tupida floresta de sabores por la que me aventuraba día a día, confiando solo en mi instinto de cazador. Pero me fui dando cuenta de que París poseía otras ventajas: el cosmopolitismo, el anonimato, el respeto por la privacidad—que se podía confundir con la más cruel indiferencia— y que podría ser un lugar ideal de residencia para alguien en mi situación, obligado a un constante simulacro.

Fue en uno de esos restaurante, La Closerie de Lilas, donde conocí a Diana, una hermosa judía que estudiaba Bellas Artes y manifestaba escasa, o nula, curiosidad por la literatura. Para decirlo crudamente, era incapaz de distinguir un soneto de un repollo, pero era fantástica en la cama; aquello bastó para que me enamore de ella y que, en mi mal francés, le prometiese que viviríamos juntos a mi regreso de España.

En Madrid, la novela salió con un éxito inmediato y me vi nuevamente envuelto en el maratónico asunto de las entrevistas y las mesas redondas y los panelistas y las firmas de libros; pero esta vez yo ya tenía más experiencia y una desenvoltura no desprovista de gracia que me ganó muchos admiradores. Esto sí, supongo, puedo reivindicarlo para mí: si yo no era ese autor incontinente y exitoso, al

menos sabía llevar la fama con cierta dignidad irónica y había de tener algún coraje para dominar el temor paranoico de que alguien me gritase: «¡Farsante!» en medio de la fiesta, desmontándome todo el tinglado. Esa segunda obra me había obligado a internarme más profundamente en un paraje de tierras movedizas, de modo que solo esperaba que todo aquel circo terminase para volver al anonimato de París, y a Diana, con quien me sentía protegido.

Los siguientes dos años fueron, si no felices, calmos. Nos habíamos instalado en unos elegantes suburbios, Sceaux, y bajábamos a París cada cierto tiempo a hacer algunas compras, ver nuevos espectáculos, visitar a los pocos amigos que teníamos. Diana había hecho su primera exposición de acuarelas en una galería de la Rive Gauche y yo, por añoranza de los claustros universitarios, me estaba decidiendo a hacer un doctorado sobre la obra de José María Arguedas, cuyo reciente suicidio me había impresionado. No era feliz mi estado, porque algo me obligaba a representar perpetuamente el papel del Autor Famoso que se había apoderado de mí, incrustando una segunda naturaleza en mi ser hasta entonces compacto y creándome unas angustiosas dudas en cuanto a mi identidad. Además me estaba volviendo avaro, porque, a pesar de todo el dinero que entraba por concepto de derechos de autor, traducciones, etc. medía excesivamente mis gastos, en vista de un hipotético rendimiento de cuentas que un día debía hacer a B.

No me encontraba mucho más avanzado que antes en cuanto a la identidad de B. y sus motivos para permanecer oculto, exhibiéndome a mí como un pelele; pero tampoco tenía los medios para averiguar algo más sobre el tema, lo que podía comportar sus riesgos y peligros.

La tercera novela llegó a la oficina de mi agente, procedente de Italia. El matasellos indicaba que había sido puesta en Sperlongha, unos diez días antes de que llegara a mis manos. Volé a Barcelona en el primer avión y literalmente arrebaté el manuscrito a Jordi, alegando que le había enviado, por error, una copia de trabajo. El manuscrito, que leí en el tren de regreso a París, se llamaba *Antecedentes de Eniac*, título enigmático que solo mucho más tarde entendí, cuando tuve

que enterarme de algunos elementos de computación. Si he comprendido bien, había dos historias paralelas ligadas por un nexo estructural que abrían y cerraban la novela, encerrando en el medio multitud de otras tramas, laxamente vinculadas a los temas centrales. Tomaba, como siempre, pretextos históricos verificables, que trataba a su guisa con escaso respeto por la cronología y con esa proclividad por el tremendismo y la exageración, que arruinaba sus mejores proyectos. Comenzaba con un inmenso y ronroneante monólogo interior, machacado por Mary Shelley recordando el desafío que Lord Byron lanza a Shelley: «Que cada uno escriba una historia de fantasmas», durante unos tormentosos días en Villa Diodati, frente al lago de Ginebra, cuando la furia de los elementos les impedían salir, en ese verano de 1816. Pero los poetas se cansaban pronto y era ella, la dulce y sufrida Mary, la que inventaba al monstruo de Frankenstein en unas febriles noches en las que en sus sueños se mezclaban sus hijos abortados, la belleza obsesionante de Lord Byron, la prédica utopista de su padre, William Goodwin, y el latigazo de los relámpagos de la naturaleza desencadenada.

Era, en apariencia, un loable intento por comprender la génesis de Frankenstein, apelando a categorías freudianas que no acababan de convencer; pero pronto se disparaba a otras esferas, comenzaban a desfilar las amantes de Lord Byron en posturas obscenas y B. se complacía en describir minuciosamente una orgía en un Carnaval de Venecia, en la casa del poeta, en la que él y los demás hombres quedaban mal parados, frente a la fagosidad de las bellas italianas. Y, poco a poco, la novela comenzaba a ser invadida por historias de mujeres y todo era un melodramatismo como para llorar: parecía no haber sino padres abusivos, maridos impotentes y cornudos, niños arrebatados por la enfermedad o la desidia, curas y magistrados paranoicos, soldados violadores y venales, poetas fatuos y vividores y no quedaba títere con cabeza para estas cáusticas hembras novecentistas que, a decir verdad, sufrían como bestias y alentaban las empresas más extravagantes que las ayudasen a salir de su triste condición.

En este punto me asaltó una horrible duda: ¿y si B. fuera mujer? La dos anteriores novelas parecían contradecirlo, pero en esta había una suerte de fervoroso, militante feminismo que me hizo suponer que B. al menos había conocido algunos extremismos a los que se entregaban las mujeres en aquellos años, marcados por los ecos demasiado próximos de mayo del 68. Aunque la deseché muy pronto, nunca pude librarme enteramente de esa idea, que me agregaba turbulencias suplementarias a mi relación fantasmática con B.

Terminaba sobre una nota, como siempre, grotesca. La hija de Lord Byron, la matemática Ada Lovelace que ha trabajado codo a codo con su amante, Charles Babbage, para construir la primera computadora del mundo, mecánica y a vapor, contempla cómo es que su preciosa máquina se está convirtiendo en un monstruo, allí, ante sus ojos. Más que computadora parece una inmensa fábrica de tejidos que funciona con engranajes, ejes, poleas, palancas de control, silbatos y pistones que dejan escapar un vaho amarillento. Hace una hora que funciona y la perfección que tenía los primeros diez minutos, ha cedido paso al error, un error que al principio estaba confinado a los últimos decimales, pero que luego ha ido escalando, a cada vuelta del eje principal, hasta llegar a los enteros y, de allí, ha remontado implacablemente como un salmón la corriente adversa de un río, las centenas, los millares, los millones, y pronto ese gigantesco y minucioso aparato *no dará sino error*, aún en la más pequeña y humillante operación. El defecto está en el torneado de las piezas, donde cada milésima de milímetro de error se ha ido acumulando gracias al movimiento, hasta transferirse a un engranaje mayor, y de allí a otro más importante, hasta descuadrar irremediablemente la calibración de todos los engranajes de la máquina y convertirla en la obra de un loco, completamente inútil.

Era la obra más oscura de B. No estaba nada claro si éramos los hombres o eran las mujeres los responsables de la creación de monstruos, o si lo era la guerra de sexos. Era tan barroca como las anteriores, aunque un poco más cruel y con menos humor. No me gustaba

nada, y todavía menos lo que iría a ocurrir a su publicación. Yo no tenía nada que ver con el feminismo, ni con la computación, ni con los ingleses, y no estaba dispuesto a cambiar mis ideas, gustase o no gustase a B. o al Papa. Lo que pasase por el enrevesado espíritu de B. me tenía sin cuidado y allí mismo decidí no participar en el lanzamiento de la nueva novela y dejárselo a mi agente y a los editores. Tenía una invitación para dar una conferencia sobre Arguedas en la Universidad de Phoenix, Arizona, y aprovecharía para explorar las posibilidades de integrarme al mundo académico hispánico, en los Estados Unidos. París no iba a ser un lugar saludable luego de la aparición de la novela.

Nos establecimos en Albuquerque, donde me conseguí una plaza de Escritor Residente, en la universidad, que me duró un año. Me dediqué a investigar las fuentes quechuas en la poesía de Arguedas, y eludí sistemáticamente todo diálogo sobre mis obras, pasada, presente y futura, para limitarme a mi especialidad: el indigenismo peruano. Diana adoraba ese paisaje de inmensos desiertos rojos, cielos azules y puros como los de Trujillo, pistas de cuatro vías abiertas sobre el horizonte, y toda esa primera época hizo acuarelas estupendas: era su otra virtud. Se hizo de un grupo de jóvenes pintores que tenía sangre india, que un día nos llevaron a mirar un precioso espectáculo de un escultor originario de la región: era un campo desierto sembrado de centenares de pararrayos, dispuestos dibujando un inmenso cuadrado. Tuvimos suerte porque esa tarde hubo tormenta, y empezaron a caer los relámpagos, dibujando formas extraordinarias, nervaduras como de iglesia gótica, en pura y salvaje electricidad bruta, que caía sobre el campo de pararrayos, mientras nosotros presenciábamos el espectáculo desde la cabaña del guardián.

El *Pavo a la Moctezuma* ganó ese año el Premio Médicis Extranjero y al año siguiente el Rómulo Gallegos, pero me excusé de asistir a ambas ceremonias, alegando enfermedad. Black Sparrow Press publicó una colección de ensayos míos, sobre el indigenismo, que tradujeron como *Identity Path*, que fue muy bien recibido en los círculos académicos. Era casi feliz. Habían pasado ya tres años desde el último

envío y acariciaba la esperanza de que B. me hubiera olvidado, una vez pasado su último capricho, cuando el sobre llegó. Era como tocarle el hombro a un espía para que sepa que sigue siendo espía, que nunca será normal.

Jordi me adjuntaba en esa carta copia del manuscrito «para el caso que quisiera hacerle algunas correcciones», y me felicitaba no sin cierto temor, por haberme lanzado «en esta gran empresa de esa trilogía que sin duda es la obra de tu vida», de la que me adjuntaba el primer tomo, titulado: *El Largo Viaje*. ¿Una trilogía? ¡Putal! ¡B. exageraba! Agregaba los nombres de los volúmenes venideros: *Los Hombres de Frontera* y *El Regreso*, y el total traía el nombre de *La Ley de Gamov*. Abrí, pues, el primero. Me sorprendió el no encontrar casi ningún referente histórico; la novela, puesto que hay que llamarla de algún modo, transcurría íntegramente en nuestra época. No era menos barroca que las otras, pero sí más misteriosa: se placía en narrar cientos de destinos admirables y dispares, cuyo escenario era la totalidad del mundo. Los protagonistas solían trasladarse desde los arrabales de Mexico City, hasta los picos nevados del Nepal, desde las arenas de Goa hasta los rascacielos de Estocolmo, desde Telegraph Avenue hasta Rue Saint Jacques, llevados por deseos indomeñables, amores poco o mal correspondidos, saltos de humor, azares de la vida. Era un fresco en perpetuo movimiento, donde las historias podían articularse algunas veces unas con otras, hasta formar cadenas, o bien amontonarse sin orden ni concierto, o bien vagar, solitarias y ejemplares durante varias páginas, hasta topar con un nuevo archipiélago de sentido o cofre de sorpresas miliunanochesco. Las 450 páginas del manuscrito no tenían ni pies ni cabeza; para decirlo de otro modo, faltaba un tema visible, o un personaje al menos que le diera un asomo de unidad, o un estilo uniforme en todo caso. Sin embargo, me dejó absolutamente fascinado, por una vez, este libro que, según creí entender, narraba los altibajos de la existencia humana, en todo lo que tienen de trágico y de cómico. Creí entender que, para B. y en virtud de una ley estadística, ambos extremos, en la medida en que se repiten infinitamente, tienden a un punto medio, gris, mediocre.

No sé bien definirlo. Pero lo cierto es que mi actitud hacia B. cambió radicalmente a partir de aquel momento y esa culposa falta de curiosidad por él cedió el paso a un cálido deseo de conocerlo, de ser más que su inconfesado cómplice, su amigo.

Ese fue nuestro primer fracaso. *El Largo Viaje*, lanzado con gran bombo en Barcelona, hizo un gran ¡pluf! y se hundió en la indiferencia general, ayudado, es verdad, por una crítica revanchista, que decretó que la novela era incomprendible. Recién entonces constaté el abismo que había entre *ellos* y *nosotros*. En ocasión de una Mesa Redonda por la TV española estuve particularmente combativo contra un par de críticos hinchados y maledicentes, que no decían sino necedades. Mi argumento maestro es que se trataba solo del primer tomo de una trilogía, y que en los volúmenes siguientes se explicaría todo, o casi todo. Fue mi única aparición pública, pues desde entonces me dediqué a esperar, en la granja que habíamos alquilado en las afueras de Albuquerque, el volumen siguiente. Descubrí que en los parajes anidaban conejos salvajes y una especie de faisanes, y organicé partidas de caza con algunos estudiantes de la universidad. Por las noches, releía y fichaba las novelas de B. en vista de una reconsideración global de su obra, desde mi actual perspectiva. Me había preparado para una larga espera, que presumía duraría un par de años, pero al año y dos meses me llegó el segundo tomo de manos de mi agente. Se llamaba, previsiblemente, *Los Hombres de Frontera*.

Aquí todo empezaba a explicarse y a arrojar una luz nueva sobre las cosas. Seguía en líneas generales los temas desarrollados en el primer volumen, pero aquí se cerraban multitud de historias hasta entonces inacabadas, se abrían otras nuevas y, sobre todo, empezaban a delinearse las estructuras de la novela, que algo tenía de catedral gótica, por lo elevado y grandioso, por los grupos escultóricos agitados de violentas pasiones, sobre ese aire puro y transparente. Y entonces descubrí, maravillado, que B. narraba mi propia historia, desde que había recibido aquel premio, una tarde ya muy lejana, en Trujillo, hasta mi actual reclusión en el sur de los Estados Unidos. Había muchas

inexactitudes, tal vez voluntarias para preservar mi identidad o debidas a que B. no conocía mucho los hechos de mi vida. Pero en algún pasaje hablaba de la Reconciliación, en el sentido del drama isabelino, poniendo en boca de mi personaje, frases generosas, inolvidables. No anticipaba el final de la historia, pero me dejaba adivinar que todo se aclararía en el tercero, y último tomo, y seguramente, para bien.

Esas breves páginas fueron para mí la cura de mis tormentos. Me quitaron el sentimiento de bastardía que me acompañaba desde el principio de la aventura, y recuerdo que lloré muy largamente sobre los hombros desnudos de Diana, que no entendía nada. Lloré, también, porque ya no la necesitaba, ya no tenía miedo y era libre.

La crítica, esta vez, puso por las nubes este segundo tomo y rescató el primero del olvido: había consenso de que se trataba de una obra maestra que bogaba, todas las velas hinchadas al viento, hacia su consagración definitiva, que, según Jordi, me significaría el Premio Nobel a mediano plazo.

Como es de público dominio, la última novela de la trilogía nunca se llegó a editar. Y esto es porque jamás llegó a mis manos, ni a las de mi agente. B. desapareció para siempre de mi vida, y tuvo tiempo de destruir todos mis sueños, durante los doce años que lo estuve esperando. Para cuando esto ocurrió, yo estaba, justamente, en la cúspide de *nuestra* carrera; el sentimiento de culpa, de doblez, de usurpación, había desaparecido de mi espíritu y disfrutaba del goce de nuestra tácita reconciliación. Compartía con B. la celebridad y sus placeres, y gastaba *nuestro* dinero a manos llenas. Sí, conocí lo más cercano a la dicha, durante los primeros dos años que siguieron a la publicación de *Los Hombres de Frontera*. Me movía, totalmente libre, entre Nueva York, París, Río de Janeiro, sin fijar residencia, al placer del deseo vagabundo. Ese fue el momento en que estuve más cercano a la dicha.

B. ha debido morir. Nadie deja una obra maestra inacabada, salvo que lo arrebate el ala de la muerte. Sin ninguna esperanza de encontrarlo, ni de reconocerlo si lo viera, he recorrido todos los lugares desde

donde él enviaba sus obras: Sperlongha, Atenas, Puerto Pollensa, Poros, respirando el aire que él respiró, mirando los paisajes y la gente que tal vez miró, con una profundidad y delicadeza que apenas puedo concebir.

Hace unos años, en mi desesperación, traté de escribir yo, por mis propios medios, el tercer tomo. Ya todos se habían cansado de esperar, ya no era candidato para el Nobel, se me consideraba terminado. Conservaba la fama y el dinero, pero era una cáscara vacía, ausente de mí mismo, como si me hubiesen robado toda vitalidad y todo nervio. Pero había tenido el tiempo de formarme una idea de lo que podía ser el tercer tomo, *El Regreso*. Era increíble y desmesurado, como le gustaba a B., pero hacia allí señalaban todos los indicios hallados en novelas anteriores, en particular en la última, tan inexplicablemente feminista. Era el desarrollo natural del espíritu de B., la piedra de toque de su pensamiento.

El título de la trilogía, *La Ley de Gamov* se refería a la ley física que dice que el Universo, llegado a su máxima expansión desde el Big-Bang que lo formó comienza a contraerse para volver a amontonarse en el mismo punto, originando el Huevo Cósmico, principio y fin de todo. Según ciertas anomalías al final del segundo tomo —la madre que resucita, las fallas que aparecen en El Tiempo, el incesto generalizado— pretendo que logré imaginar lo que podría ser el tercer tomo, el que B. había titulado *El Regreso*. Allí se trataría del Universo en plena contracción, que modificaría las leyes conocidas, y del sentido de nuestras vidas con ello. El tiempo correría hacia atrás y, en consecuencia, la muerte sería abolida; los muertos saldrían de sus tumbas y toda la Humanidad, desde el inicio de los tiempos, se congregaría sobre nuestro planeta, viajando hacia el centro del universo, para darle sentido y espíritu al Cosmos todo entero.

Pero esa es solamente una versión y tal vez el final era otro. Cualquiera que fuera la respuesta, jamás pude escribirlo. Han pasado muchos años y no he logrado escribirlo. Yo solamente soy el crítico, B. era el creador.

Hace ya más de un año que hice construir esta grande y moderna casa desde donde escribo estas líneas, en la playa de Huanchaco, a pocos kilómetros de Trujillo. He regresado. B. me sacó de aquí, como una mano colosal, poderosa, y su silencio me ha devuelto aquí; nunca he sabido por qué me eligió a mí, por qué me abandonó y eso, creo, quedará en el misterio. He redescubierto a mi hija Judith, que está casada con un médico, y ambos han hecho llevadero mi retorno. Tengo dos pequeños nietos para quienes he escrito algunas canciones infantiles sobre la base de juegos de palabras. Eso es todo cuanto he conservado de B., el amor por las palabras. Eso, y una cierta ansiedad que se acentúa por las tardes, a la hora que llega el correo.

# EL MURO DE BERLÍN

*a Plinio Apuleyo Mendoza*

1.

GEORGES MANDEL HABÍA escrito varios artículos críticos sobre la obra del novelista peruano Héctor Arnao y, de hecho, se había convertido en un especialista en el tema, sobre el que dictaba un curso en la Universidad de Orleans —La Source— aunque residía en París y viajaba a esta universidad de provincia dos veces por semana. Se había vuelto gran admirador de Arnao en España cuando cursaba estudios de postgrado en Salamanca, y alguna vez había conocido al autor en un cóctel de la Feria del Libro de Madrid, por los años 70. Le gustaban sus novelas tan minuciosa como perversamente construidas, donde los actos de los personajes desbordaban ampliamente sus intenciones y todo solía terminar en atroces tragedias con trasfondo policial, porque de hecho se planteaba como el heredero sudamericano de Eric Ambler, John Le Carré, Patricia Highsmith. Mandel se había ido especializando en su obra, sobre la que había escasos estudios en Francia, pero a medida que pasaba el tiempo el novelista se iba afirmando como uno de los mejores del *boom* de los años 60, y los trabajos de Mandel eran cada vez más citados en las revistas literarias y en las tesis de grado.

Mandel, que era un solterón *baba cool* emergido de las canteras de mayo del 68, mujeriego, divorciado, flaco, calvo y cuarentón, gastaba

más de lo que ganaba y solía andar a tres dobles y un repique, siempre en busca de cachuelos para redondear su presupuesto. Vivía en un pequeño apartamento rue de la Tombe-Issoire, quinto piso sin ascensor, justo debajo del techo, que era un horno en el verano y un témpano en el invierno, tenía un viejo Citroën del año de la pera y pasaba sus vacaciones en el Luberon, donde se había comprado una modesta casita que todavía estaba pagando. De modo que cuando lo llamaron de la Agencia Literaria Montserrat Ripoll, la misma que manejaba los derechos de Arnao, para proponerle que haga una investigación bibliográfica de sus primeros escritos, aceptó sin vacilar. El trabajo incluía un viaje al Perú, con todos los gastos pagados durante un par de meses. En cuanto a los resultados de su investigación se esperaba que esto diera origen a un libro sobre los años mozos del gran escritor, tan mal conocidos por la crítica pero que habían sido determinantes para su carrera, que sería publicado por una importante editorial. El material que iría a recoger podría también usarlo en sus propios artículos y conferencias, con lo cual su autoridad sobre el tema se consolidaría y, sin duda, podría hacerle subir un escalón en el mundo académico, cosa que ambicionaba más que cualquier otra cosa ahora que comenzaba a acercarse a la cincuentena y tendría ya que ir pensando en su jubilación.

Es verdad que en la prensa circulaban una serie de noticias inquietantes sobre el Perú, mal gobernado por el aprista Alan García y asediado por guerrillas izquierdistas; pero ese era el mal endémico de buena parte de los países latinoamericanos, desde la Revolución Cubana en adelante, y ya formaba parte de un folklore que no se podía tomar demasiado en serio. En cuanto a la lengua, Mandel hablaba un castellano bastante pasable, con acento marcadamente español, que había practicado durante los últimos veranos en San Sebastián y Alicante, y de vez en cuando traducía al francés textos para su propio consumo: algún cuento de Borges o de Julio Ramón Ribeyro, algún artículo de Rodríguez Monegal, algunas páginas de Mario Vargas Llosa.

Habiendo tomado un par de meses de licencia sin sueldo en la universidad, Mandel partió a principios de noviembre a Barcelona,

donde la agente Montse Ripoll quería verlo para darle las instrucciones indispensables para su misión, en aquella travesía que comprendía no solamente Lima, sino alguna ciudad del interior del Perú donde Arnao había pasado sus años formativos. Ella lo recibió en sus oficinas del Paseo de Gracia, de un pesado y ostentoso lujo catalán, con anaqueles de cedro atiborrados de libros, bronce Art Nouveau y *secretaires* Luis XV en medio de los cuales triunfaba su rotunda figura de tendera, que ningún decorado conseguía opacar. Llevaba una grotesca peluca rubia y una túnica de brocado que se confundía con el tapiz de los muebles, aunque su función no era camuflar a la famosa agente, sino disimular su obesidad. Invitó a Mandel a tomar asiento, lo estudió sin ambages, como quien lee un horario de trenes y luego entró en materia sin más tardanza: «¿Sabía usted, profesor, que Héctor tenía un pasado castrista, revolucionario?». «Pues la verdad que no», repuso Mandel mostrándose francamente sorprendido, pues pensaba que el escritor era más bien simpatizante de la derecha por sus declaraciones públicas. Pero de hecho en la década del 60 Héctor colaboraba en el periódico clandestino del MIR, en plena subversión, y firmaba sus escritos políticos con el seudónimo de «Catón». Eran los años 1964-66, los años de las guerrillas del MIR, del poeta Javier Heraud que murió en la selva, recuerda usted, que fue muy amigo de Héctor.

En suma se quería documentar aquella época con los papeles que se pudieran conseguir y se le daba al profesor la libertad de usar ese material como quisiera, ya que se le reconocía como una verdadera autoridad sobre la obra de Héctor. Pero, bueno, por eso mismo era interesantísima la tarea que le encomendaban, ya que la información que iba a buscar podía iluminar con una luz nueva la obra del autor en su conjunto. «¡Arnao militante de la Juventud Comunista! ¡Esa sí que es noticia!», se decía. El crítico estaba excitado por el giro inesperado que tomaban las cosas y ni siquiera se preguntó por qué lo habían elegido a él para encomendarle este trabajo: oficialmente su elección se debía a que sus escritos habían despertado el interés del maestro, quien lo había sentido desde el primer momento para

este puesto de confianza y este reconocimiento tributado a sus callados méritos lo había llenado de íntima satisfacción, silenciando sus preguntas. «¿Conoce usted el Perú?», preguntó Montse Ripoll, y Mandel confesó que en el año 70 había estado en Macchu Pichu, como todo el mundo, en el Lago Titicaca, en el Convento de Santa Catalina de Arequipa, en fin el circuito turístico, pero de Lima solo conocía el aeropuerto. «¿Qué opina de la situación política, de la guerrilla, de todo eso?». El profesor opinaba que en América Latina la guerrilla formaba parte del paisaje, pero la prensa magnificaba todo y le daba una importancia que no poseía. En fin, según los informes que había recogido de amigos de su universidad, se trataba de camaradas maoístas que trabajaban con los campesinos de las zonas más recónditas del país y jamás se mostraban en las ciudades.

«Le voy a dar una lista de personas que sería importante entrevistar, pero Héctor recomienda que no se toque a su familia: como usted sabe, su padre murió hace pocos meses y no quisiéramos molestarla con estos asuntos». La Ripoll le entregó pues un *dossier* confidencial, con una docena de nombres y direcciones de las personas que Héctor le recomendaba visitar en el Perú: entre ellas había algunos profesores universitarios, algunos periodistas y varios de profesión indefinida y de domicilio dudoso que había perdido de vista durante las últimas décadas y no sabía si estaban vivos o muertos. Las personas más importantes que tenía que entrevistar eran el profesor Braulio Cornejo, viejo militante aprista que lo inició en la política; Pedro Moreno, que fue su compañero de célula; y Sonia Ugarte, que fue novia de Héctor por aquella época y militó con él. No quedaban muchos de sus compañeros, pues la mayor parte de ellos habían muerto en combate contra el ejército o habían desaparecido. Esta lista se acompañaba de una semblanza biográfica del autor «para que pueda cotejarla con los datos recogidos en el lugar». Adjunto al folder había un pasaje de ida y vuelta a Lima por Iberia, y un jugoso cheque por honorarios que le permitiría largamente cubrir sus costos de alojamiento, transportes y comida para los dos meses que, calculaban, iría a durar su permanencia

en Sudamérica. Y desde luego un Seguro de enfermedad y accidente que lo protegería de cualquier contingencia en esos lejanos caminos que pronto iba a recorrer. Se despidieron con un apretón de manos y, al día siguiente, un entusiasmado profesor Mandel partía al Perú vía Madrid.

Ya en el avión leyó la semblanza biográfica que indicaba que Héctor Arnao había nacido en 1940, en Huaraz, había estudiado en el colegio La Libertad hasta el 56, mudándose el 57 a Lima con toda la familia para finalizar su secundaria en el colegio Guadalupe en el 58. En el 60 había ingresado a la Facultad de Derecho de San Marcos y se había trasladado a Literatura el año siguiente, terminando sus estudios *cum laude* en el 65. A fines del 66 había viajado a París con una beca de postgrado en La Sorbona; al año siguiente había ganado el premio Cruz del Sur en Barcelona, con su primera novela *El Complot Caribe*, que había sido un éxito y desde entonces residía en Londres, con muy esporádicos viajes al Perú, el último de los cuales databa del año pasado, o sea 1988, en que había venido a enterrar a su padre. O sea que el período incriminado iba desde, digamos, 1956, hasta fines de 1966 en que abandonó el Perú. Los diez años cruciales que iban de los 16 a los 26. «Los años en que había pasado de adolescente a hombre en el país de todas las sangres, sacudido por el impacto de la Revolución Cubana», se dijo Mandel con recóndita emoción.

2.

Llegó un sábado muy temprano a una Lima que no se parecía en absoluto a las grises descripciones que de ella daba Arnao, sin duda porque Mandel había desembarcado en plena primavera, que estallaba en los semáforos, en las calles bulliciosas, en las faldas insolentes de las muchachas. Multitudes nerviosas subían en tropel por la avenida La Colmena hasta la Plaza San Martín, y allí se dispersaban entre las coloridas manchas de vendedores ambulantes que llenaban las calles y parecían haber sido trasplantadas de Calcuta al Centro Histórico,

donde estaba el hotel en el que el francés se alojaba. Apenas salió a la calle, desconfiado como buen parisino, se encontró envuelto en un caos dominado por gente mestiza y mal vestida: en el jirón de La Unión lo estafó un cambista por cien dólares, dándole soles peruanos que habían salido de circulación hacía varios años porque ahora la moneda era el inti, y de remate en las inmediaciones de la Plazuela San Francisco le robaron de un tirón la cámara fotográfica. Mandel, que tenía un físico de atleta, trató inútilmente de perseguir al ladrón que apenas pudo entrever volando en una esquina y pronto se perdió entre la mancha de gente que inundaba el centro de la ciudad. Irritado, desmoralizado y confuso buscó refugio en su hotel. *Ça commence bien*, se dijo, mientras se tomaba un melancólico Pisco Sour en el bar. Afuera hubo una confusa asonada entre manifestantes que blandían grandes pancartas y quemaban neumáticos que despedían un olor nauseabundo, y la policía que los dispersaba a varazos y bombazos de gases lacrimógenos que se metían por las ventanas de su hotel. *De mieux en mieux*, se repitió amargamente mientras se enjugaba las lágrimas y se rascaba furiosamente el pescuezo.

Al segundo Pisco Sour decidió que lo que le hacía falta era aclimatare en esa exótica ciudad, que tenía todo el aire de ser ligeramente jodida, pero que él se sentía en capacidad de comprender; al fin y al cabo tenía un pasado izquierdista y simpatizaba genéricamente con las guerrillas de los países del Tercer Mundo. Es más, había vivido mayo del 68 cuando estudiaba en La Sorbona y había participado en la toma del Odeón con gases lacrimógenos como estos, que casi, casi lo rejuvenecían y de todos modos no se podía hacer nada hasta el lunes, de modo que decidió tomárselo con filosofía y hacer un poco de turismo ese fin de semana. Tomó unos folletos turísticos que le dieron en el *desk* del hotel, y encontró que había ruinas prehispánicas en las afueras de Lima, peleas de gallos, corridas de toros que estaban en plena temporada, muchas iglesias barrocas y varios museos, entre ellos el Museo del Oro, que Mandel se había prometido un día visitar, y decidió que ese era el día. Salió pues a la calle, que todavía apestaba

a gases lacrimógenos, agarró el primer taxi que encontró a la puerta de su hotel y le ordenó que lo llevara a aquel famoso museo que quedaba al otro lado de la ciudad, en un barrio llamado Monterrico.

Lima parecía una ciudad en guerra: por todos lados había tanquetas, jeeps militares, retenes, calles enteras cerradas por mojonos de cemento y púas metálicas que el taxi tenía que atravesar zigzagueando. A medida que se abandonaba el centro y se avanzaba hacia los barrios residenciales del sur había más calles cerradas con barreras y rompemuelleres, custodiadas por guardias armados y a veces por un coche patrullero, y hasta tanques. Las embajadas y los canales de TV estaban atrincherados detrás de sacos de arena y alambradas de púas, con hombres uniformados montando guardia. Y en las avenidas los vetustos autobuses echaban nubes de humo negro a las verdes arboledas, los choferes manejaban agresivamente, y en las paradas de buses había interminables colas de gentes resignadas y medrosas.

El locuaz chofer del taxi le iba comentando que el país se estaba desmoronando, señor, en manos de Alí Babá y esos 40 ladrones que eran los apristas, que solo querían robar su milloncito para largarse a Miami antes de que Sendero tome el poder y todos nos tengamos que ir del Perú. Además, ahora Sendero había sacado esa novedad llamada Paro Armado, que era obligatorio: si uno no lo obedecía, Sendero se lo bajaba, y si lo obedecía era el ejército el que se lo bajaba a uno y la cosa estaba realmente brava, sobre todo en los Conos de la ciudad, porque aunque parezca mentira con todas esas tropas, aquí en Miraflores no pasa nada, todo ocurre en las barriadas, en la Carretera Central que está prácticamente tomada por los terrucos: ya ni se puede salir de Lima, señor, ni para el Norte, ni para el Sur, ni para el Este, solo nos queda el Oeste o sea nos están arrojando hacia el mar, señor, parece mentira. Son los cholos los que nos empujan hacia el mar, los senderistas son todos andinos, oiga usted, ya no hay limeños viejos en esta ciudad. El taxi salió furiosamente de la avenida Arequipa para entrar a Angamos, y atravesaron un barrio lleno de ferreterías y tiendas de repuestos de automóviles antes de desembocar a las verde-

cidas calles de Monterrico, con anchas avenidas y bien cuidados parques, casonas a la americana y guachimanes en todas las esquinas.

El Museo de Oro tenía una maravillosa colección de piezas arqueológicas prehispánicas y estaba en una calle residencial demasiado tranquila, de lo que hubiera inmediatamente desconfiado un limeño, pero Mandel era parisino y no se le ocurrió que podría haber algún peligro. En aquel museo había escasa guardia y afuera apenas un guachimán que conversaba con una vendedora de *souvenirs*, y un heladero durmiendo en su triciclo. Tres cuartos de hora más tarde, cuando salió, abrumado por esa orfebrería bárbara, el triciclista pedaleaba a lo lejos, y ni un alma pasaba. Los dos únicos turistas que había visto en el museo ya se habían ido en el único taxi de la estación, porque aparentemente en esta temporada ningún extranjero venía al Perú, y el único cojudo era él, que llegaba en el peor momento. Preguntó dónde se podía comer, y le indicaron un restaurante, a una cuadra de allí, donde todos los turistas iban. Subió la calle y se encontró con una docena de coches de lujo estacionados frente a una elegante puerta oval en tres metales, que era la entrada de El Pabellón de Caza, debidamente custodiada por un par de guardias armados. Una cabeza de ciervo embalsamada lo recibió en la entrada y Mandel descubrió que en todos los muros se exhibían trofeos de caza, deporte que él abominaba y del que era declaradamente abolicionista. Aunque igual se sentó en el bar a pedir un aperitivo, al mirar la carta descubrió que no había carne de caza, salvo un *civet* de venado y todo el resto sonaba muy tentador: había Cebiche de Lengüado, ese pescado que se comía casi crudo, que era una de las grandes especialidades peruanas, y el *maître* le aconsejó como plato de fondo una Chita a la Brasa, en salsa de ajonjolí y cebolla china, sugerencia que aceptó de buena fe. El restaurante estaba lleno de gente, pero ahora de tez blanca y presumiblemente adinerada, cuyo murmullo incesante se oía como un oleaje de cuando en cuando atravesado por una risa alegre, estos peruanos que de todos modos se reían a mandíbula batiente, eran verdaderamente extraños estos peruanos.

Mandel amaba la cocina peruana, que había probado ya en su viaje anterior, y le parecía la mejor de la región, no tan difundida desde luego como la mexicana pero más fina a su juicio, y más variada. Él mismo cocinaba un poco, como *hobby*, y algunas veces había preparado en París el famoso cebiche, o *Poisson a la Peruvienne* como le llamaban, pero no tenía punto de comparación con el que le trajeron, que era verdaderamente suntuoso en su total sobriedad: el lenguado crudo, cortado en trozos pequeños, apenas cocido en el jugo del limón hasta que tome un brillo opalescente, con cebollas cortadas a la pluma, picante ají limo y una rodaja de camote sancochado. Una verdadera delicia, al igual que la chita, que resultó ser un pescado de carne muy blanca y muy jugosa, al que le iba de maravilla ese toque muy oriental del aceite de ajonjolí. «País de contrastes», se dijo, con razón tenían una revolución a las puertas, pero en Europa estaban desinformados imaginándose que se trataba de una guerrilla romántica como la de los años 60: bastaba con abrir los periódicos locales que había hojeado durante el desayuno para ver la diferencia: coches-bomba, atentados dinamiteros, masacres a cuchillo, aquello nada tenía que ver con el Che Guevara y los mitos de su juventud, y más se parecía a una guerra civil asiática. «Mala suerte, con la cocina que tienen», se dijo Mandel y «no se puede tener todo en esta vida», se repitió filosóficamente después de haber dado trámite a un maravilloso Merengado de Guanábana, pues jamás había esperado encontrar al Perú en tal estado, y le pareció triste, como a cualquier francés que se preciara, que un país con tanta cultura se estuviera precipitando al caos.

Sus reflexiones fueron interrumpidas por el tableteo de una metralleta que sonó cerca de la puerta, y se oyó un estrépito de cristales rotos en el bar que Mandel no hacía poco había abandonado. «¡Al suelo!», se oyó un grito destemplado, y los comensales se tiraron debajo de las mesas, en medio de una tremenda confusión y gritos histéricos. Siguieron más estampidos de varias armas que disparaban juntas, y se oyeron gritos e imprecaciones en la entrada, de donde al parecer la

agresión provenía. En eso se oyó un portazo seguido de un *stacatto* de balazos, y una tremenda explosión que remeció el establecimiento, haciendo caer yeso del techo y tintinear las copas en las mesas. Mandel estaba, como todo el mundo, debajo de su mesa, sin poder creer lo que le estaba pasando. Luego de una eternidad de silencio, alguien gritó: «¡Ya se fueron!», y todos comenzaron a incorporarse poco a poco. «Pálidos, pero serenos», dijo un flaco muy alto a su lado, y todos comenzaron a movilizarse penosamente hacia la salida. La bella puerta de entrada estaba destrizada por las balas, pero ella al parecer había impedido que los terroristas irrumpieran en el restaurante y lancen adentro la carga de dinamita que había estallado afuera. De los tres guachimanes que habían repelido la agresión, uno estaba herido al parecer de gravedad y el aire apestaba a cordita.

Un taxi lo condujo a su hotel. No estaba herido ni golpeado, pero se sentía secretamente humillado. No había venido al Perú para esto, y esto le ocurría justo el primer día que ponía los pies en Lima, o sea, que aquí podía pasarle cualquier cosa a cualquiera. Si los guachimanes no llegan a cerrar la puerta metálica, tal vez no la hubiera contado. Parecía que era un ataque del MRTA, pues a los dueños del restaurante se les habría querido cobrar cupo como a tantos otros, ellos no habrían aceptado y esta parecía ser la respuesta de la guerrilla, al mejor estilo de Chicago. Según el oficial de policía que había acudido luego, este era un típico ataque del MRTA, que atacaba a los ricos, mientras que Sendero se reconocía en que atacaba a los pobres...

En el hotel el francés se pegó un gran duchazo para quitarse el miedo que se le había quedado pegado a la piel. De pronto se sintió cansado y ya no tuvo ganas de salir. Se quedó en bata mirando la tele, y pidió que le traigan una hielera, un litro de agua mineral y los periódicos del día. Sacó de su equipaje la botella de whisky que había comprado en el *dutyfree*, se sirvió un trago y recién entonces se relajó. Esa noche se enteró de los detalles del asalto en el noticiero de las 8: parece que los emerretistas habían venido en una camioneta pick-up, y no habían podido acercarse más al restaurante a causa de los carros

estacionados en la acera, entablándose un tiroteo con los guachimanes. Se veían detalles de la puerta martirizada por los tiros de FAL y los carros que habían volado con el dinamitazo. Varias balas habían impactado en el bar y unas pocas en las paredes interiores del restaurante, pero felizmente no había víctimas que deplorar, aunque sí grandes pérdidas. Se suponía que había más de un herido emerretista por las huellas de sangre dejadas en la pista...

El francés sintió que se había salvado por un pelo y, si tuvo por un instante las ganas de largarse en el primer avión de este país de mierda, el realismo se impuso. Había venido al Perú a realizar un importante trabajo y eso es lo que haría, pero en un solo mes bien trabajado, en vez de dos: una vez había salvado el pellejo por milagro, pero no había que tentar al diablo quedándose más de la cuenta en un país que estaba en plena guerra. Era cuestión de imponerse un buen ritmo de trabajo, yendo a la biblioteca por la mañana, por ejemplo, y realizando sus entrevistas por la tarde, para revisar el material por la noche. Tendría que olvidarse del turismo y tomarse un apartamento que le sirviese de oficina, en lugar de ese vetusto hotel con lentos servidores, y eventualmente alquilar un automóvil. Lo malo es que su tema tuviera que ver con la política peruana, es más, con la insurrección de un grupo de izquierdistas, «pero de hace un cuarto de siglo», se dijo para tranquilizarse, pues nada tenía que ver la guerrilla romántica de épocas del Che con las barbaridades que se estaban viviendo en el Perú.

El domingo, a eso de las 7 de la noche, hubo un tremendo apagón que demoró hasta pasadas las 11, en que la electricidad se fue restableciendo por sectores. Felizmente que Mandel ya había regresado a su hotel de su visita al Museo Antropológico y le proporcionaron velas alegando que el generador estaba malogrado. Esas horas de oscuridad las pasó Mandel mirando desde su balcón las calles del centro, ahora desoladas, escuchando ráfagas de metrallera cercanas, siguiendo las noticias por una radio a transistores que informaba de varias torres de alta tensión derribadas a dinamitazos en el valle del Mantaro, y del ataque a un cuartel de la policía que había dejado varios muertos.

«Hay que caminar con pies de plomo en este país» reflexionó en la oscuridad de su cuarto. El problema era que, aunque Mandel no tenía que ver nada con el asunto, estaba tanto o más expuesto que un ciudadano cualquiera por el hecho de ser gringo, y temía ser acusado de agente de la CIA o algo parecido y, además, no conocía los usos y costumbres de este país donde, aparentemente, la vida no valía nada. Así pues, como primera medida decidió dejar el centro de Lima y mudarse a los barrios residenciales que había visto al pasar, ahí por lo menos entre tanto gringo de seguro pasaba inadvertido. Además quería un barrio más moderno, más seguro, donde funcionasen los teléfonos, los generadores y los ascensores.

El lunes por la mañana trató de comunicarse con las personas de su lista y la línea se cortó varias veces, sin razón aparente. La telefonista del hotel le dijo que tenían problemas en la centralita, desde el último apagón, y le sugirió que hiciese sus llamadas desde un teléfono público. Desesperado salió a la esquina, y desde allí llamó al agregado cultural de Francia, un tal Magnet, a quien expuso su problema: necesitaba salir de ese odioso Centro Histórico y alquilar un apartamento amoblado por uno o dos meses, en una zona relativamente tranquila, y el agregado le respondió que justamente un amigo suyo acababa de desocupar uno por la avenida Conquistadores, a la altura de San Isidro, que era exactamente lo que necesitaba. De modo que Mandel se mudó esa misma mañana al apartamento, que resultó estar en un quinto piso con vista a un gran parque, con generador eléctrico, teléfono y guardianía permanente. Así la cosa cambiaba y Lima desde esta altura se veía menos horrible, incluso hasta bonita con todas esas grandes avenidas, esos verdes parques y arboledas asediados por una juventud pobre e inquieta, que era más de la mitad de la población de ese país.

Al fin consiguió una cita para el día siguiente con el señor Guillermo Choy y dos citas más para pasado mañana en diversos puntos de esta ciudad desconocida. Además había dejado mensajes a tres personas más para que lo llamaran tan pronto les fuera posible. Pero del resto

de sus informantes nadie sabía nada: ya no vivían en esas direcciones, habían cambiado de número telefónico o simplemente no los conocían. Felizmente que no dependía completamente de la maldita lista, pues traía una carta de recomendación de su homólogo francés de La Source para el decano de Letras de la Universidad de San Marcos, a quien también llamó. Al fin logró hablar con el decano, un cierto Alfonso Pancorvo, quien con exquisita cortesía le dijo que estaría encantado de recibirlo en su oficina de la Ciudad Universitaria apenas superase el *jet lag* usual en estos casos, digamos mañana a eso del mediodía.

Al día siguiente llegó a la Ciudad Universitaria en un taxi que se negó a entrar en el recinto, aduciendo que era peligroso. En efecto, absolutamente todos los muros de los edificios estaban obscenamente llenos de *graffiti* amenazantes, que se superponían unos a otros en un inmenso, grotesco palimpsesto empastelado con los *affiches* en los muros y las banderolas de la entrada donde campeaba una grotesca estatua del Che Guevara moldeada en yeso y pintada con un Ripolín de colores estridentes, que era desde hace años un icono intocable. Mandel se sumergió con decenas de variopintos estudiantes en el vasto movimiento de los corredores, hasta que llegó a la oficina del Decano de Letras, donde se detuvo y tocó la puerta. Un amable y obsequioso Alfonso Pancorvo lo recibió excusándose del desorden de su oficina, que nunca había sido la misma desde que fuera saqueada por los estudiantes senderistas el año pasado.

El Decano era un hombre muy flaco, cuyos huesos parecían bailar hasta desarticularse dentro de un terno demasiado grande, y arboraba una sonrisa perenne sobre la enorme dentadura. Cuando ambos estuvieron repantigados en sus respectivos sillones, Mandel le explicó el motivo de su visita, que no era otro que el de recopilar material para un trabajo sobre Arnao que le había encomendado su universidad; le interesaban particularmente sus años mozos, pues tenía entendido que por entonces andaba con la extrema izquierda. «¿Ah, sí? Primera noticia. Es más, yo diría que aquí en el Perú, por el contrario, Héctor

tiene más bien fama de derechista», repuso Pancorvo, quien continuó contándole que era fama que estuvo con Pedro Beltrán, el líder del empresariado más reaccionario, en el diario *La Prensa*, y escribía artículos contra Cuba, aunque no los firmaba con su nombre. «¿O sea que usted no lo ve de ningún modo como hombre de izquierda?», apuntó Mandel, y en efecto no lo era para Pancorvo, para quien la izquierda era básicamente Sendero Luminoso. Hace un par de semanas un estudiante había intentado borrar con pintura blanca las inscripciones del frontis, y al día siguiente apareció asesinado por Sendero, con un letrero en el pecho: «Así mueren los lacayos del Imperialismo». Cualquiera día de estos tomaban el poder y Pancorvo tendría que exiliarse a alguna universidad francesa, porque el Perú iría a estar tan invivible como la Camboya de Pol Pot. Pero claro que hace un cuarto de siglo las cosas eran más románticas: Pancorvo recordó que Héctor tenía un gran amigo que sí era de izquierda, el poeta Ramón Quiroz, militante del MIR. Eran uña y mugre porque habían hecho el sabio pacto de nunca pelearse por razones políticas, cosa que sin duda no funcionaría ahora, con tanto fanatismo. Lamentablemente Quiroz murió, con el Che Guevara, porque era la persona más indicada para responder a sus preguntas. Poco después Héctor se fue a París, pero el Decano no estaba seguro de si fue antes o después de su muerte. «Fue el fin de una época, ¿sabe usted?», dijo Pancorvo mientras se levantaba, dando por finalizada la entrevista. «¿Por qué no habla con la viuda Quiroz?», le sugirió el decano. «Ella tiene un aserradero en Huaraz y debe saber más que yo del asunto», terminó mientras le alargaba la mano, que apretó laxamente un Georges Mandel desconcertado.

A eso de las 6 de la tarde recibió una misteriosa llamada, de una chica que no quiso decirle su nombre y colgó de inmediato. A los pocos minutos el teléfono volvió a timbrar y la misma voz le dijo: «El señor Mandel? Le paso con mi tío», y acto seguido una bronca voz de hombre se presentó como José Moreno, hermano del difunto Pedro Moreno por quien Mandel había estado inquiriendo, segura-

mente porque no sabía que su hermano había fallecido hacía apenas dos semanas víctima de un accidente de automóvil, dejando a sus dos hijos huérfanos de padre y madre, y al resto de la familia desolada. Mandel balbuceó un torpe pésame, verdaderamente sentido porque acababa de perder a uno de sus mejores informantes nada más al pisar suelo peruano. Se atrevió sin embargo a explicar al hermano, sucintamente, el motivo de su llamada con la esperanza de que José pudiera darle alguna información sobre Arnao, pero resultó que este ni siquiera lo conocía, porque Pedro y él eran solo hermanos de padre, y siempre habían vivido en casas distintas y, antes de que se embarque en una detallada explicación sobre el asunto, Mandel se apresuró a despedirse, y colgó el teléfono

Su primer contacto, Guillermo Choy, trabajaba en el viejo edificio de la Biblioteca Nacional de la avenida Abancay, que Mandel tuvo dificultad para encontrar por la cantidad de vendedores ambulantes que llenaban sus aceras y dificultaban no solamente el paso sino también el hallazgo de su imponente mampostería, escondida entre precarios kioskos. Al fin accedió a su portón neoclásico, sobre el que un comerciante exhibía pósters vagamente pornográficos, agarrados con clips de tender ropa. Al trasponerlo, pasó del bochinche de la calle a la calma encantada de un inmenso hall con pisos de mármol y esculturas en jaspe, rematado en una gran escalera caracol hacia la que Mandel encaminó sus pasos.

Como su apellido lo dejaba adivinar, Choy era un hombre de rasgos marcadamente chinos, pequeño y regordete, de cara redonda y de manos delicadas, que había sido compañero de carpeta de Arnao en el colegio Guadalupe, cuando cursaban quinto año de media. Mandel echó a andar su grabadora después de pedirle autorización a Choy.

Resultó que un profesor del Guadalupe, un cierto Braulio Cornejo, había sido comunista. Él estaba inscrito en el Partido, él los adoctrinaba, y él fue quien los metió, a Héctor y a Choy, en el periódico mural *La Antorcha de la Juventud*, como a tantos otros muchachos. «¿No era aprista?», preguntó Mandel, quien hasta ahora no había

podido ubicarlo. Choy tenía entendido que era comunista y cuando se jubiló se fue a vivir a su tierra, Huaraz. Y en *La Antorcha* fue donde Héctor escribió su primer artículo político con el seudónimo de «Catón», que usted puede encontrar en la biblioteca del colegio o en la Asociación Guadalupana. Y después escribió varios otros, a medida que se iba radicalizando. Y tanto que hasta querían expulsarlo del colegio por comunista, pero como ya estaba terminando el año escolar, prefirieron dejar que termine nomás y se vaya con su revolución a otra parte. A poco nos perdimos de vista y desde esa época no lo he vuelto a ver, aunque he seguido toda su carrera y he leído todos sus libros, como tantos peruanos que se enorgullecen de tener un escritor como Héctor en la escena internacional... «¿Y usted tiene copia de esos documentos?», lo interrumpió Mandel con impaciencia. «Sí, tengo algunos», reconoció Choy y justamente quería dárselos a alguien con autoridad moral, porque esos papeles podrían eventualmente utilizarse contra Héctor, vinculándolo con el MRTA, que ahora estaba en un plan abiertamente subversivo y, aunque no tenían la presencia de Sendero Luminoso, nadie sabía lo que iría a pasar en el futuro, «porque las cosas están que arden, señor...». Y sobre estas buenas palabras sacó enseguida un fólder de un cajón del escritorio que contenía cuatro páginas mecanografiadas, amarillentas y desteñidas, protegidas cada una por su funda de plástico. El primer título era: «Cuba: Patria o Muerte», el siguiente «Farsa democrática en Río de la Plata» y todas estaban firmadas por Catón. «¿Me las puede dejar un par de días, para fotocopiarlas?», preguntó Mandel, y Choy le dijo que podía quedarse con esos originales que a él no le eran de ninguna utilidad, mientras que para un profesor de La Sorbona eran seguramente invaluable... Mandel apagó su grabadora mientras que quedaban en verse en otra ocasión para profundizar un poco sobre el tema y, antes de despedirse preguntó a Choy cómo había que hacer para conseguirse un carné de lector de la biblioteca, que a partir de ahora vendría a visitar asiduamente, y Choy le arregló todo con un par de llamadas telefónicas. Mandel salió pues de allí con un flamante carné y se apre-

tó que el hombre era distribuidor de material de cómputo que traía de Taiwan y vendía a buen precio en Lima. Chávez era como de su edad, alto, flaco, mestizo, con el pelo tieso y vestido con pantalón gris, blazer azul y corbata rojo bandera: era otro condiscípulo de Arnao, pero del colegio La Libertad de Huaraz, que se había dedicado al import-export en lugar de ingresar a la universidad. «Felizmente, señor, si no estaría muriéndome de hambre con mi diploma de sociólogo, haciendo taxi por las calles de Lima...». Lira, por su parte, era bajito, gordito y locuaz: él recordaba sobre todo a un Héctor deportista, campeón de los 100 metros planos en el colegio, nadador, pescador de atarraya. Pródigo en anécdotas que interpretaba casi teatralmente, entretuvo a Mandel contándole cómo es que se escapaban saltando el muro del colegio para irse a bañar en Monterrey, cómo enamoran a las chicas a la salida de misa. Entre ambos le hicieron a Mandel un show divertidísimo, imitando a los profesores del colegio, a la asistente social y a un cierto don Toribio que lo hizo reír de buena gana. Pero bueno, volviendo al punto, Héctor sí tenía mucha inquietud social, ya desde aquella época. Se preocupaba por la condición del indio, leía a Mariátegui, sí señor, los *Siete Ensayos*, a González Prada, él nos leyó el famoso «Discurso en el Politeama», *los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra*, sí señor, y aunque lo habían perdido de vista cuando Héctor se mudó a Lima, tenían entendido que se había metido con los comunistas ya desde que entró al colegio Guadalupe. Desde luego que no sabían quién era Catón, sin duda porque este seudónimo apareció después, pero su relato era muy rico en anécdotas que Mandel podría utilizar para ambientar su libro. Al despedirse comprobó con asombro que una computadora AT con 640 kb RAM costaba menos que en París, pero vaya uno a saber qué garantía tenían esos sospechosos aparatos taiwaneses.

«¡Qué buen par estos dos!», se dijo, mientras escuchaba la grabación de esos compadres que le parecían cada vez más graciosos. Pero aquí no había nada para sustentar la tesis de un Arnao izquierdista, porque ni siquiera había firmado los artículos con su nombre, sino con un

seudónimo romano que podría ser atribuido a cualquier otra persona. Además, en esos textos había diferencias de estilo, no demasiado notorias porque estaban recubiertas de ese *fudge* espeso que eran las muletillas comunistas, pero una mirada acuciosa podía descubrir en ellos por lo menos dos manos diferentes, dos autores que se escudaban bajo el mismo seudónimo, abriendo la posibilidad de que Catón fuera un seudónimo colectivo, en cuyo caso esos papeles no valdrían nada. En cuanto a las entrevistas con los compañeros de carpeta, tampoco conducían muy lejos, y se veía que al menos uno de ellos exageraba su amistad con Héctor, a quien sin duda conocía, pero mal, y no tenía nada que contar sobre él.

Sus visitas a la hemeroteca de la Biblioteca Nacional le habían servido para situar la época que investigaba, pero allí desde luego no iba a encontrar el dato que buscaba. Necesitaba urgentemente algo más consistente, un dato más preciso, un relato más circunstanciado que pudiera dar pie a la tesis de un Arnao izquierdista desde las lejanas épocas de su adolescencia, un testimonio sólido en fin que contradijera esa imagen de un Arnao derechista que le había insinuado el Decano de Letras de San Marcos. Y además, necesitaba una mujer a gritos, se dijo mientras tomaba un solitario *scotch* en la terraza, mirando el fabuloso atardecer limeño.

Al día siguiente le tocó visitar a Sonia Ugarte, actriz de teatro muy vinculada a Héctor Arnao, que había tenido un sonado idilio con el escritor poco antes de que este partiera a Europa. Vivía en una vieja casona de estilo falso Tudor en el barrio de Barranco, con techo a dos aguas y vidrios catedral en las ventanas. Lo recibió en un enorme salón con altas teatinas por donde caía una luz oblicua que acentuaba la teatralidad del personaje: era una hermosa mujer en su triunfante cuarentena, con ojos bordeados de *khol* y negra cabellera, que estaba vestida para matar, con un vestido negro, muy escotado y muy ceñido, con apenas el detalle de unos botones perversamente rojos. Con una botella de whisky, una hielera y dos vasos en la mesita de centro, inquirió sobre sus andanzas en esta malvada Lima que estaba destro-

zada por ese alcalde aprista que había permitido a todos esos ambulantes instalarse en plena pista con tal de que voten por él y su partido, y después de divagar un rato sobre París, donde ella había estado de paso, viniendo de Berlín, del teatro *Berliner Ensemble* donde había sido invitada con su grupo, entró de lleno al asunto. «Me ha escrito Héctor, después de mucho tiempo» dijo, y le había pedido que cuente a Mandel aquellas historias de su juventud, cuando ambos militaban en el MIR. «Es parte de la historia de mi vida —le dijo con una mueca triste—, aquí todo el mundo sabe que Héctor y yo fuimos pareja hasta que se fue a Europa. Ahí nos separamos...» comenzó. Mandel sacó su grabadora.

Siguieron dos whiskys más y la historia de sus amoríos con Héctor, que por entonces era un flaco idealista que escribía en el periódico del partido con el seudónimo de «Catón». Eran dos muchachos que se amaban e iban a cambiar el mundo, pero abominaban el matrimonio, porque querían ser como Sartre y Simone de Beauvoir, una pareja libre, sabe... Le pareció notar una cierta coquetería en su voz cuando tocaba estos temas, y él a su vez comenzó a comportarse con mayor desenvoltura. Cuando el MIR pasó a la clandestinidad, le confiaron a Héctor la dirección de *Voz Rebelde* que era el órgano clandestino del partido, que ella le pidió que no aceptara, pero él no le hizo caso y estuvo dirigiéndola durante cosa de un año, hasta la muerte de Luis de la Puente, en octubre del 66. «Aquí tengo los 12 números de *Voz Rebelde* que sacó en ese tiempo, ¿quiere que le haga una fotocopia? —dijo, y blandiendo apasionadamente un fajo de viejas revistas exclamó teatralmente— ¡Esta era mi rival! No tenía ni una sola calata, como los periódicos de hoy, ¿ha visto? Era todo lo contrario, seca, monacal, austera, pero por ella me dejó —terminó con amargura—. Por la Señora Revolución... Después tuvo el tino de dejarlo todo para irse a Europa, pero eso fue después de la muerte de Luis De la Puente, el líder del MIR, que era su amigo. Ya estábamos separados para cuando se fue», reconoció hidalgamente, mientras partía meneándose rítmicamente a buscar un poco más de hielo en el fondo oscuro e insondable

de esa casa, donde sus tacones resonaron como en una película de misterio.

Mandel se la quedó mirando hasta que desapareció, preguntándose qué pasaría si se mandaba un lance con ella: ¿reaccionaría indignada, se haría la desentendida o caería en sus brazos? Tenía muy mala experiencia con las latinoamericanas, que eran muy exuberantes en apariencia, pero muy pacatas en la intimidad y decidió confiarse a la inspiración del momento. Apagó su grabadora y aprovechó para hojear las revistas, editadas en formato tabloide y en papel barato donde se rendía cuenta de la insurrección del 65. Los titulares de *Combate* eran elocuentes: «¡El MIR comienza la Lucha Armada!», «¡Mesa Pelada: Territorio Libre de América!», «¡La Insurrección gana terreno!», «¡La Columna Norte entra en Acción!», «¡Represión contra obreros de Chimbote!». Las fotos en blanco y negro que acompañaban los textos eran medio borrosas, obra sin duda de aficionados, pero la rigurosa diagramación era obra de un profesional. No llevaban desde luego pie de imprenta, pero se notaba que estaban hechos en *offset*, en una imprenta clandestina. Cada número tenía 16 páginas, incluido el pliego de carátula, y estaban fechados del 15 de septiembre de 1965 al 30 de octubre de 1966, que era casi exactamente el tiempo que había durado la insurrección hasta la muerte de De la Puente, de la que aquel boletín no rendía cuenta. Pero lo más importante era que todos los candentes editoriales llevaban la firma de Catón, así como algunos artículos interiores que Mandel examinó febrilmente.

Sonia regresó con la hielera llena y el francés advirtió que se había cambiado de ropa, porque ahora estaba con una larga bata de satén rosa y chinelas, cosa que encendió aún más sus ánimos, que se habían exaltado a la lectura de las revistas. Ella sirvió pues whisky para dos, explicando que en casa le gustaba andar cómoda. ¿Qué le habían parecido las revistas? Extraordinarias —dijo él— pero se extrañaba de que no hablaran de la muerte de De la Puente. «Quisieron ocultar su muerte durante algún tiempo, para no desmoralizarnos supongo, y por eso no publicaron nada», explicó ella con voz grave. Incluso

hubo una facción que sostenía que Lucho no había muerto y se separó del partido para realizar acciones suicidas en las que varios murieron, entre ellos Ramón Quiroz, el gran amigo de Héctor, quien cayó con el Che Guevara en la quebrada de Nanchahuazú un año más tarde, en octubre del 67. «¿No quieres escuchar un poco de música de aquellos tiempos románticos?», le propuso súbitamente Sonia, y acto seguido puso una cassette de Atahualpa Yupanqui. Tomaron un trago mirándose a los ojos. «Las penas son de nosotros/ las vaquitas de Anchoarena...», tarareó Sonia muy cerca de él, antes de caer en sus brazos en un tumulto de enaguas y de manos.

Mandel llegó a su apartamento a las 6 de la mañana y durmió hasta mediodía. Apenas se duchó, se dispuso a escuchar la grabación que hiciera, con una sonrisa a flor de labios recordando la noche anterior. Sonia le había entregado los originales de las revistas, con cargo de devolución, para que él las haga fotocopiar y él las había guardado en su maletín, como un bien precioso que ahora develaba en la soledad de su piso. Las sacó y las estuvo hojeando durante largo rato. Esta era la prueba incuestionable de un Arnao izquierdista, dijera lo que dijera el insidioso Alfonso Pancorvo: aquí ya se notaba la madurez política y literaria del autor en artículos como «La Conferencia Tricontinental de La Habana: Jaque al Imperio» o «Formando las Condiciones Subjetivas de la Revolución» que implicaban una formación marxista que curiosamente no iría a transparentarse en sus novelas.

Pero una hora más tarde se volvió a preguntar sobre la identidad de Catón, porque en aquellas revistas tampoco aparecía el nombre ni la firma de Arnao y cualquier malintencionado podría sostener que esos artículos habían sido escritos por otra mano. Por más convincente que fuera, el testimonio de Sonia no constituía prueba suficiente si es que había testimonios contradictorios, como era el caso de aquél Decano de la Facultad de Letras, para quien Arnao siempre había sido un derechista irredento. Mandel sí que estaba convencido de que Catón era Héctor y Héctor, Catón, aunque la cuestión era convencer

de ello a sus lectores. Necesitaba encontrar otras fuentes de información distintas a las que le habían dado para cruzarla con la que ya tenía, sana costumbre del investigador que aseguraba resultados objetivos. Pero ¿quién, aparte de esa lista insulsa de informantes que le habían dado, podría iluminar su linterna? ¿Y dónde diablos estaba Braulio Cornejo? Llamó a Sonia con la intención de verla, como habían quedado, y le respondió su empleada diciéndole que la señora había salido a unos ensayos y que volvería tarde por la noche.

Cuando regresó de cenar encontró un mensaje de Sonia en el respondedor: había encontrado la dirección de Braulio Cornejo en Huaraz. No tenía teléfono, pero era fácil encontrarlo porque ya estaba jubilado y casi no salía de su casa. «Todos los caminos conducen a Huaraz» se dijo Mandel pensativo.

3.

Recién cuando pasó, al volante de un Toyota alquilado, el abra de Conococha a más de 4,000 metros de altura y vio un camión volcado en un barranco, comenzó a darse cuenta de la locura que estaba cometiendo, aunque hasta ahora no le había fallado la suerte: no le había dado soroche, no había tenido el menor accidente, no había visto ni un solo terrorista de Sendero o del MRTA, que andaban muy activos por la zona del Callejón de Huaylas y, aunque la policía lo había parado un par de veces, se había mostrado correcta y respetuosa a la vista de su pasaporte francés, recomendándole eso sí que tenga cuidado. De lo único que desconfiaba era de los posibles efectos de una poderosa *patasca* que se había comido en el almuerzo, en un restaurante de camioneros de Cajatambo. Bajó del automóvil y contempló el imponente y árido paisaje que se extendía a sus pies, con esa inmensa laguna bajo el cielo azul purísimo, el aire seco y transparente, y el sol redondo y oblicuo que quemaba su frente, y se maravilló de que en aquellos parajes habitase la gente.

De todos modos estaba harto de Lima y, cuando Sonia le dio la dirección de Braulio Cornejo, no pudo resistir la tentación de salir a

visitarlo, porque además la viuda de Ramón Quiroz tenía un aserradero en Huaraz, y todo apuntaba hacia aquella ciudad enclavada entre la Cordillera Blanca y la Negra, de un fabuloso paisaje que Mandel no había visitado en su viaje anterior. De allí venían Arnao, Ramón Quiroz, esos dos simpáticos compadres Chávez y Lira de cuyas monerías todavía se acordaba, y el ya legendario profesor Braulio Cornejo a quien vería pronto. De modo que se compró una Guía del Perú, un mapa de carreteras y un par de chompas de alpaca en una tienda de *souvenirs*, pastillas para el soroche y coramina-glucosa, porque había decidido ir a Huaraz manejando su automóvil: así tendría mayor facilidad para desplazarse en aquella capital de departamento, que quedaba a unos 400 km al noreste de Lima y a 3,200 metros sobre el nivel del mar. Sabía que el viaje podía ser peligroso a causa del terrorismo de Sendero Luminoso y el MRTA, pero Lima era tanto o más peligrosa que aquellas carreteras, a causa de los continuos apagones y las balaceras que lo despertaban de noche: más le preocupaba el estado de las carreteras y el mal de altura, en ese orden.

No había dado las 2 de la tarde cuando comenzó a descender el Callejón de Huaylas atravesando el asiento minero de Ticapampa por una carretera flanqueada de casitas en adobe con techos de teja y calamina que olían a humo de leña, de donde se asomaban hieráticos indios con sombreros de fieltro, rozagantes indias con trenzas y falde-llines multicolores. «Esto sí que es el culo del mundo —se dijo Mandel regocijado—, el culo más alto del mundo, en todo caso», mientras se adentraba, carretera abajo, en el valle del Santa disfrutando de su escapada .

Huaraz resultó ser un incongruente pueblón de hormigón y ladrillo, sin gracia alguna, pero rodeado de imponentes glaciares y bosques de eucaliptos que perfumaban el aire transparente. En el hotel le informaron que la ciudad había sido destruida por el terremoto del 70, que no dejó piedra sobre piedra de la ciudad colonial que era y la habían reconstruido «en material noble» con los pobres resultados que estaban a la vista. Lo primero que hizo fue averiguar dónde quedaba el pasaje Octavio Hinojosa, que es donde habitaba Braulio

Cornejo, y hacia allí se encaminó a pie, pues quedaba a pocas cuadras de su hotel y de la Plaza de Armas. Cornejo resultó ser un mestizo, casi indio, con la frente huidiza y el pelo trinchudo, mal vestido y de edad indefinible. Lo hizo pasar a la minúscula salita, donde le ofreció una copita de Oporto y, una vez que Mandel le hubo explicado el motivo de su visita, no se hizo de rogar para despacharse a su gusto sobre el Héctor Arnao que él había conocido en el colegio Guadalupe. «Era el más inteligente de mis alumnos, y yo sabía que iba a llegar muy lejos», dijo, «pero también era muy indisciplinado, y ojalá que ya no lo sea, porque para competir en Europa hay que trabajar metódicamente, ¿no es verdad, señor? En lo referente a la política, él le había abierto los ojos a Héctor, y a otros muchachos, sobre las tremendas desigualdades que hay en este país, y los había iniciado en las ideas socialistas: los había hecho leer a Mariátegui, a Haya de la Torre, a González Prada, con su poquito de Marx, que es muy difícil, y desde luego Lenin, que es la base». «¿Era aprista Héctor en aquella época?». «No estaba inscrito en la Juventud Aprista, pero colaboraba en el Periódico Mural, donde escribía con el seudónimo de Catón, que había tomado de un tribuno romano, Catón el Censor que le decían, porque era muy severo en sus juicios, muy radical como suelen serlo los muchachos. Pero era otra Apra la de entonces, un partido realmente social-demócrata, que nada tiene que ver con lo que estamos viendo ahora, señor, que es el alanismo, o sea, los seguidores o más bien compinches de Alan García, ese oportunista que está hundiendo a su país y a su partido. Después de 60 años, señor, luchando para llegar al poder, en medio de persecuciones, de masacres como la de Chan-Chan el 31, hasta que al fin el Apra llega al poder, con elecciones limpias, y mire el desastre que hace Alan García» gimió Braulio Cornejo apesadumbrado. Y a pesar de todos los esfuerzos de Mandel para dirigirlo sobre el tema Héctor Arnao, el viejo profesor insistía en contarle episodios históricos que nada tenían que ver con el escritor. Mandel le aceptó otra copita de Oporto, aunque hubiera preferido un mate de coca, porque ya comenzaba a sentir los efectos de la altura y poco rato más tarde se retiró a su hotel a descansar, no sin antes

haber quedado en verse con el profesor antes de su partida, pues este había quedado en darle unas fotos de Arnao y su grupo de condiscípulos que podían serle de alguna utilidad.

Al día siguiente, ya más reposado, no le fue difícil dar con la viuda Quiroz, que efectivamente tenía un aserradero en las afueras de Huaraz, en un bosque de eucaliptos situado a orillas del río Santa. Era una rubia montaraz, con el rostro quemado por el viento de la sierra y los ojos azules, y la vio enfundada en un viejo overol, manejando una sierra circular que hacía un ruido endemoniado. La miró desde la oficina del aserradero, mientras la esperaba, e imaginó que debía tener un par de hijos robustos y salvajes, educados en el culto al padre caído heroicamente con el Che Guevara. No se sorprendió mucho cuando la viuda se presentó como la señora Herkovicz y se plantó delante de él, impaciente y decidida, esperando sus preguntas. Mandel se sintió incómodo mientras le explicaba qué es lo que lo traía aquí después de tantos años de la muerte de su esposo, mientras ella lo escuchaba sin decir palabra. «¿Qué es lo que desea exactamente, señor Mandel?» lo interrumpió la viuda abruptamente. «¿Conoció usted a Catón, señora, por aquellos años?» preguntó Mandel a bocajarro. «No he conocido a nadie de ese nombre» repuso firmemente la viuda Quiroz y, cuando él intentaba explicarle que se trataba de un seudónimo, ella le aclaró que estaba separada de su marido desde el 64, mucho antes de que él se embarcase en las guerrillas. «Siento no poder ayudarlo, señor, pero esa es historia pasada, que no queremos desenterrar ahora, ni yo, ni mi familia», repuso en tono que no admitía réplica, iniciando un movimiento hacia la puerta. «Vengo desde muy lejos —insistió desesperadamente Mandel—. Si cambia usted de idea, estoy en el Hotel Comercio» dijo mientras se despedía de la viuda como un perro apaleado. Comenzó a llover.

El francés se maldijo de haber llevado la entrevista tan mal, con tan escasa psicología: debía haberla abordado menos abruptamente, con mayor tacto y diplomacia, y entonces tal vez hubiera hablado, porque estaba seguro de que ella sabía algo. Pero tenía que confesarse que ella lo había intimidado desde el primer momento con su presencia

tan rotunda, con su mirada tan fija y penetrante. «Tal vez me llame, después de todo» se dijo un poco para consolarse, mientras conducía el Toyota bajo una lluvia torrencial hacia el hotel.

Al día siguiente, cuando Mandel regresaba del vecino Caraz, donde había almorzado un memorable Picante de Conejo, recibió la llamada de la viuda. Accedía a verlo antes de partir ella a Lima, y le daba cita al día siguiente en el aeropuerto de Anta, a pocos kilómetros de Huaraz, a las 7 de la mañana. Su avión partía a las 8, de modo que le rogaba ser puntual.

A las 6 de la mañana del día siguiente Mandel desayunó en el hotel y un cuarto de hora más tarde ya estaba viajando rumbo a Anta sobre la carretera desierta. Conducía tan absorto en sus pensamientos que no reparó en la Range Rover que de pronto, con una brusca maniobra, lo cerró contra el talud obligándolo a frenar secamente. Las puertas de la camioneta se abrieron de golpe, y saltaron tres hombres armados y con las cabezas cubiertas por pasamontañas negros que lo encañonaron gritándole obscenidades y lo obligaron a bajar del automóvil. Fuertes manos lo aferraron y trataron de meterlo en la camioneta, pero el francés se puso a dar de voces al ver que un camión se aproximaba y forcejeó con los asaltantes esperando llamar así su atención; pero lo único que consiguió fue que uno de ellos le asestase un culatazo en la cabeza, mientras que otro lanzaba al aire una ráfaga de metralleta, sin duda para amedrentar al chofer del camión, que pasó raudo sin mirar a los costados. Los sicarios cargaron el cuerpo inconsciente de Mandel en la camioneta y uno de ellos se trepó en el Toyota, partiendo ambos vehículos en caravana por una desviación del camino. A los pocos minutos salieron a una pista de aterrizaje clandestina, disimulada entre los sembríos, donde los aguardaba una avioneta. Trasladaron el cuerpo del francés a la parte trasera de la avioneta y dos de ellos treparon con él, ya despojados de los pasamontañas. Eran muy jóvenes y lampiños, llevaban fusiles Garand de combate, y bromeaban cuando el avión despegó, trepidando y se elevó en el cielo purísimo.

4.

Despertó en una cabaña con el techo de palma y el piso de tierra. Estaba tirado en un colchón de espuma, y encadenado al poste central de la cabaña. Por el techo se filtraba una luz oblicua, de atardecer, y el viento estaba lleno de ruidos de animales. Tenía un tremendo chichón en la cabeza, que le dolía sordamente, y la sangre coagulada en su pelo se había endurecido. La puerta estaba abierta, y pudo distinguir a unas mujeres que pasaban cargadas de unos cántaros, vestidas a la usanza de las tribus amazónicas, con un paño en la cintura y los senos descubiertos. Esto no era Huaraz, desde luego, y más parecía un pueblo de la selva: recordó vagamente haber sido traído en una avioneta trepidante. Lo habían secuestrado, seguramente por error, porque él no tenía nada que hacer en este asunto y, además, nadie pagaría un rescate por él. Pero había ocurrido exactamente lo que había temido desde un principio, es decir que lo confundan con otro y lo involucren en una pelea que no era la suya. Ensayó un grito ronco y un centinela armado se dibujó en el umbral. «¡Eligio! —gritó hacia fuera—. ¡Avísale al hombre que ya se despertó!». Se vio un muchacho atravesar la mancha de luz a la carrera y, al cabo de interminables minutos, sintió los pausados pasos de alguien que venía conversando con otro en una lengua incomprensible.

Se sentó en el colchón a esperarlos apoyándose contra el poste y sintió el deseo de fumar un cigarrillo, a pesar de que había abandonado el vicio hacía seis años. Al fin entró a la pieza un hombre de unos 50 años, alto, fibroso y entrecano, con una larga cara de caballo y grandes ojos negros, un uniforme caki con un brazalete del MIR y una pistola al cinto, seguido de un centinela nativo con una canana cruzada sobre la túnica. Traía su mochila en una mano y su pasaporte francés en la otra, que leyó en voz alta en correcto francés: «*Mandel, Georges. Enseignant. Né le 15 de septembre de 1947, à Paris.* Quítale los grilletes» le ordenó al centinela, cosa que este se apresuró a hacer. Jaló una silla y se sentó a horcajadas. «No te voy a leer tus derechos, porque no los tienes y no estamos en Estados Unidos, sino en el Perú» le dijo burlona-

mente, pero le informó que era prisionero del MIR y mejor que no tratase de escaparse, porque estaban en plena selva amazónica y de aquí no saldría vivo. Se presentó como el Comandante Abelardo, que estaba a cargo de toda esta situación. En cuanto a él, estaba en una cárcel del pueblo, lo habían traído aquí por sospechoso y querían hacerle unas cuantas preguntas. El francés asintió con la cabeza, torpemente. «¿Qué sabes tú de Catón?», lo interrogó el comandante a bocajarro, invitándole simultáneamente un cigarrillo que Mandel aceptó sin ocultar su sorpresa. ¿Así es que todo era por Catón? se preguntó mientras aspiraba una gran bocanada de humo. ¿Catón es lo que andaba produciendo todo este malentendido? Mandel optó por decir la verdad, que no podía sino favorecerlo, aunque ella fuera difícil de creer por aquellos ariscos guerrilleros. Soltó pues, carraspeante, la increíble verdad: «He sido enviado por una agencia literaria española para hacer unos estudios sobre el escritor Héctor Arnao — dijo, convencido de que no le iban a creer tan incongruente era la situación—. Y me intereso en Catón, porque ese fue su seudónimo durante su juventud, cuando trabajaba con el MIR, su partido, en los años 60» finalizó, chirriante.

El comandante lo miró con estupor y de pronto largó una carcajada tremenda, y exclamó: «¿Con nosotros trabajaba? ¡No puede ser! ¿O sea que el respetable novelista burgués Héctor Arnao había sido nada menos que Catón, el terrorista del MIR? ¡Pero señor, si ya no se puede creer en nadie!» y se siguió riendo, palmeándose los muslos porque no había escuchado nada mejor estos últimos años. ¿Y para eso había venido al Perú el profesor Mandel? ¿Quién le había contado esa historia sin pies ni cabeza? «Me la contó la agente de Arnao en Barcelona, poco antes de venir aquí», repuso el francés. «¿Tú crees todo lo que te cuentan?», rio el comandante. Mandel se encorajinó: «No, pero esto me fue corroborado por su examante, Sonia Ugarte: la vi hace dos días en Lima y tengo sus declaraciones grabadas en un cassette. Debe estar todavía en mi mochila». En efecto, cuando la abrieron encontraron la cinta todavía dentro de la grabadora. El comandante la puso desde el principio murmurando: «A ver qué dice la

señora» y ambos escucharon, en silencio, los fragmentos más importantes de su entrevista con Sonia, que terminaba de manera dramática: «...para entonces ya estábamos separados Héctor y yo. Nunca me perdonó que tuviera una aventura con Ramón, a pesar de que éramos una pareja liberada, y ahí terminó todo. Ramón se fue a la guerrilla, Héctor se fue a París y yo me quedé en Lima, con mis recuerdos».

Un tenso silencio siguió a su vibrante final. Al cabo el comandante se incorporó exclamando con incredulidad: «Si no lo hubiera escuchado, no lo creería. ¡Es extraordinario cómo pueden mentir las mujeres!». Mandel lo miró asombrado y el otro dijo, furioso, que esa mujer le había mentado descaradamente, que nunca había visto mentira parecida, porque daba la casualidad de que él conocía la historia verdadera y no era así, pero de manera alguna. El francés replicó que le había parecido muy convincente. «Por algo es actriz», repuso el comandante, yo también le hubiera creído si me lo cuenta así y además es muy buena hembra: con ese culo convence a cualquiera. Pero así no fue, insistió el comandante meneando la cabeza. «¿Y si no fue así, cómo fue?», dijo Mandel nerviosamente. «Para comenzar, Catón no es Héctor Arnao, pero ni cagando», repuso furioso el comandante. Catón era el comandante Ramón Quiroz, del MIR, el mejor amigo de Héctor pero que se portó muy mal con él. Lo que había hecho esta mujer, Sonia, era atribuirle a uno las hazañas del otro, aprovechándose de que Ramón murió y que casi nadie conocía estas historias. «¿En ese caso, qué rol jugó Héctor en el asunto?», inquirió Mandel. «Héctor no jugó ningún rol, nunca se metió a la candela, nunca fue comunista!» replicó ásperamente Abelardo. Y a estas alturas del partido nos quiere sorprender con que él era un comunista de primera clase, que él era nada menos que Catón, el que murió con el Che Guevara. «¡No entiendo qué puede sacar Héctor Arnao de esto, que es una tergiversación, pero total, de la realidad!», dijo el comandante, alterado, paseándose por la habitación a grandes trancos. «Ahora la cuestión es la siguiente: ¿ella ha mentado por iniciativa propia, o por instrucciones de Héctor?» reflexionó en voz alta el comandante, asombrándose en seguida de que Sonia, esa gran emotiva, haya tenido la

sangre fría necesaria para vestir a Héctor, ese reaccionario de mierda que nunca había hecho nada por la Revolución, con la limpia trayectoria de Ramón, y todo esto le parecía una sucia jugada del novelista, con fines seguramente inconfesables y, aunque no comprendía bien la jugada ya lo averiguaría. De todas maneras la operación en la que había involucrado al profesor Mandel iba a ser seguramente un buen negocio para Héctor, si no, no se mete en esto, porque ese hombre no da puntada sin nudo. Volviéndose hacia el francés el comandante le espetó: «¿Cuánto te ha pagado?». «10,000 dólares, aparte del pasaje», repuso Mandel sin vacilar. «Si invierte diez mil es para sacar un millón —dijo el Comandante con una sonrisa torva—. Vamos pues a pedirle a tu patrón un millón de dólares por tu rescate» dijo el Comandante mientras se le enderezaba la sonrisa. Y mientras un atormentado Mandel se decía que nunca pagarían un millón de dólares por su cabeza, su plagiario lo tranquilizó repitiéndole: «No te preocupes: pagarán», que era cosa de tener paciencia y negociar bonito, pero ese conchesumadre del Héctor pagaría para que la gracia le saliese cara. ¿Quería endosarse un pasado ajeno? Pues que se lo compre por un millón de dólares. Todo el paquete un palo verde. Para la causa revolucionaria. «Eso sí que me daría gusto», dijo antes de desaparecer por donde había venido. En la puerta cambió unas palabras con el centinela, quien al rato se apareció trayendo un catre de campaña, una mesa, una silla, una lámpara de querosene, una bacinica y un mosquitero. «Acomódate bien, que aquí te vas a quedar por largo rato», dijo el centinela tirándole la bacinica al piso, que cayó con un ruido opaco y agorero.

5.

A partir de entonces el Comandante Abelardo comenzó a visitarlo una vez por semana, pero en días diferentes. Podía ir a verlo un sábado por la noche o un lunes por la mañana, o un miércoles por la tarde, igual su prisionero se alegraba, porque rompía la sosa monotonía de su rutina. «El síndrome de Estocolmo es hijo del aburrimiento», se

decía Mandel, sintiéndose un poco culpable de confraternizar con el enemigo. Porque además había concebido una súbita admiración por el comandante cuando se enteró de que era él quien dirigió el comando que atacó *El Pabellón de Caza* aquella memorable tarde en Lima. Le parecía extraordinario que sus destinos se hubieran cruzado ya dos veces, y sospechaba que el comandante Abelardo no era otro que Ramón Quiroz redivivo, pues nadie conocía al personaje mejor que él, quien lo llamaba «el comandante Catón» y de quien contaba interminables anécdotas, cuando venía a verlo con sus fichas de dominó y su caja de cerveza helada. Entonces se le permitía al prisionero salir de la cabaña, y llegar a una glorieta florida con un par de bancas y una mesita de hierro oxidada que los esperaba en la frescura de la selva. Alrededor se veían unas cuantas casas típicas de la amazonía, sobre pilotes a causa de las lluvias, y a los asháninkas entregados a sus labores cotidianas. Solían jugar cuatro o cinco partidas de dominó, tomando cerveza y conversando acerca del progreso de las negociaciones con Arnao, que se hacía representar, como era previsible, por Montse Ripoll. Al principio, como es natural, habían puesto el grito en el cielo, porque pedir un millón de dólares por el profesor era realmente desproporcionado, pero esta suma debía considerarse como un cupo de guerra que el MIR cobraba al novelista más famoso del Perú, si quería volver a ver con vida a su colaborador. La prensa no estaba enterada de nada, la policía tampoco, y se estaba negociando su liberación por teléfono y por fax, y parecía que Arnao iba a mandar un emisario cualquiera de estos días.

Entre jugada y jugada, el comandante Abelardo especulaba: ¿qué perseguía Arnao al atribuirse las hazañas y hechos de otro hombre, que además era comunista? Fabricarse un pasado marxista-leninista podía servirle para meterse en política de izquierda ahora que el Perú estaba en plena insurrección armada, y a punto de tomar el Poder. O de repente para ser Presidente de transición, o sea un vulgar Kerenski. O tal vez para meterse a la social-democracia española que vería estos antecedentes rojos con buenos ojos. O quién sabe si no quería

hacer negocios turbios con la corrupta Unión Soviética. Pero eso ya lo estaban averiguando, por otros canales, y en cualquier momento se esclarecía. Respecto al dinero del rescate, Abelardo era muy claro, este pertenecía al partido y sería utilizado para necesidades tácticas y estratégicas, y aquí a veces criticaba a algunos de sus compañeros abiertamente, por hacer del secuestro un negocio personal en vez de hacerlo por la causa. «Eso nos desprestigia», decía mientras colocaba el doble cero cerrando el juego, porque era muy buen jugador.

Pero todo era desesperantemente lento para Mandel, que ya no sabía qué hacer encerrado en su choza. Es verdad que ya no estaba engrilletado y que no lo trataban mal, pero ya estaba un mes privado de su libertad y esto era terrible para el francés, que nunca había pasado por un trance semejante. Desde el día de su secuestro vivía una persistente sensación de irrealidad, como que estas cosas no podían ocurrirle a él, como si el rol de secuestrado no encajase con su personalidad, y estuviese reservado a otro tipo de gente. Durante los sucesos de mayo del 68 se había quedado encerrado en la Escuela de Bellas Artes por tres días, ayudando a los muchachos a imprimir afiches, pero ese encierro forzado, romántico y erótico, era completamente diferente a este. No tenía cómo afeitarse y andaba barbudo y sucio, no tenía nada que leer, nadie con quién conversar, pues esos indios apenas hablaban castellano y además tenían órdenes de no hablar con él, y se pasaba el día aburriéndose con el calor y los mosquitos, especulando sobre su situación. La monótona comida consistía en plátano y pescado asado, y le parecía absurdo y deprimente que una inocente investigación literaria desembocase en un secuestro. Se sentía utilizado por Sonia, quien no había vacilado en seducirlo para hacerle tragar todas sus mentiras y había en cierto modo originado su situación presente, a menos que hubiese mentido por órdenes de Arnao, claro está, cosa que tampoco tenía sentido. Además era imposible, porque entonces el chino Choy también habría mentido, y seguramente los amigos Chávez y Lira, y el profesor Braulio Cornejo y por extensión todos los integrantes de la lista que Montse Ripoll le había dado.

Aunque esto ya era pura paranoia, porque no se mete a tanta gente en una conspiración, se dijo, o sea que la hipótesis más plausible es que Sonia hubiera mentido a medias, o hubiera deformado la realidad sin intención de engañarlo sino para «embellecer la realidad», como le ocurre a alguna gente de teatro, o de maquillar alguna verdad desagradable. Pero había algo en el fondo de todo esto que se le escapaba y, sobre todo, demasiadas preguntas para tan pocas respuestas.

La última visita de Abelardo lo había llenado de esperanza. «Ya están aflojando», le dijo «Montse Ripoll llega mañana a Lima, con la guita», cosa que le pareció tan extraordinaria a Mandel como la llegada de los primeros hombres a la luna. Pero desde luego que no iban a soltar el millón, sino una cifra bastante inferior que se estaba negociando y que no podía comunicarle al francés, cifra que iba a ir a engrosar el tesoro de guerra del MIR, claro está. Y como un trato es un trato, lo dejarían libre a Mandel apenas tuvieran la plata: «Plata en mano, chivato en pampa» decía, muy serio, el comandante Abelardo como si estuviese en un mercado ganadero donde el chivato fuera el francés. Le dijo que vaya alistando sus cosas, y que tenga una muda de ropa limpia que ponerse para el día de su liberación. Él mismo mandó a unas mujeres a lavarle la ropa y lustrarle los zapatos y le regaló al francés una máquina de afeitar desechable y un cojín de champú para que estuviera presentable en aquel culminante día. Mandel no podía creerlo: iban a pagar por él cientos de miles de dólares y esto lo llenaba de un insensato orgullo, como si poner un alto precio a su cabeza le diese más valor a su persona. Era una reacción inconsciente, como luego lo pensó tendido en su camastro, tal vez porque esto pagaba sus trabajos y fatigas y compensaba las molestias de su cautiverio, que había soportado estoicamente. Mañana sería su liberación, se dijo con inmenso alivio, mirando las estrellas por un agujero en el techo, y dentro de un par de días estaría en París, tomando desayuno en el bistrot de los bajos de su casa: *croissants* con mantequilla, *quiche lorraine*, café negro y jugo de naranja. Y lo invadió una inexplicable melancolía.

Al día siguiente estuvo todo el día listo para partir, afeitado, con ropa limpia y su bolso preparado, pero el comandante no se apersonó sino hasta las 6 de la tarde, hora en que se escuchó el rumor de su jeep y a poco apareció hecho una furia, y se dirigió de frente a su cabaña. «Se largó la Ripoll, se largó y nos dejó plantados! —fue lo primero que gritó—, ¡y tú ya te jodiste, compadre! ¡Hueles a difunto! ¿Viste lo que pasó?» prosiguió tirándole el periódico del día anterior, que con grandes titulares anunciaba: «*CAYÓ EL MURO DE BERLÍN: Hoy 9 de noviembre de 1989 termina pesadilla de Alemania*».

El francés contempló, incrédulo, las fotos del Muro de Berlín, que era el símbolo del comunismo tanto como la estatua de El Obrero y la Koljosiana, derribado a golpes de pico, de martillo, de perforadora, y en un instante se dio cuenta de lo que esto significaba para el Mundo entero, y también para él, porque este remoto acontecimiento que se generaba en la fría Alemania, a orillas del Mar del Norte y en el corazón de Europa, significaba el fin del comunismo. Todavía no era más que un símbolo, pero ya era un síntoma que anunciaba la descomposición y la ruina de una idea que había fascinado al mundo durante más de un siglo, y había reinado efectivamente sobre la mitad de su población desde la Segunda Guerra Mundial. A partir de ahora el comunismo tenía sus días contados, y ya a nadie en su sano juicio podría interesarle ostentar un pasado comunista, y menos que a nadie a Héctor Arnao, cuyo representante abandonaba la escena precipitadamente. «Lógico, ¿no?», dijo Abelardo, ahora ya nadie carajo iría a dar un centavo por Mandel, porque a Héctor ya no le convenía tener un pasado comunista y este frío razonamiento heló las venas del francés. Ahora ya no valía nada, después de haber valido poco menos de un millón de billetes verdes.

El comandante se acercó a su Jeep y de él sacó una botella de whisky que plantó sobre la mesita de la glorieta. «Tómame un trago, porque de repente es el último» le dijo con humor siniestro, y mientras que el francés se sentaba, preocupadísimo, le contó que esa hija de puta de la Montse Ripoll lo había dejado plantado en el parking del

hotel, justo cuando tenían que cerrar el trato. No se había presentado a su cita de las 9 de la mañana y cuando él había preguntado en el *desk* por la señora Ripoll, le comunicaron que se había ido hacía apenas una hora, a eso de las 8, precipitadamente, y averiguando más a fondo se enteró que había tomado el avión de las 9:45 a Madrid, después de haber hecho una llamada de larga distancia. No había dejado ni una nota, ni un mensaje: seguramente se enteró por los diarios de la mañana de la caída del Muro de Berlín, de inmediato se comunicó con Héctor para hacerle ver la inutilidad de la operación a la luz de estos acontecimientos y con las mismas lió bártulos, dejando abandonado a Mandel a su suerte.

Sirviéndose un furioso trago de whisky el comandante continuó su perorata: «Que se joda pues Mandel. La operación no resultó, que se joda el profesor. Héctor Arnao se lava las manos, oficialmente no hay secuestro: la familia no sabe nada todavía, la policía tampoco sabe nada, y ya verá el MIR lo que hace con ese cojudo. ¡Putá qué cinismo de estos burgueses de mierda! Te están abandonando a tu suerte, compadre, ya no les eres útil y te botan de la fábrica ¡carajo!», dijo gritando. «¡Pero eso no es culpa mía!», clamó el profesor su inocencia, desesperado. «¡Qué va a ser culpa tuya que se caiga el Muro de Berlín, huevón! —siguió el comandante su apasionado discurso—, ¡pero sí es culpa de tu clase! ¡La Clase Media a la que perteneces! ¡Porque son ustedes, la pequeña burguesía, los profesionales, los comerciantes, los burócratas los que han derribado el Muro de Berlín! ¡Como un ejército de termitas han roído día a día el Muro, día a día las bases del Sistema Socialista, hasta derribarlo! ¡Porque se está cayendo, carajo! ¿Y quién lo derriba? ¡La Clase Media, esa clase fantasma que Marx ignora y Lenin detesta, la clase desconocida, la clase sin rostro, algo así como El Soldado Desconocido que está destruyendo el sueño proletario!», gritó, mirando al profesor agresivamente. Mandel replicó, alterado, «¿Y qué quieres que haga? Soy tan Clase Media como tú, porque no me vas a decir que tú eres proletario...». «¡No, proletario no, pero estoy con la causa proletaria!», repuso el comandante. «Sí

claro, eso es lo que ha hecho siempre la Clase Media, escudarse detrás de los proletarios o los burgueses para no dar la cara... Pero en mayo del 68 sí dimos la cara... Yo estuve allí, sabes, yo estuve allí», repitió el francés. «¿Sabes cuándo luchó la Clase Media por sí misma? ¡En el nazismo! ¡Por el nazismo, contra la clase obrera, en la Alemania de Hitler!» Se exaltó el Comandante. «¿Acaso mayo del 68 fue un movimiento fascista? ¡Fue lo mejor que hemos tenido en Francia!». «¡Mentira! —gritó Abelardo, casi perdiendo los estribos—. ¡Si mayo del 68 tuvo éxito fue por la Huelga General de la Clase Obrera, no por los pequeños burgueses!».

«Yo no soy político —dijo Mandel mientras se servía un trago y se sentaba, tratando de calmarse—, pero es evidente que la Clase Media es mayoría en el mundo, en Europa, en los Estados Unidos. Y no me avergüenzo en absoluto de pertenecer a ella: ¡todos somos Clase Media! En mi país los obreros ya son minoritarios. La Clase Media ha ocupado su sitio y, si según tú ha derribado el Muro de Berlín, que no te extrañe que un día derribe también al Imperio Soviético y por qué no al Capitalismo, porque no solo es la más numerosa, sino que es la más inteligente, la más culta, la más capaz».

«¡Tás loco, frenchy, no sabes lo que dices! —replicó el comandante, exasperado—, estás hablando piedras, eso no puede ocurrir, es una aberración histórica». Pero Mandel siguió, argumentando apasionadamente que ahora que se cae el comunismo, se va a caer también el MIR, ¿no te das cuenta? ¡El MRTA, Sendero Luminoso, todos! ¡Toda la izquierda comunista! «¡Nada de esto tiene ya sentido, en nombre de qué van a combatir ahora, en nombre de qué me han hecho prisionero, quién mierda te va a dar un centavo por mí, por qué no me sueltas!», levantó la voz Mandel desesperado. Hubo un largo silencio. «Tengo que consultar con el Comité Central —repuso el comandante con voz ominosa—, ellos decidirán», y partió en su jeep con el ceño cerrado.

«Ahora sí que me jodí», pensó Mandel con frialdad, mirándolo alejarse en la trocha polvorienta. Caía la tarde, y a la luz del crepúsculo se puso a leer los periódicos que le había dejado el comandante y le

pareció increíble que el comunismo se desplome así después de tanta filosofía, tanta lucha, tanta purga y crimen abominable, después de tanta sangre derramada con la promesa del Paraíso en la Tierra y le daba horror la posibilidad de ser la última víctima del comunismo, como esos soldados que mueren ya firmada la rendición o el armisticio, por falta de información o a causa de una confusa refriega entre ambos bandos. Su única posibilidad era la de convencer a Abelardo de que su lucha ya no tenía sentido, que el comunismo había quedado obsoleto, que tarde o temprano el MIR caería por su propio peso y era absurdo mancharse las manos con su sangre ahora que la guerra fría estaba terminando.

No le importaba si era verdad que la Clase Media era capaz o no de derribar al capitalismo, esas eran puras especulaciones de sus amigos los izquierdistas de la universidad, lo único que le importaba es que se habían interrumpido las conversaciones con Héctor y ahora estallaba ese silencio mortal, como antes de las declaraciones de guerra.

Sintió un escalofrío y su mirada fue atraída por una foto que aparecía en una de las páginas del periódico, porque le pareció vagamente familiar. El titular decía: «*Grupo Los Saltimbanquis' festeja cuarto de siglo*», y en la foto aparecía Sonia Ugarte, rodeada por un chinito mofletudo, por un gordo y un flaco que estaban haciendo unas monerías para el fotógrafo y por una pareja de mestizos de pelo muy lacio, porque este mes conmemoraban los 25 años estos pioneros del teatro popular, y a Mandel casi se atraganta su trago de whisky cuando se dio cuenta de que el chinito mofletudo no era otro que el chino Choy, el gordo y el flaco no eran otros que los compadres Chávez y Lira, y uno de los mestizos era, sin lugar a dudas, el profesor Braulio Cornejo.

«¡*Bordel!*» exclamó entre dientes, y mientras examinaba ávidamente la foto, se dio cuenta, en un instante fulgurante, de que había sido víctima de una enorme mistificación. Que toda su encuesta no había sido más que una mentira, de principio a fin. Un enorme, increíble montaje. Eran cinco actores de primera, eso no lo dudaba, que le

habían interpretado roles convincentes, le habían fabricado falsas pruebas, le habían contado falsas anécdotas, lo habían hecho reír y hasta lo habían falsamente seducido, de eso estaba seguro. Quién sabe si el polvo con Sonia no estaba también en el contrato, se dijo Mandel con despecho machista.

Le había pasado por la cabeza, pero era imposible de creer porque justamente parecía un asunto demasiado grande, demasiado artificioso, demasiado trabajoso para inventarlo uno solo. Pero si se contaba con un grupo de actores que se diesen el enorme trabajo de escenificar para él una gran mentira, entonces era posible. «*Putain, quel boulot!*», suspiró el francés, abrumado por el peso de la chamba que se habían dado para engañarlo.

Pero la idea era brillante: una pieza de teatro para un solo espectador, un teatro jugado en la calle, en las oficinas, en la cama, un teatro que era como un remiendo del pasado, como un parche en la memoria, como una restauración quirúrgica de una biografía defectuosa. Mandel se admiró de la sangre fría de los actores, del cálculo frío de Sonia cuando se lo llevó a la cama. Ella era la directora de escena, qué duda cabe, y se había reservado el rol principal. Y Héctor, que había sido su amante, la había contratado con todo su grupo para que le haga el trabajo sucio de fabricarle un pasado heroico, *pero en la mente de Mandel, y solamente allí*, y así hacerlo creer *mordicus* en esas historias y convertirlo en su fedatario que iría a divulgar esta falsa verdad por todo el mundo. Para eso se contaba con la poderosa agente literaria, que era capaz de difundir estas historias a través de un libro escrito por una autoridad en la materia, en quince o veinte lenguas, para hundirlas hasta en el último rincón de la América Latina. Héctor Arnao combatiente revolucionario. ¿Cuánto le habría costado contratar a todo el grupo? ¿Diez mil dólares, como a él? Seguramente mucho más, porque se trataba de todo un grupo de teatro, y no de un solo ingenuo profesor.

Y todo este derroche de plata y de talento se había ido a la mierda porque Ramón Quiroz, el Comandante Catón, no había muerto con

el Che Guevara, y andaba en los parajes bajo el nombre de Comandante Abelardo. De eso no le quedaba la menor duda. Y aquí la ficción tejida por Héctor Arnao había tropezado con la realidad, cuando la pseudo viuda de Quiroz había dado la alerta a su ex marido de que un gringo andaba hurgando en su pasado, oficio peligroso por los tiempos que corrían. Y por eso es que lo habían capturado, no por otra cosa. Por oletón.

El francés se tomó un trago de whisky tibio, envuelto por la noche que había caído de súbito, con su frescura y sus sorprendivos ruidos de animales que anidaban en la sombra. Se sentía profundamente vejado por Arnao. Su admirado novelista, de quien él esperaba lo mejor, le había tendido una trampa, lo había utilizado como si fuera un estúpido peón, maneándolo como si solo fuera un académico extranjero impresionable y crédulo, un admirador beato, un fedatario bobo, un gringo huevón, menospreciando su inteligencia y su rango. No lo había prevenido de los riesgos, y ahora que estaba en peligro de muerte lo abandonaba a su suerte para ahorrarse plata.

Una ira fría lo invadió, seguida de un íntimo regocijo: ahora la iniciativa estaba de su parte porque sabía algo que Los Saltimbanquis le habían ocultado cuidadosamente, y esto le aseguraba una ventaja táctica que él debía explotar ahora a fondo. Miró con ira la foto de Los Saltimbanquis, que reían cachacientos, y se preguntó cuánto pagaría Arnao por ellos si fueran secuestrados. ¿Un millón de dólares por todos? Se recostó en la glorieta oscurecida a meditar, rumiando lentamente su venganza. «Que siga la función —se dijo sonriendo bruscamente—, que siga la función».

6.

Una semana más tarde los hombres del comandante secuestraron a Sonia, de manera muy similar que a Mandel, y una mañana apareció en el campamento, en alas de la avioneta. Bajó muerta de miedo, y cuando reconoció en Abelardo a su viejo amante Ramón Quiroz,

casi se muere. Tuvo una especie de vahído, no se sabe si real o fingido, y Ramón tuvo que sujetarla para que no se caiga, porque ella creía que él estaba muerto y aparecérselo así, tan de repente, qué terrible impresión, y eres tú el Comandante Abelardo que me ha secuestrado, cómo te atreves. «Te presento a un amigo —le dijo Ramón, conduciéndola sin ninguna ternura hacia la glorieta—, aunque creo que ya se conocen, inclusive muy bien, según me dicen». Y ella miró al francés aterrada, como si fuera la última persona que hubiera esperado encontrar en esa perdida aldea asháninka. Fue en ese momento que se derrumbó, y decidió contarle todo. No hubo que presionarla para que les contara la verdad, la génesis de este complicado asunto, que les pareció completamente irreal por sus mundanas, frívolas motivaciones.

Resulta que cuando García Márquez se ganó el Premio Nobel de literatura, Héctor Arnao casi se vuelve loco. Entró en una depresión tremenda y comenzó a beber en exceso, alucinando que si a él no le daban el Nobel es porque era políticamente de derecha. Todo el mundo sabía que la Academia Sueca estaba dominada por la Social Democracia, y por eso nunca habían querido premiar a Borges, ni a Pound, ni a Céline, que eran declaradamente de derecha, a veces hasta fascistas, pero siempre habían hecho la vista gorda con los stalinistas tipo Neruda o Miguel Angel Asturias y ahora con Gabo, que era amigo de Fidel, y les habían dado el premio...

Una noche que se emborrachó con el poeta Grushenko en un pub de Londres, este le hizo ver que sin un pasado izquierdista no podía aspirar ni al premio Nobel, ni al premio Lenin, ni a figurar en la Enciclopedia Soviética, que al fin de cuentas iba a determinar la trascendencia histórica de los escritores en el mundo socialista del mañana. Había que haber sido incendiario en la juventud para ser bombero en la madurez, pero un bombero políticamente correcto, puesto que estaba llegando al Poder la generación que hizo Mayo del '68, el hippismo, love & peace, etc. y si uno no agarraba viaje con estos ya había que esperar el próximo siglo. «Y por último, si uno no tiene un pasado de izquierda, ¿acaso no se puede fabricar uno?», dijo

el poeta irresponsablemente, los escritores, que inventábamos la realidad, ¿acaso no podíamos inventarnos un pasado diferente?

El consejo del poeta no cayó en saco roto, pues Héctor decidió fabricarse un pasado izquierdista, que en principio iba a ser solo un discreto pasado de militante en el Frente Estudiantil Revolucionario, pero la exageración del autor pudo más, y todo se complicó, dijo ella. «Cuando estuvo en Lima en abril, para el entierro el padre, nos volvimos a ver, y me confió su problema», continuó Sonia, y ahí nació la idea de contratar a su grupo para una función muy especial, dedicada a una sola persona, que iba a venir de París. Héctor escribió el guión y Los Saltimbanquis lo interpretaron. Sonia tuvo el descaro de preguntarle a Mandel: «¿Qué te pareció?». «Convincente es lo menos que se puede decir...», replicó el francés con sorna. «Y eso que no conociste al que iba a hacer de Pedro, que es nuestro mejor actor, pero tuvo miedo, o sea se desanimó...», terminó la actriz, con irresponsable orgullo. «¿Cuánto les pagaron?», preguntó el comandante. «Cinco mil dólares a mí, y cinco para el resto del grupo», repuso ella medio avergonzada. «¿Y ahora qué va a pasar?», inquirió con inquietud. «Queremos que la función continúe —repuso Abelardo poniéndose de pie con parsimonia—. El MIR quiere contratarlos para que sigan actuando, pero no con un libreto de Héctor Arnao, sino sobre uno que hemos escrito nosotros».

Ahora tenían que interpretar a Los Saltimbanquis secuestrados le dijo, si no quieren que los secuestremos a todos de verdad. Solo tenían que poner sus talentos dramáticos, con la misma convicción de siempre, al servicio de las fotos del secuestro, posar en diversos ángulos, con todo el patetismo del asunto, con el vestuario adecuado y el maquillaje apropiado. Posarían rodeados de banderas del MIR y con encapuchados armados de rifles Garand, como era lo ya clásico, pero no de verdad sino de mentiritas nada más, para el efecto psicológico. Se les proponía pagarles el 10% del rescate, si colaboraban y cerraban el pico, porque de esto no tenía que enterarse jamás Héctor Arnao. Si se negaban liquidarían a Sonia y al francés sin más trámites.

Ella les garantizó que aceptarían, eso podían darlo por descontado, pues era la propuesta más razonable que había oído en muchos años. Pidió hacer una llamada al Chino Choy, que le tomó más de 10 minutos de estrecha vigilancia. Y desde luego que todos los actores aceptaron.

Pocos días más tarde comenzaron a llegar a la Agencia Ripoll las dramáticas fotos de los actores secuestrados que expresaban desconcierto, sufrimiento, pánico, súplica muda, y luego las angustiosas cartas, la demanda de rescate, las negociaciones secretas. Habían oficialmente desaparecido de Lima, pero en realidad se hallaban concentrados en una vieja casona que el MIR tenía por el barrio de San Felipe, ejecutando sus órdenes. Ahora la cosa se presentaba mucho más grave porque en cualquier momento podía trascender a la prensa, lo que sería catastrófico para todos. La reacción de Héctor Arnao fue inmediata y él personalmente condujo las negociaciones, con la mayor discreción, pero esta vez los secuestradores se mostraron duros y cortantes y no quisieron rebajar un solo centavo a la cifra original del rescate, que así quedó fijada en un millón de dólares. Y cuando el escritor se enteró de que el comandante Catón se encargaría personalmente del canje de los prisioneros, decidió llevarle el dinero personalmente a Lima, donde llegó de incógnito, acompañado por su agente, la catalana Montse Ripoll que regresaba a Lima con el rabo entre las piernas.

La cita tuvo lugar en la polvorienta avenida Costanera, frente a los desérticos muros del Reformatorio de Maranga: allí se encontraron las dos camionetas combi, a unos 10 metros una de otra. Héctor Arnao bajó el primero, alto, bronceado, arrogante, vestido como un figurín, dejando a Montse Ripoll sentada en el asiento del chofer, y a un guarda-espaldas armado al pie de la camioneta. Cuando Ramón Quiroz salió a su vez, y ambos se miraron, Héctor exclamó con emoción contenida: «Quería ver con mis propios ojos que estabas vivo, comandante Catón. ¿Qué, no te habías muerto con el Che Guevara?». «Tás huevón, Califa —repuso el comandante, llamando al escritor por su apodo de juventud—, ¡mala hierba nunca muere!», y soltó una carcajada victoriosa. «Si no fuera porque estabas vivo, mi

plan era perfecto. ¡Reconócelo!», dijo Arnao con una mueca de despecho. Quiroz dijo: «Por supuesto que lo reconozco: lleva tu sello personal, Califa. Si no fuera por esa poca cosa que es mi vida, el tuyo era un plan perfecto». «Decían que habías muerto con el Che Guevara, pero lo que has hecho es engordar», replicó Arnao ásperamente. «¡Calumnias de la reacción! —rio Quiroz—, yo nunca estuve en Nancahuazú, un día te lo voy a contar para que escribas una novela bien bacán.... ¿Tienes la plata?». Arnao estiró la mano y la Ripoll le entregó un maletín de cuero marrón con el dinero, que el escritor pasó en el mismo movimiento al Comandante. «¿Te molesta que lo cuente?» dijo Ramón Quiroz entrando a su camioneta de lunas polarizadas donde abrió el maletín con el dinero y lo contó rápidamente al abrigo de miradas indiscretas. Entregó 100,000 dólares a Sonia, quien los guardó en su gran bolso, dejó el resto al cuidado del guardaespaldas armado que lo había acompañado y a los pocos minutos Los Saltimbanquis interpretaban el mejor rol de su carrera. Fueron dramáticamente saliendo uno a uno de la combi, sucios y parpadeantes, barbudos y macilentos por efectos del maquillaje, y parecieron deslumbrarse con la luz del sol: entonces rieron y lloraron como si se sintieran de verdad liberados. La Ripoll y el escritor mismo los recibieron con palabras tranquilizadoras y palmadas dulces, y Sonia se le echó al cuello a Arnao, muy teatralmente, mientras Mandel, que lucía una sonrisa inquietante y extraña, los hacía subir a la camioneta.

El escritor y el comandante se miraron. «Ta, qué calor está haciendo, ¿no Califa? ¿No te tomarías una chela?». «Con su cebichito más, ¿no es cierto? Como en los buenos tiempos...», sonrió el escritor. «Aquí cerca conozco un huequito... ¡Por mi madre que es el mejor cebiche de Lima!». «Me caería de veras bien», repuso el escritor y ante la consternación de Los Saltimbanquis que los miraban por las ventanillas, Arnao le palmeó cariñosamente el brazo con la secreta admiración del escritor por el hombre de acción y agregó emocionado «¡Cabrón! ¡No te moriste!». Enseguida dio instrucciones a su agente para que se lleve a los pasajeros a sus casas. «No te preocupes,

yo te llevo», intervino Ramón, y al toque ambos se despidieron de los rehenes. «¡Adiós, linda! ¡Adiós saltimbanquis! ¡Buen viaje, francés! ¡*Au revoir!*», gritó el Comandante cuando la camioneta arrancaba. Luego dio el alcance a Héctor Arnao, le pasó un brazo sobre el hombro, y entraron conversando animadamente a la otra camioneta, que enseguida arrancó.

## EPÍLOGO

La prensa ni se enteró de todo este asunto, porque se mantuvo en el más riguroso secreto y los pocos trascendidos que salieron hablaban de un intento de secuestro del famoso escritor Héctor Arnao, de millonarias transacciones para comprar el silencio de un testigo molesto, especies calumniosas que fueron prontamente desmentidas por su agente Montse Ripoll desde las páginas de *Hola*.

Poco tiempo después de los sucesos, *Los Saltimbanquis* se compraron una casa vieja en Magdalena, donde pusieron su propio teatro y sus talleres, donde hasta ahora imparten clases de actuación teatral. El comandante Abelardo, al que los diarios acusaban de corrupto, desapareció de la noche a la mañana con sus lugartenientes y se sospecha que se fue al Brasil con el dinero del rescate, que nunca llegó a las cajas del MRTA. El profesor Georges Mandel no escribió, previsiblemente, el libro que le fue encomendado y recibió una gruesa suma de dinero para olvidar todo ese enojoso asunto. Unos meses después renunció a la universidad, asqueado de los literatos y quién sabe si hasta de la literatura y puso, en Montparnasse, un simpático restaurante de cocina peruana llamado *Au Condor Ravi* en sociedad con una arequipeña que cocinaba riquísimo.

En cuanto a Héctor Arnao, al año siguiente publicó una novela titulada *Las máscaras del secuestro* en la que contaba su propia versión de los sucesos, que aunque nada tenía que ver con la realidad, ganó el premio al Libro del Año en España y se convirtió en un bestseller, con varios millones de ejemplares vendidos en todo el mundo. Georges

Mandel se excusó de asistir a su presentación en la Feria del Libro de Madrid, porque tenía que atender un banquete de amigos. A raíz de eso nunca más lo volvieron a invitar a feria del libro alguna, cosa que al francés *le llegó altamente*, como aprendió a decir en Lima...

# LAS LEYES DEL AMOR

a Ester Ventura

1.

CUANDO RECAYÓ CON LA HEPATITIS Rafael Yábar se encontraba en el Cuzco visitando a unos familiares, pues residía habitualmente en París, donde ejercía de astrólogo aunque sus padres lo creían graduado de psicólogo. No es que ejerciese clandestinamente su extraña profesión, sino que prefería evitarse problemas con su padre que era un ingeniero blasfemo y descreído con el que ya había tenido algunos choques a causa de la astrología.

Y es que la astrología era su pasión y lo había sido desde que se quedó fulminado por la exactitud de un horóscopo que le hicieron una lejana tarde en París. Desde entonces se había dedicado a estudiar esta disciplina esotérica primero por su cuenta y luego en grupos de estudio y seminarios; porque en este fin de milenio pululaban los grupos esotéricos, los gurús de todo pelaje y las publicaciones que venían de todas partes del mundo. Por último, había tomado la decisión capital de abandonar La Sorbona donde estudiaba psicología, para matricularse en la *Ecole Supérieure d'Etudes Astrologiques*, rue de Vavin, donde había terminado algún tiempo después los estudios teórico-prácticos que lo habían absorbido.

Había penetrado de mano de sus maestros en el saber más antiguo del mundo, había compulsado viejos grimorios que procedían de la

mítica Biblioteca de Alejandría: el *Tetrabiblos* de Claudio Ptolomeo, los escritos poderosamente oscuros de Manilius, Fírmicus Maternus, Cornelius Agrippa, Jean de Hispale, que respiraban superstición en todas sus páginas, se había quemado las pestañas con la geometría de Johannes Kepler, de Morin de Villefranche, de Henri de Rantzau y, en fin, se había sumergido en el saber de los contemporáneos Oswald Wirth, Dane Rhudyard, André Barbault, Lisa Morpurgo, que daban un rostro humanista y racional a la vieja astrología.

Pero sobre todo había aprendido a levantar con lápiz, papel y compás, Cartas de Cielo, direcciones Primarias y Secundarias, Sinastrias y, lo que es más importante, a interpretarlas metódicamente, y aún con cierta profundidad de criterio, lo que garantizaba una mejor calidad de lectura de aquel milenario sistema simbólico. Escorpión típico, con Ascendente Géminis, la Luna en Acuario, Marte en Libra y Venus en Sagitario, Rafael tenía *una sorprendente capacidad de penetración intelectual, un hábil manejo de la información, una gran audacia, períodos en el que era intensamente creativo, le gustaba jugárselas por las ideas nuevas y tenía una envidiable salud erótica* según decía su Carta de Cielo. Esto último se traducía en interminables enredos con sus clientas, que eran como las de los psicoanalistas, o sea, esencialmente burguesas y siempre fascinada por las *histories de cul*.

No había que olvidar tampoco que Francia era Escorpión, como Rafael, y apasionada por el sexo, una de las características mayores del signo, cosa que explicaba muchas cosas de este país tan especial donde el peruano había ido a parar siguiendo los pasos de su abuelo, y que lo trataba tan bien en cuestiones propiamente eróticas. En los últimos años se había hecho de una pequeña clientela astrológica en París que le permitía vivir cómodamente y, aunque él se consideraba más un aficionado que un profesional porque no llevaba mucho tiempo en el negocio, cobraba bastante más caro que sus colegas computarizados porque su trabajo era más fino y personalizado, y porque ese era el precio de tener un astrólogo de cabecera.

Los padres de Rafael estaban separados, el padre vivía en Miami y la madre en Buenos Aires, acompañada de sus dos hermanas, ya

casadas y con hijos. Aprovechando las Pascuas, Rafael había venido de vacaciones, al cabo de muchos años, a la ciudad en la que había pasado su infancia, ahora que el terrorismo había sido derrotado y ya se podía viajar al Perú. El hecho es que se había excedido con los rocotos y los tragos, y había tenido una espantosa crisis hepática, con vómitos y desmayos después de un copioso almuerzo de despedida en casa de sus primos. Despertó en una clínica, amarillo como el papel Manila, con un pijama verde a bolitas y tan débil que apenas se podía mover. Lo primero que vio fue el adusto rostro de un médico que meneaba la cabeza con visible desaprobación.

Y es que Rafael ya había tenido una hepatitis hacía un año, de la que se creía curado: había seguido una dieta rigurosa, se había privado de tragos y cigarrillos durante medio año y, al primer descuido, experimentaba esta tremenda recaída, verdaderamente grave como se le informó, que ponía su vida en peligro si es que no seguía un draconiano tratamiento. Pero el problema era que este implicaba reposo absoluto durante *dos años*, si la enfermedad evolucionaba rápidamente y no surgían complicaciones, aunque este régimen desde luego no le permitiría trabajar.

Es más, si regresaba a París tendría que costearse solo los gastos de hospitalización, porque como astrólogo no colegiado no tenía derecho al Seguro Social y, si se quedaba a convalecer en su casa, no tenía quien lo cuidara en aquella ciudad extranjera, y su estado de impotencia física no le permitía cuidarse solo. De todos modos, sus perspectivas eran sombrías, pues quedarse dos años en cama era como para volver loco a cualquiera y Rafael era una persona que se aburría con facilidad si no encontraba algo que hacer, y ahora, en ese estado, no podía ni siquiera leer, porque se le nublaban los ojos y lo veía todo como a través de una cortina de agua que cayese de izquierda a derecha, con unas rayas vibrantes en el medio de la frente que lo desesperaban cuando intentaba leer aunque fuera los gruesos titulares de un diario.

Felizmente que la tía Lucha lo quería como el hijo que nunca tuvo y de inmediato se hizo cargo de la situación: Rafael se quedaría en su casa, a su cuidado, antes que regresar al proceloso París donde podía

morirse como un perro, sin nadie que lo atienda. Mujer menuda y enérgica, doña Lucía de Farfán hacía muchos años había enviudado de un marido alcohólico y vivía en una gran casona con muros incaicos en el barrio de Colcampata, en la cuesta de Saccsayhuamán.

Era una inesperada solución que Rafael aceptó porque no le quedaba otra, pero tenía la desventaja de implicar toda una logística de mudanza hacia aquella lejana provincia del Perú, porque no podía dejar sus pertenencias tiradas en París durante dos años. Había que mandar sus bártulos —que principalmente consistían en libros y discos— al Cuzco, y dejarle a alguien el apartamento donde vivía. Pero todo eso se lo podían arreglar los buenos vecinos con los que contaba, porque no era la primera vez que cerraba su viejo apartamento, herencia de un abuelo argentino que la había corrido en París hasta arruinarse, para quedarse en un país exótico: ya había hecho lo mismo para quedarse en Pondichery seis meses, sin la excusa de la enfermedad y sus amigos lo habían ayudado en los detalles prácticos, y seguramente lo volverían a hacer ahora que lo único con que contaba era su recuperación física.

Por otra parte, qué mejor ocasión que aquella para regresar a la ciudad mítica de su infancia de la que todo el mundo hablaba en Francia: Perú significaba Cuzco, Macchu Picchu, el lago Titicaca, cuyos nombres definitivamente exóticos encandilaban a la gente y, a él como de carambola, ya le iba provocando regresar. Hacía más de 30 años que no volvía al Cuzco, en el que había vivido hasta los 11, y esta había sido la primera vez que regresaba. Había recorrido la ciudad de arriba para abajo desde su llegada, la maravillosa Plaza de Armas con sus iglesias barrocas, el Templo del Sol, la calle Hatunrumiyoc con sus palacios incas de piedra tallada, la imponente Fortaleza de Saccsayhuamán. Ahora estaba completamente seducido por esa multitud variopinta de turistas y nativos que pululaba por las calles del Cuzco hasta bien entrada la medianoche y llenaba sus discotecas en medio de un frío seco, de montaña, más sano que el de París.

¡Cómo había cambiado la ciudad! Ahora sí que comenzaba a parecerse a esos horrores que eran Carcassone, Toledo, Taxco, Ibiza,

porque estaba volcada hacia el turismo y en todo metro cuadrado del centro histórico había centenares de hoteles y pensiones y restaurantes y peñas y salsódromos donde había movido el esqueleto el tal Rafael casi todos los días. Había visitado a tía Lucha un par de veces, quien lo había agasajado con un almuerzo al que había concurrido una pequeña parte de la familia. En él se había vuelto a encontrar con su primo Hugo con el que había ido al colegio y con Víctor Manuel, el primo minero, y con la prima Alcira que al principio no reconoció, pero luego recordó haberla besado en un pórtico helado.

Rafael siempre había creído que tía Lucha era su único nexo familiar con este pueblo, pero en los 15 días que acababa de pasar en el Cuzco descubrió que tenía primos en cada esquina de esa ciudad prodigiosa, edificada sobre las piedras del Imperio. Se había visto un par de veces con Hugo y Víctor Manuel, quienes le habían hecho conocer Cuzco By Night con esos salsódromos llenos de gringas y bricheros, donde se había levantado a una gringa cada día, para no perder la mano, y fue justamente después del almuerzo de despedida que le dieron los primos, cuando había mancado el hombre, apenas unos minutos después de haberse echado entre pecho y espalda unas copas de anís Nájjar para ayudar a la digestión. Cuando las náuseas cesaron, intelectual como era, reflexionó que esta su recaída en la hepatitis era como una suerte de síntoma del desarraigo, pues seguramente su inconsciente se las había ingeniado para producirle este accidente y así obligarlo a quedarse en el pueblo donde había nacido. Optó, entonces, por obedecer al destino, que era en este caso lo más sabio, y tras unas consultas a su libro de Efemérides que consignaba el movimiento diario de los astros, accedió de buena gana a convalecer en el Cuzco.

2.

La tía Lucha vivía en un espléndido aislamiento, con un par de criadas y un jardinero que era a la vez guardián y mandadero; una vez por semana recibía la visita del cura, y de unas señoras de la Acción Católica,

y una vez al mes la de su hermana Lidia, y de sus hijos, impajaritablemente. Pero la señora era un modelo de salud para los setenta y tantos años que llevaba en sus frágiles hombros, y desplegaba una incesante actividad desde que despuntaba el día hasta bien entrada la noche para mantener la gran casona en buen estado y ocuparse de los asuntos domésticos. Le asignó pues a su sobrino querido la mejor habitación de la casa, tan amplia y confortable como una suite de hotel, con muebles centenarios y un balcón soleado que tenía una maravillosa vista al centro del Cuzco.

Allí trasladaron a Rafael en una ambulancia cuando salió del hospital, con cuidados extremos, y lo dejaron con su botellón de suero goteándole en la vena, pero bien instalado en la vieja cama de madera tallada, con patas de columnas salomónicas rematadas en garras de león. Vinieron a saludarlo los primos y sobrinos, pero se fueron pronto porque la consigna que desde ahora iba a regir para Rafael era reposo, reposo y más reposo, y no era cuestión de andarlo fatigando con fútiles conversaciones. Estaba flaco y barbudo, pues no estaba dispuesto a gastar sus magras energías en la afeitada diaria, y los recibió muy elegante en su bata color concho de vino; pero cuando todos se fueron y él se encontró sentado muy rígido en la cama, mirando hacia el balcón por donde entraba el sol a raudales, recién entonces se dio cuenta de lo solo e impotente que se sentía en este mundo y le aterró que esta condición tuviera que prolongarse durante dos eternos años, en esta misma habitación soleada.

Si Rafael hubiera sido un novelista habría aprovechado para escribir el libro de su vida, porque tenía todo el tiempo, la calma y la tranquilidad del mundo para dedicarse a escribir algo grande, pero lo único que se le ocurrió fue terminar un pretencioso artículo llamado «Las Leyes Astrológicas del Amor» que estaba escribiendo para la revista especializada *Quinconce* en la que colaboraba regularmente, y después ya vería. Por el momento tenía que rescatar sus libros, sus discos y su ropa, y hacer que se remate su escaso mobiliario: escribió pues a París para explicarle la situación a sus vecinos íntimos Pierre y

Heloíse, y rogarles que le envíen libros, discos y papeles, y traten de alquilar su apartamento a alguien de confianza. Los invitaba a venir a visitarlo, tal vez en las próximas vacaciones en que ya estaría más recuperado y podría servirles de Cicerone, y se mostraba muy seguro de retornar a Europa dentro de un par de años, como nuevo, después de un obligado *séjour* en su pueblo natal donde aprovecharía para practicar la astrología en sus ratos libres, que eran todos.

Porque si no conseguía alquilar su apartamento, en algún momento tendría que hacerse de una clientela en el Cuzco para ganar un poco de plata, a riesgo de que todo el mundo se entere de que era astrólogo y no psicólogo, y su familia sepa la verdad, pero ahora necesitaba urgentemente sus libros y sus notas para seguir trabajando apenas la cabeza dejara de darle vueltas cuando cambiaba de posición en la cama.

Al mes le llegaron sus primeros libros y papeles, en varias cajas que Toribio el mozo trajo de la Agencia, con una carta de Pierre que le informaba que habían alquilado el apartamento a un sobrino de Apt, de toda confianza, que venía a estudiar en París VII, y que ya habían depositado un dinero en su cuenta. Fue la más grande alegría que tuvo en aquellas semanas morosas, de inesperadas náuseas y mareos en un marco de espantosa debilidad física: la glucosa ya no era quemada por sus músculos para darle energía, y se sentía como un motor sin combustible, un juguete sin cuerda. Felizmente ya habían desaparecido esas rayas vibrantes de su campo de visión y ya podía leer.

El mozo lo ayudó a desempacar y a poner los libros en un estante que no tardaría en llenarse con volúmenes en cuatro idiomas, la mayor parte de los cuales versaban sobre astrología, orientalismo y ocultismo. Muchos de ellos eran puramente técnicos: las Efemérides Barth alemanas y las americanas de la NASA, las tablas de Casas Astrológicas de Placidus y Regiomontanus, y la obra monumental *Ten Thousand Charts of Famous People* donde estaban los horóscopos de famosos artistas, políticos, deportistas, actores, científicos, religiosos, criminales, etc., publicada por una editorial americana. Un librito de «Regímenes Hora-

rios en el Mundo» y un block de Cartas de Cielo modelo Gouchon 2, para llenar, completaba su parafernalia de astrólogo. Y desde luego sus archivos personales, que llenaban varios folders, y sus libros de consulta, manoseados por el uso, despellejados...

3.

Su cama se había convertido en su territorio, la capital de su reino. Era enorme, cuadrada, casi cúbica a causa de las columnas salomónicas que se enroscaban irresistiblemente hacia el cielo, y sus cobijas multicolores estaban invadidas de libros, papeles, periódicos y revistas que terminaban de desparramarse en el suelo, poniendo un toque gráfico en el ladrillo pastelero y la madera intensamente encerada del piso, recubierta, aquí y allá, por pieles de vaca blanquinegras y marrones. Tenía una estufa eléctrica para calentarse en las noches, porque de día bastaba con el sol que entraba por la ventana, y en un muro una chimenea de piedra para el invierno, rodeada de viejos muebles de cuero, conformando una salita que se podía aislar con un biombo de madera. El estante donde estaban sus libros estaba al lado de su cama, al alcance de su mano, de manera que Rafael no tuviera que desplazarse por la habitación, lo que le costaba un real esfuerzo. Al otro lado y al alcance de su otra mano se encontraba un aparato de música que se había comprado en el Cuzco, con una docena de CDs apilados al costado y la radio permanentemente sintonizada en una estación de música clásica. Y desde luego, un gran aparato de TV conectado a la señal del satélite, que iba a ser su sola compañía y solaz durante mucho tiempo.

Retomó pues sus archivos, unas voluminosas carpetas repletas de Cartas de Cielo, y se puso a trabajar en el día soleado. Releyó las notas que había tomado para su artículo «Las Leyes Astrológicas del Amor» y le parecieron completamente insuficientes: originalmente había partido de un famoso estudio del psicoanalista Carl Gustav Jung sobre la influencia de los astros en la elección de pareja, brillante y

documentado, pero que no aportaba ninguna conclusión sobre el tema. Sin embargo, los mejores astrólogos de Viena habían compulsado 300 horóscopos de parejas normalmente constituidas y, después de pasarlos por la criba del análisis, valorando sus aspectaciones planetarias minuciosamente medidas, no habían descubierto el menor atisbo de nada, nada en las manos, nada en las mangas, nada que influyera decisivamente en la elección amorosa.

Y es que, en esa simplona metodología, los aspectos negativos se restaban de los positivos, anulándolos o reduciéndolos a magnitudes poco significativas y, en consecuencia, no se podía concluir nada, y todo quedaba librado nuevamente al azar de los encuentros. Esto le parecía aberrante a Rafael, que estaba profundamente convencido de lo contrario, pues algunas veces había experimentado el célebre Flechazo de Cupido que era la prueba de que sí había un Orden Erótico en el mundo. Además, según el más antiguo y prestigioso tratado de astrología, el *Tetrabiblos* de Claudio Ptolomeo, todo era masculino o femenino en el Universo, y las múltiples manifestaciones de este principio conducían inexorablemente al eterno Polvo Cósmico, con amantes o dioses enlazados en la cópula divina que sostenía la Realidad del Mundo.

No podía ser casual, por ejemplo, su encuentro con Chantal: una noche, en una fiesta, al abrir la puerta de la casa de su amiga Luz Marina, Rafael se había encontrado de manos a boca con esa imponente argentina enfundada en un traje sastre de Dior, con *khol* en los ojos aterciopelados y *patchuli* detrás de las orejas que lo miraba con el mismo embeleso con que él la miraba a ella. Balbuceó una frase de bienvenida y la dejó pasar con un temblor en las rodillas, un cosquilleo en la nuca, mientras la flecha de Cupido se hundía gozosamente en su corazón y nadie en ese salón lleno de gente se daba cuenta que el amor lo había fulminado.

Lo más extraordinario del caso es que al poco rato ella se le acercó cuando él ponía un disco y, tras cruzar unas frases cargadas de sobren-

tendidos, ella le pidió que la llevase a su apartamento donde se amaron con encarnizamiento hasta la llegada del amanecer lluvioso. Aquel había sido el principio de una historia de amor breve y desmesurada que había terminado por el viaje de ella a la Argentina. Años más tarde, cuando ya era astrólogo, Rafael había tenido la curiosidad de escribirle a Buenos Aires para pedirle su fecha de nacimiento, a fin de levantarle su Carta de Cielo y compararla con la suya. Cuando lo hizo casi grita *jeureka!* como Arquímedes de Siracusa, porque ingenuamente le pareció haber hallado así, de saque, Las Leyes del Amor, tal era la cantidad de aspectos positivos, o sea, Conjunciones, Trígonos y Sextiles que producían los Astros de ella con los suyos.

Había por ejemplo una Conjunción del Ascendente de ella con su Sol, otra de su Sol con el Venus de ella, otra del Venus de él con el Sol de ella, y dos Trígonos de Marte con Venus y con la Luna que lucían terriblemente sexys, además claro está de un par de Sextiles muy armónicos de Soles y de Lunas que le daban espesor y continuidad a la relación así definida. Es decir, había demasiadas coincidencias para que el encuentro de ellos fuera obra de la casualidad: las energías planetarias que ambos portaban estaban predestinadas a encontrarse en algún momento para potenciarse una a la otra, tenían necesariamente que juntarse porque separadas no valían nada, eran solo la mitad de un billete de diez mil dólares. Es por eso que se atraían irresistiblemente, y si habrían sabido encontrarse aún en la noche y la niebla, con mayor razón lo habrían logrado en un party mirafiorino.

Y no era esta la única vez que le había ocurrido un *coup de foudre*, como dicen los franceses, porque precisamente en París había conocido algunos otros más: cierta vez, en el Metro, se había quedado encandilado por una mujer judía de gran cabellera negra, labios sensuales, lentes ahumados y un largo abrigo rojo que resultó que se dirigía al mismo bar del cual Rafael era *habitué*, y allí se conocieron. Después de unas cuantas copas y una seducción urgente y desesperada, ella se despidió excusándose porque tenía una cena de compromiso, pero a las dos de la mañana, cuando Rafael ya metido en su tibia cama leía

una novela policial pensando en ella, un ruidoso taxi paró a su puerta y alguien descendió.

Se oyeron unos pasos apresurados en el corredor, sonó el timbre, y otra vez le tocó a Rafael abrir las puertas al milagro, porque era ella, Isabelle, la judía del Metro, la hermosa Sagitaria con la Luna en Cáncer y Marte en Aries la que lo esperaba en el umbral, temblorosa y palpitante. Claro, había esa teoría de Stendhal sobre «la cristalización» de un sentimiento que se da en la morosa espera solitaria, cuando nuestra mente idealiza a la persona con el irresistible propósito de amarla, pero astrológicamente hablando tenía con ella Aspectos Planetarios absolutamente notables, sobre todo Conjunciones y Oposiciones, responsables de la intensidad loca de aquellos polvos que estallaban como estrellas enanas, cuando no provocaban espectaculares peleas con platos rotos y largas separaciones.

Con el tiempo Rafael había acumulado un archivo de casos personales, documentados con el horóscopo de montones de chicas, porque había tenido el buen tino de guardar las fechas de nacimiento de casi todas sus amantes, con las horas y minutos para tener clara la cuestión del Ascendente. No se consideraba un seductor, pues este era un término muy novecentista, pero había llegado justo en el buen momento a un París que vivía su tumultuosa Revolución Sexual, y eso le había permitido acumular más experiencia amorosa en unos pocos años que en toda su vida pasada. Y este era un buen punto de partida para su investigación, porque, como decía Freud, no se podía entender algo que uno no había vivido y había que tomar como base sus propias experiencias para tratar de comprender el misterio del fenómeno amoroso.

Las semanas siguientes Rafael se dedicó pues a confeccionar una Base de Datos sólida y confiable, apelando a cuantos casos tenía a la mano. Como no trabajaba con computadora, sino a mano, en un papel cuadriculado se hizo una lista con algunas decenas de mujeres con las que había tenido alguna relación erótica, anotando en las columnas adyacentes sus posiciones natales del Sol, Luna, Marte, Venus y el

Ascendente, a fin de poder compararlos con las suyas. Para hacer esto tuvo que recurrir a sus archivos, y a sus agendas que estaban llenas de datos de nacimiento de todo Cristo, para luego comenzar a levantar los horóscopos, lo cual era sumamente arduo y fatigoso.

Había bajado 20 kilos en 2 meses, estaba barbudo, amarillo, macilento y derrengado, y el pelo se le caía por puñados, de manera que no podía trabajar muchas horas por día y avanzaba a paso de tortuga. Tía Lucha venía a verlo todos los días y había tomado a una señora que había sido barchilona en un hospital para que se ocupe exclusivamente de él, lo que doña Josefina hacía con obstinada aplicación, cambiándole su suero diariamente, colocándole inyecciones intravenosas, preparándole sus cucharadas y sus tisanas, y supervisando sus monótonas comidas de convaleciente. De tarde en tarde venían a visitarlo los primos que le contaban divertidas historias de *bricheros* y juerguistas, y lo hacían atorarse de risa. Cuando se aburría demasiado retenía a la tía Lucha para contarle historias extraordinarias que le habían ocurrido a él o a sus amigos en algún rincón del mundo, o para jugar con ella una partida de Mah-Jong que duraba tanto que se quedaba dormido. Y él, que tenía reputación de pésimo corresponsal, había comenzado a comunicarse por carta con sus amigos de la lejana Europa, y semanalmente recibía la visita del cartero.

4.

Cuando la base de datos estuvo lista, entonces recién comenzó su primer cuaderno. Era un infolio escolar de 160 páginas rayadas que se fue llenando de cálculos y de extraños símbolos que parecían sacados de un viejo grimorio de magia medieval, y de horóscopos hechos a mano con las sinastrías en tinta roja y negra y notas trazadas en una letra nerviosa, incomprensible. Se quedaba horas comparando un horóscopo con otro, pasando de uno a otro la mirada, reconociendo planetas, posiciones, jerarquías, evaluándolos en términos de intensidad de relación, asignándoles escalas degresivas, combinándolos

dialécticamente término a término hasta establecer una inmensa maraña de hilos de luz que no tenía una forma definida y cuyo significado final se le escapaba.

Si bien estaba físicamente agotado, sus facultades mentales estaban intactas y su memoria parecía crecer día tras día, pues se pasaba jornadas enteras evocando sus amores pasados a falta de presentes, y exploraba a fondo sus recuerdos, encontrando detalles increíbles que creía olvidados. Cuando se miraba en el espejo, asténico, amarillento y apergaminado, se sentía tan lejos de lo que había sido hacía pocos meses en París que le parecía que había pasado una eternidad desde su recaída, y eso le daba una cierta distancia de sí mismo que le hacía observar sus propios hechos pasados con objetividad de entomólogo. Repasaba sus grandes y pequeños amores de principio a fin, con Cartas de Cielo y Efemérides Planetarias al apoyo, y se demoraba horas especulando sobre detalles astrológicamente significativos.

Por ejemplo el hecho de que Jocelyne tuviera una Conjunción de Marte y Venus sobre el sensual signo de Tauro ( $\mathcal{T}$ ), opuesta a su arrecho Sol natal en Escorpión ( $\mathcal{M}$ ), explicaba la tremenda atracción sexual que habían sentido el uno por el otro desde que ella llegó a su casa para hacerse una consulta y la tensión había ido *in crescendo* hasta hacerse insoportable. Solo se calmó cuando cayeron sobre la alfombra con un atroz deseo que estremeció los vidrios de su casa, levantó el piso de madera como si se lo quisiera llevar un tifón, y una vez que pasó los dejó exhaustos y saciados.

O aquella colega, Diana, la astróloga americana que conoció en la cola de *El Último Tango en París* y, luego de ver la película, calientes como babuinos, se fueron al apartamento de ella, un dúplex de la rue Vavin, donde tiraron durante horas y terminaron por emular las más escabrosas escenas que habían visto en la pantalla. Y eso que era una Leo ( $\mathcal{L}$ ), o sea que su Sol cuadraba al suyo y en realidad no tenía por qué producir esos efectos devastadores, pero su Marte en  $\mathcal{M}$  en Conjunción con su Sol Natal provocaba que el deseo brotara espontáneamente, agudo, imperioso, incandescente, cosa que no ocurría con

otras por más sexys que fueran, y no era raro que entonces sus relaciones se saldaran por un fiasco.

Tal había sido el caso de Louise, que era también una hermosa  $\delta$  con Ascendente  $\mathbb{M}$ , con la que nunca había podido lograr una erección decente: cuando estaba con ella se le paseaba el alma, perdía toda concentración y se ponía a reír como un idiota, cosa que aniquilaba todo erotismo mejor que si le hubiera echado un baldazo de agua fría a aquella morenita ardiente que se afanaba con los botones de su bragueta. O con Susan, una inglesita que había conocido en un bar de Formentera,  $\times$  con Ascendente  $\text{♁}$  por más señas, con la que había quedado como un chanco porque no se le había parado en toda la noche, y ella había terminado por echarlo de su casa a las 4 de la mañana bajo pretexto de que su marido estaba a punto de llegar, y claro a esa hora no había ni un *méndigo* taxi ni nada que se le pareciera, de modo que se había tenido que quedar a dormir en la playa a riesgo de que lo desvalijen los gamberros. Es verdad que tenía unos tragos de más, y eso solía complicar las cosas, pero a veces no, y en general esto dependía de la mujer, o sea del encuentro erótico que investigaba y que resultaba tener tantas variables que parecía inabarcable y laberíntico.

Además, no siempre la atracción venía acompañada de deseo sexual, sino que a veces era de lo más espiritual y sublimada, como era el caso de su relación con France, una  $\text{V}^{\circ}$  AS II, que había comenzado muchos años atrás cuando se habían conocido en una cena y habían quedado deslumbrados el uno con el otro, pero no físicamente. Aunque ella era una de las más hermosas mujeres que había conocido, sino por la inmediata comunicación que se dio entre ellos desde el primer instante: literalmente se leían el pensamiento, se comprendían sin palabras, se adivinaban los estados de ánimo más secretos.

Hasta un día que ella quiso pasar a los actos y no se le paró al pobre Rafael, hombre sensible al fin, al que le violentaba pasar sorpresivamente del rol del amigo al del amante. Felizmente que estaban en París, y no en Lima, y así ella no lo acusó de maricón, como solía

ocurrir en Lima más por ignorancia que por despecho. En materia sexual, en su país había una ignorancia de miedo, conventual y hereditaria, que precisamente él quería combatir a través de su ensayo, que era también una meditación sobre sus amores, aventuras y amoríos; porque se sentía de cualquier modo al filo de la muerte, de la peligrosa hepatitis, que era mortal si uno se descuidaba. «Fratelli a un tempo stesso, amore e morte/ engeneró la sorte» recordaba al poeta Leopardi, gran amante a pesar de su gibosa fealdad, que se daba el lujo de despreciar bellas condesas. Y ya que de poetas se trataba, se acordó de Lord Byron, quien una noche, en un sarao, cayó fulminado de amor a la vista de una mujer que caminaba en el jardín:

She walks in beauty, like the night,  
Of cloudness climats and starry skys,  
And all that's best of dark and bright  
Meets in her face and her lips...

Pero esa mujer era la feliz esposa del dueño de casa, su amigo, y esta vez no hizo el menor intento de seducirla cual era su costumbre. Pero escribió ese precioso poema, y Rafael, que tenía a la mano el horóscopo de Lord Byron, un escandaloso ♁ con Ascendente Marte y Luna en ☽, se entretuvo durante toda una tarde inventándole un Signo, un Ascendente, una Venus a esa evanescente mujer que flotaba en las brumas de Inglaterra, con la que el poeta tuvo ese flechazo que tan poco tenía de carnal.

Y ya que se trataba de escándalos, otro al que también acechaba el escándalo era Eduardo VIII, ese extraño rey acusado de simpatía pro-nazis, que era al revés de Byron un ☽ Ascendente ♁, y abandonó el trono de Inglaterra por esa americana llamada Wallys Simpson, que también tenía un Ascendente ♁ y Marte en ♃, lo que indicaba muchos pantalones, aunque era tan antipática como solo puede serlo un insoportable ♀.

Y así Rafael fue derivando de sus propias experiencias eróticas a las ajenas, que solo conocía de referencia, pero las tenía documentadas

astrologicamente en aquella colección llamada *Ten Thousand Charts of Famous People* que traía las Cartas de Cielo de todo Cristo, y abarcaba desde 500 a.C. hasta nuestros días, y latitudes que iban desde Nueva York hasta la Patagonia, desde Talara hasta Sebastopol. Estaban, por ejemplo, los horóscopos de Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir, de Scott y Zelda Fitzgerald, de Liz Taylor y de Richard Burton, de Toulouse Lautrec y Suzanne Valadón, de Oscar Wilde y Alfred Douglas, de Arthur Rimbaud y Paul Verlaine, entre otros centenares de parejas, y Rafael se contaba interminables historias sobre las que conocía algunos detalles para tratar de entender cada relación amorosa.

Por ejemplo, la extraordinaria lealtad que había unido a Sartre, que era un  $\text{II AS } \text{M}$  y a Simone, que era una  $\text{V}_6 \text{ AS } \text{x}$ , durante unos 60 años de relación ejemplar e ininterrumpida, que solo había podido concluir con la muerte del filósofo como lo contaba ella en esa desgarradora *Ceremonie de l'Adieu* que había leído en París con lágrimas en los ojos. O bien la muy rochosa pasión de Liz Taylor, que era una enfermiza  $\text{X AS } \text{x}$ , y Richard Burton, un peligroso  $\text{M AS } \text{u}$  con la Luna en  $\text{M}$  y en consecuencia opuesta al Sol de ella, la que había escandalosamente comenzado en el rodaje de *Cleopatra* para prolongarse en Londres en años de ruidosas borracheras al estilo de *Who's afraid Virginia Woolf*, estrepitosas reconciliaciones que culminaban en sus dos matrimonios consecutivos que hubieran podido ser tres si el hombre no hubiera mancado.

O esa sórdida historia de la pintora Suzanne Valadón, que era una  $\text{u}$  con  $\text{AS } \text{u}$  y Luna en  $\text{M}$ , queriendo casarse cueste lo que cueste con el colega Toulouse-Lautrec, que era un adinerado conde  $\text{x}$  con Luna en  $\text{u}$  y Marte en  $\text{II}$ , cosa que terminó a los capazos cuando ella quiso hacerle creer que estaba encinta de él, pero esa mujer era una madre monstruosa que le echaba ajeno a la mamadera de Maurice Utrillo para que no lllore, y es así como lo volvió alcohólico desde los 4 años, ese infeliz metafísico  $\text{Y AS } \text{V}_6$  que pintaba paisajes desolados de invierno que su madre pagaba con su diaria ración de *gros rouge*.

En cuanto a la explosiva pareja Scott y Zelda Fitzgerald, paradigma de los Crazy's Twenties, giraba desde luego en torno al eje Leo-Acuario,

un lujoso Sol en  $\delta$ , el ambicioso, el poderoso y exhibicionista Rey del Zodiaco que ocupaba signo y Ascendente de Zelda, y Scott que era un dramático  $\text{♁}$  con el AS en  $\text{♁}$ , el progresista, americanísimo y rochoso  $\text{♁}$  que se opone a la realeza y, además, tenía la Luna en  $\text{II}$  que lo inclinaba a un suave masoquismo. Y habían quemado sus vidas al ritmo de una tempestad solar, para reventar tristemente, como Gigantes Rojas: ella chiflada como una hortaliza, él alcoholizado hasta las golondrinas...

Y claro que este sistema también funcionaba para parejas homosexuales como la de Óscar Wilde, un  $\text{♁}$  AS  $\text{♁}$  Luna en  $\delta$  que tuvo la mala suerte de enamorarse locamente de ese pequeño crápula Alfred Douglas que era también un  $\text{♁}$  con Marte en  $\delta$  conjunto con la Luna de Wilde, lo que sin duda explicaba esa ceguera frente a su verdadera naturaleza, y algo similar les ocurrió a Arthur Rimbaud, otro  $\text{♁}$  AS  $\text{♁}$ , quien fue violentamente seducido por el poeta Paul Verlaine que tenía el Sol en  $\text{V}$  opuesto al de Rimbaud, aunque con el mismo explosivo AS  $\text{♁}$  y Marte y Venus en  $\text{V}$  lo que explicaba sus excesos pasionales, los balazos del muelle de Bruselas... Rafael buscaba en la astrología explicación a los laberintos de la naturaleza humana, de las pasiones más enceguedoras, de los crímenes más crapulosos, y en fin era lástima que no se conociera la hora de nacimiento del Marqués de Sade, que era un  $\text{II}$  con la Luna en  $\text{♁}$  ni de Leopold von Sacher-Masoch, inventor del moderno masoquismo, nacido en Lemberg (Polonia) el 27 de enero de 1836.

5.

Hacía ya 11 meses que convalecía en casa de tía Lucha y había mejorado mucho, a decir del doctor Toledo que le hacía el seguimiento y una vez por mes venía a examinarlo y a sacarle muestras de sangre y orina para los análisis. Pero seguía débil y prefería no salir de la cama sino para lo indispensable y, sobre todo, comenzaba a sentirse desasosegado por el estancamiento en que se encontraba su investigación.

En efecto, estaba a foja cero como el amigo Jung, propiamente en la calle hubiera dicho algún enemigo, porque la cantidad de información que estaba manejando era tan vasta que no le permitía una visión de conjunto.

Todo era un confuso magma de planetas y estrellas combinándose hasta el infinito, como aquellos espejos paralelos que dan vértigo y, así como un ajedrecista no puede prever sino unas pocas jugadas adelante y después comienza la selva inextricable de las combinaciones sin fortuna, así el astrólogo no acertaba a reconocer un claro diseño en las combinaciones de los astros por exceso de información. Al cabo de largos meses de trabajo se encontraba con las manos vacías y más confuso que nunca, tentado de abandonar esa estúpida investigación que no conducía a ninguna parte y en la que todo el mundo se había estrellado antes que él, seguramente porque era imposible conocer la naturaleza del amor.

Platón creía que originalmente los humanos teníamos los dos sexos, pero luego habíamos sido brutalmente seccionados por la mitad y, desde entonces, buscábamos nuestra Cara Mitad en el mundo llamándole amor al deslumbrante encuentro con ella. Los psicoanalistas, con Freud a la cabeza, hablaban de la libido como una fuerza erótica venida del fondo de la especie, que aseguraba los intercambios sexuales y la reproducción del hombre, y solía expresarse también bajo la forma sublimada del amor romántico o filial, pero no sabían dirigirla. Los cristianos sostenían que el mandamiento «Amaos los unos a los otros» era la ley de la vida, pero ponían absurdas, pecaminosas trabas al sexo porque era el más grande dispensador de placer, al que ellos temían desde el fondo de las Edades.

El Amor Cortés del Medioevo, basado en el culto de la Virgen María, el Amor Burgués basado en la conservación de la propiedad y la transmisión de la herencia, el Amor Comunista para el que tirar debía ser tan simple y natural como tomarse un vaso de agua, el amor exaltado de los poetas que tocaba las cimas de la santidad y los abismos de la abyección, el amor desgarrado de las óperas, el amor

melancólico de las canciones populares que todo el día pasaban por la radio, el amor misterioso que aparecía sin razón alguna y se iba de la misma manera, el amor que anidaba en las estrellas, en las constelaciones, en los planetas vagabundos. Pero ahora el amor era un lugar común en el que nadie se atrevía a pensar, salvo los poetas, los psicoanalistas y los astrólogos.

Rafael, que había tenido tantos amores, tampoco sabía lo que era el amor, Dios nos libre, y se abismaba contemplando el espléndido cielo de la noche del Cuzco, con infinitos, titilantes caminos en el negro sobrecogedor de la noche, buscando reconocer las constelaciones zodiacales, el Camino de Anu de los remotos caldeos con sus bestias mitológicas: Hun Ga el cazador; Ni.Na, diosa que era mitad pez mitad golondrina y volaba sobre los mares; Ea, el Antílope del Océano Subterráneo: puntos luminosos, nebulosas, paquetes estelares en los que despuntaba, de pronto, el ojo rojo Aldebarán, la azul Spica de Virgo, la amarilla Régulo, la estrella de los reyes.

Allí es que comenzaba y se jugaba el destino de los humanos: así como en las epopeyas griegas todo comienza en los cielos, con una apuesta entre los dioses que luego es ejecutada por los humanos, experimentalmente, para ver quién gana y quién pierde en suma. Allí comenzaban a anudarse los destinos de los unos con los destinos de los otros en un libretto que siempre era el mismo y siempre cambiante, porque había tantas formas de amor como seres humanos, se decía, y además el fenómeno era posiblemente indescifrable, aunque esta resignación cósmica no lo llegaba en el fondo a satisfacer.

Fue su primo Hugo quien, sin quererlo, lo ayudó a desbloquear la situación. Una tarde que vino a visitarlo le preguntó si no quería comprarse una computadora que un amigo suyo, que era programador, estaba vendiendo baratísimo porque se iba a los Estados Unidos. Aunque Rafael jamás le había contado los términos de su investigación, él sabía que su primo de París tenía un intenso trabajo intelectual que sin duda se podría aliviar con el auxilio de esas maravillas del siglo XX que eran las computadoras, y se extrañaba de que aún no hubiera

recurrido a ellas. En esta época de la Aldea Global e Internet —que todavía no llegaba al Cuzco— el primo Rafael no se podía quedar trabajando como en los tiempos de la carreta. Además su amigo se la vendía con un montón de programas instalados y hasta podía elaborarle programas *ad-hoc*, para aligerar su trabajo.

Este último argumento terminó por convencer a Rafael de que esta podía ser la solución al *impasse* que estaba afrontando; pues aunque apenas sabía manejar una computadora, tuvo el pálpito que esa era la solución y ofreció comprarla si es que el amigo le preparaba un programa especial para el manejo de su base de datos. Al día siguiente, Hugo regresó con el programador, un tal Eligio Elgorriaga, y la computadora, que resultó ser una 386 del año de la pera, pero con su disco duro de 40 megas y su impresora de inyección a tinta. Cuando Rafael les explicó, esa tarde memorable, los términos de su investigación, se quedaron primero extrañados, luego fascinados y, por último, deslumbrados por aquella búsqueda que abordaba uno de los puntos más oscuros del fenómeno humano y lo hacía desde la perspectiva de la milenaria astrología, de la que todo ignoraban pero que igual los seducía. No se habían imaginado que el primo fuera astrólogo, y con mucho entusiasmo se ofrecieron a conseguirle clientela una vez que estuviese un poco mejor de salud; pero en lo inmediato Eligio se puso a trabajar con Rafael, enseñándole a manejar la computadora, explicándole lo que era un Diagrama de Flujo.

Si bien la investigación estaba todavía a foja cero, Rafael ya había sacado ciertas conclusiones que podían reducirse a dos puntos principales: a) *los árboles le tapaban la floresta*, o sea que la acumulación arborescente de Aspectos escondía las grandes líneas de fuerza que los astros diseñaban y era cuestión de simplificar, de reducir trígonos, cuadraturas, sextiles, quintiles, oposiciones, conjunciones y semisextiles a sus componentes esenciales, a cero y a uno, como en la lógica de las computadoras, para tratar de encontrar las líneas maestras. Y b) *era preciso que los aspectos planetarios se dieran de Signo a Signo*, como lo preconizaba Ptolomeo en la alta Antigüedad, y no de grado a grado como

lo decía Kepler, lo que establecía ya de entrada una diferencia metodológica con aquel trabajo de Jung, quien seguramente era un gran psicoanalista pero poco conocía de las técnicas astrológicas.

En suma, terminaron trabajando juntos en la reformulación de la base de datos que se hizo a partir de un código de letras y de números que sugirió Elgorriaga, donde los signos eran reemplazados por sus números correlativos, los Planetas por su ubicación en la secuencia y los Aspectos por letras. En un par de semanas de consultas continuas, a las que a veces asistió Hugo, el programa estuvo terminado. Justo a tiempo, porque Elgorriaga se fue a los Estados Unidos al día siguiente y dejó a Rafael dueño absoluto del terreno, es decir de la computadora en estado operativo y del programa comprobado y chequeado, listo para aplicarlo a esa base de datos que comportaba ahora 260 personajes femeninos y 142 masculinos, donde había de todo, desde sus propias amantes hasta famosas cortesanas como Mata Hari, la Bella Otero, Xaviera Hollander, actrices famosas por sus romances como Mae West, Jeanne Moreau, Marilyn Monroe, Lana Turner, conspicuos mujeriegos como Norman Mailer, Warren Beatty, Henry Miller, Charles Chaplin, con algunas de sus parejas más conocidas, y en fin parejas célebres de todas las épocas y latitudes, que podían compararse persona a persona, o todas con la misma persona, asignando cierto puntaje a cada pareja así formada, según parámetros preestablecidos. Lo primero que hizo Rafael fue comparar su propio horóscopo con el de todas las mujeres allí representadas, para ver cómo funcionaba el programa, y formarse un criterio sobre su eficacia. Nunca se imaginó lo que iría a ocurrir.

6.

Apretó pues el *enter* y se quedó paralizado de estupor: la mitad de los mejores polvos de su vida aparecieron juntos en la pantalla, agrupados bajo el mismo algoritmo, formando una figura coloreada semejante a una trenza. Increíble, porque el más alto puntaje correspondía a

Yvonne, con quien había tenido una tremenda pasión sexual nunca igualada, y el más bajo a Pilar, una española que le era profundamente antipática y con quien siempre había andado a los capazos. Y en orden decreciente aparecían sus amores más ardientes y perentorios, aquellos que acarreaban una mayor carga de deseo. Pero, desde luego, habían excepciones: Dominique por ejemplo, con quien había vivido 4 años de pasión, ocupaba un modesto 45avo puesto; Fanny, con quien había tenido una delirante historia entre Mallorca y Bruselas que había durado meses, estaba en el puesto 97, mientras que la preciosa y ardiente Cathy, cuya suave mordedura recordaba aún su pito, ocupaba el puesto 108.

«¡Qué locura», se dijo, «¡qué locura!».

Tan excitado estaba que no pudo dormir toda la noche, se puso a sudar frío y le vinieron unos temblores incontrolables que no presagiaban nada bueno. A las 6 de la mañana una ambulancia lo llevó a Emergencias, para gran susto de la tía Lucha, y allí lo calmaron con una inyección y lo tuvieron en observación hasta el día siguiente. No era nada, dijo el doctor Toledo, había sufrido una descompensación de origen seguramente emotivo, pero en lo sucesivo tendría que evitar las emociones fuertes o prevenirlas tomando unas pastillas que le recetó si sentía el aura declararse. Lo regresaron pues a Colcampata, donde recibió la alarmada visita de los primos y tíos, que ya lo creían con un pie en la tumba. Es verdad que estaba desmejorado y un tanto ojeroso, pero al fondo de sus ojos brillaba con fiereza una luz desconocida: lo había logrado, después de tanta confusión al fin *la había hecho*. O al menos había encontrado el hilo de la madeja, porque era imposible que todo aquello fuera casual y era la primera vez en casi un año de investigación que conseguía un resultado tangible, mucho más desde luego que lo que Jung y su equipo habían logrado.

Lo que sí tenía claro es que el amor no era una sola cosa, un sentimiento claro y simple con las mismas características para todo el mundo: más bien le parecía evidente que *eso que llaman amor* era algo sumamente complejo, compuesto por diversos sentimientos, deseos,

carencias, intercambios, ideales, voluntades, que cuajaban en modelos distintos cada vez, según las marcas astrales de las personas involucradas. El amor era el proceso inconsciente de cotejar esas marcas astrales y establecer un protocolo secreto entre dos seres, con límites definidos; porque el amor no era ilimitado aunque lo pareciera, «limitado pero infinito», según la célebre definición de Einstein sobre el universo. En algunas parejas primaba el deseo sexual, porque era el Sol, el dador de vida, el que ocupaba el centro de la escena. En otras, era la fría Luna la que regía, y en consecuencia los valores espirituales como la comunicación, la admiración, la belleza compartida, eran los que le daban sus características más destacadas. Cuando era Marte el que mandaba uno se encontraba con esas parejas ardientes y vibrantes que se peleaban por un quítame allá esas pajas, y se reconciliaban con el mismo ardor, para enseguida exigirse nuevas pruebas de amor en un movimiento pendular teñido de pasión autodestructiva. Venus por el contrario daba mucho encanto y seducción al amor y lo envolvía todo en bellas formas, aunque era celosa, posesiva y algo sadomasoquista. Y, en fin, en las relaciones en que predominaba el AS había un destino en común, un ideal compartido, un viaje a través de la vida sostenido por la voluntad de hacer cosas juntos; Saint-Exupery lo expresaba en la frase «amarse no es mirarse a los ojos, sino mirar juntos en una misma dirección», que había impresionado a Rafael en su incendiaria juventud, pero que no era sino una de las formas simples que podía asumir el amor.

Porque había formas más complejas, que conformaban verdaderas trenzas multicolores: aquí el rojo bandera de los calores perentorios de Marte con el gélido celeste de los nobles pensamientos y oscura sofisticación erótica de Venus formaban una trenza que se llamaba Amor, y allá se formaba otra trenza de un rosado insolente, un cholo pink bien venusino, un azul profundo como el mar y una rama dorada, crepuscular como alguna poesía de Rubén Darío, y también se llamaba Amor. Y más allá otros eran los colores, otras las trenzas, y todas se llamaban Amor, aun las menos felices, las más desventuradas, aun las

menos brillantes, las que nacían con menos bríos y arrestos, o aquellas que tenían los colores desvaídos de una aguada anémica también se llamaban Amor porque habían respondido *sí* en vez de decir *no*, y fluía la energía inconteniblemente entre ambos seres, dando una forma luminosa al encuentro energético de la pareja.

Porque también había la posibilidad de que dijese *no*. Que todos los planetas estuvieran incomunicados a causa de sus Aspectos negativos, que no fluyese la energía de uno a otro, o lo hiciera muy insuficientemente o de manera conflictiva. Entonces no había relación. Eran esos compañeros de oficina que uno traga pero que no pasa, esos exalumnos que uno encuentra una vez al año en algún compromiso, esos anónimos viandantes que se pierden en la boca del Metro para siempre, esas mujeres que uno ni siquiera mira.

7.

A todo esto *El primo de París* ya se había convertido en toda una institución fantasmal en el Cuzco, porque todos los vecinos de la zona ya lo conocían de nombre y sabían también de su desesperante enfermedad. Pero ahora que se habían enterado por boca de Víctor Manuel y de Hugo que era de profesión astrólogo, había redoblado el interés que tenían por conocerlo, salvo claro está unas viejas beatas que decían que la astrología era pecado en el nuevo catecismo del Papa Juan Pablo II. Residía ya más de un año y medio en el vecindario y aún nadie lo había visto de cerca, porque siempre se le divisaba en su ventana, enfundado en su bata, con su larga barba de rabino, ensimismado. Todavía no salía a la calle, pero su notable mejoría le permitía ya pasear por el jardín interior de la casona y llevar una vida casi normal dentro de ella, bajando a la sala a jugar al Mah-Jonh, bañándose en la gran tina del primer piso, curioseando por la cocina porque ya su dieta no era tan rigurosa y le permitía algún antojo gastronómico, pero sin ají. Ahora era cuestión de que suba un poco de peso y se someta a un chequeo general en la clínica para ser dado de alta en pocos meses.

Y es verdad que Rafael se sentía renacer después de ese abismal tropezón con la enfermedad y planeaba su regreso a París; pero no quería regresar con las manos vacías, pues tendría prácticamente que comenzar de nuevo y eso costaba muy caro en la dura Lutecia. Lo ideal sería regresar con los resultados de su investigación, pero todavía le faltaba un paso para dar por terminada esta primera etapa: ahora había que probarlo.

Tenía ya suficientes elementos de juicio para poder provocar un encuentro fulgurante entre dos personas, un flechazo que se convirtiese en amor después de su «cristalización», tal como lo postulaba Stendhal, y ahora había que pasar a los actos para confirmar o invalidar su teoría. Pero para eso necesitaba los datos de personajes del Cuzco, para poder experimentar con ellos, ya que su lista de París no le servía para sus fines. Sus primos y primas se ofrecieron entusiastamente a ayudarlo, y en cosa de un par de semanas recolectaron más de ciento cincuenta fechas de nacimiento de hombres y mujeres, incluyendo a todos los familiares casaderos, amigas y amigos, condiscípulos, compañeros de trabajo, *bricheros* y gringas residentes, vecinos, que Rafael procesó y registró como «Cuzco.dat» en la computadora.

Ahora solo faltaba un conejillo de indias para el experimento y el primo Hugo se ofreció como voluntario, porque decía que ya quería sentar cabeza y estaba esperando a la mujer de su vida, que todavía no encontraba en las discotecas. Así pues, una tarde entró al programa sin más trámite e introdujo los datos de Hugo en el archivo Cuzco.dat para ser comparado con todas las candidatas de la lista cuzqueña. Dio *enter* a la computadora, y al instante aparecieron los resultados en la pantalla: una cierta Charlotte Van de Putte, nacida en Brujas, Bélgica, tenía el más alto puntaje, pero estudiando más de cerca la trenza se dio cuenta de que habían demasiadas Oposiciones entre ambos temas, lo que auguraba mucho jaleo y el primo anhelaba algo más tranquilo, de modo que pasó a la siguiente, que tampoco le gustó por la dominante marciana que tenía.

Al cabo de muchas vueltas y descartes terminó decidiéndose por una tal Claudia Guevara, una Cáncer AS ♄ con la Luna en ♃, Marte

en ♄ y Venus en ♃, nacida en el Cuzco el 24 de julio de 1969. Teóricamente era la mujer ideal para Hugo, pues auguraba a su pareja una intensa sexualidad, una excelente comunicación, una fuerte voluntad de estar juntos contra viento y marea, una complicidad vital. Y desde luego un enamoramiento a primera vista, lo que vendría a coronar esta brillante trenza de planetas como una roja cereza, para resolverse en amor apasionado una vez que se produjese la famosa cristalización.

Por la noche llegó Hugo, todo nervioso, y se puso todavía peor cuando se enteró de que la elegida era esa Claudia Guevara de la que siempre la hablaban sus primas, pero que nunca había visto ni en pelea de perros. Era soltera, sí, y sin compromiso, lo sabía porque era cuzqueña y amiga de sus primas, y no hace mucho había llegado de Estados Unidos para trabajar en una agencia de turismo, pero ¿estaba seguro Rafael de que esa era la mujer de su vida, no se estaría equivocando el programa? Hay que probar, dijo el astrólogo, para eso estamos: la única manera de saberlo es encontrarse con ella a solas, bajo cualquier pretexto. No tan completamente a solas, porque él quería ser testigo de su encuentro, solapa, pero testigo. Y si para eso tenía que salir de su encierro, porque era improbable que el encuentro ocurriese en su casa, Rafael estaba dispuesto a salir a las calles del Cuzco, que además ya era tiempo después de 20 meses de convalecencia.

En efecto, la prima Armida, que era la amiga de Claudia y su principal propagandista, arregló el encuentro en un café céntrico, al que ambas iban a concurrir el sábado por la tarde como tenían costumbre. Ellos se presentarían como por casualidad y la prima haría las presentaciones. A partir de aquí todo estaba en manos del destino y, si los cálculos de Rafael eran justos, habría flechazo o al menos una inclinación fuerte e inequívoca del uno hacia el otro, que una vez constatada por el astrólogo lo haría dar por terminada su intervención, y separarse del grupo con cualquier pretexto, seguido de Armida, para dejar el campo libre a la nueva pareja.

Se hizo pues Rafael cortar el pelo y tallar la barba por un peluquero que le trajeron a casa y estuvo toda una tarde desempolvando su

ropa traída de París que dormitaba en el armario. Claro que no era por la chica, porque había tenido la precaución de comparar su horóscopo con el suyo y le había salido que tenían muy mediocres afinidades, sino porque quería mostrar a los vecinos que estaba plenamente recuperado. Estaba todo excitado de poner a prueba su teoría sobre el amor, que era la culminación de aquellos meses morosos y desteñidos que felizmente ya habían terminado, y se regocijaba de haber dedicado todo su tiempo a esa investigación, pues de lo contrario seguramente habría muerto no de hepatitis sino de aburrimiento.

Si la prueba era positiva, y los amantes presentidos caían uno en brazos del otro, de lo que Rafael no dudaba un instante, se abría un campo inmenso para la humanidad, nada menos, pues eso querría decir que el hombre habría finalmente domeñado al rebelde amor, que desde los griegos era considerado irracional en sus descabelladas elecciones, por algo lo representaban como un niño ciego que disparaba sus flechas a diestra y siniestra, sin ninguna lógica. Pero si había una lógica, unas leyes formativas del amor, si se comprendía su esencia y sus manifestaciones, sus componentes y sus derivaciones, su dinámica interna y sus proyecciones, entonces se podría dirigir los dardos de Cupido de manera racional, con plena libertad de elección, a sabiendas de lo que a uno lo esperaba, y ateniéndose a las consecuencias.

Se podía aspirar a amores al fin perfectos, creativos e incesantes, como lo anhelan los amantes en los primeros días y meses del amor, pasiones controladas por el tamiz del conocimiento, bellas familias modeladas por esta suerte de eugenesia natural, y por último generaciones enteras mejores y más felices que nosotros, obedientes al mensaje de los astros, a la comunión con El Misterio... Una verdadera revolución en las costumbres, en la epistemología, un radical cambio en la vida que había sido predicho por el poeta Rimbaud en sus instantes de videncia y, en fin, no quería pensar demasiado en las consecuencias de su descubrimiento, porque le daba vértigo y se creía devuelto a los primeros tiempos de su hepatitis en que la cabeza no paraba de darle vueltas.

Cuando el gran día llegó, Hugo vino a buscarlo después del almuerzo, muy elegante y atildado pero muerto de miedo, pues veía llegar el fin de su despreocupada soltería, y se encontró que el primo había sacado sus mejores pilchas de París y estaba guapísimo. Un poco celoso y preocupado Hugo bromeó: «No se vaya a equivocarse Claudia y se meta contigo». «No te preocupes, hermano, todo está bajo control», repuso el primo de París, y como Hugo insistía en tomarse un trago, porque estaba nervioso y pretendía que una copita de anís lo calmaría, se fueron a un bar cercano y llegaron al café de la cita media hora tarde. Ellas estaban sentadas hacia el fondo, en una mesita mal iluminada hacia la que los primos se acercaron.

8.

Pero aquí las cosas comenzaron a salirse del libreto, porque ya desde las torpes presentaciones se vio claramente la decepción del primo Hugo, que sin duda se imaginaba otra cosa, ante aquella pequeña mujercita de pelo negro con rulos despeinados, grandes ojos pardos brillantes de asombro e inteligencia, nariz delicada y un tanto roma, y boca grande y voluntariosa que, enfundada en una malla negra del cuello a los pies, con una falda escocesa encima, le hacía una pequeña venia sin darle la mano. Muy distinta fue la reacción de Rafael, que de inmediato se quedó fascinado por esta menuda criatura, sin duda porque lo cambiaba de las grandes y blondas europeas que había frecuentado en los últimos años y, simétricamente se dio que para ella, Rafael era el hombre más guapo que había visto en su vida y no podían despegar los ojos uno del otro.

El primo cuzqueño vio con alivio cómo el viento cambiaba y la cosa ya no parecía ser con él, sino con el primo de París, y se imaginó que algún cálculo le habría fallado al hombre, porque era bien delicado eso de las horas de nacimiento que Rafael le había alguna vez explicado, y todo eso. En cuanto a la prima Armida, como no estaba al corriente de la apuesta astrológica que se jugaba en aquel mismo momento, no vio nada raro en que un hombre apuesto como era el primo de París,

se sintiese atraído por su amiga, que era una bella persona, y más bien se dedicó a tocarle el violín a la nueva pareja que se iba formando ante sus encantados ojos. En efecto, ya a estas alturas Rafael le contaba a Claudia lo de su vida en París y su hepatitis, y ella lo escuchaba con devoción embobada, sin apartar los ojos de los suyos. El mundo se estaba deteniendo imperceptiblemente y nadie sino ellos se daban cuenta y estaban absurdamente obligados a socializar la conversación, en lugar de obedecer a sus locos impulsos de estar solos.

Vaya, estoy presenciando un flechazo, se dijo de pronto Hugo, y se echó a reír, porque en lugar de actor estaba de espectador, y la situación le parecía hilarante, no es cierto, primo, pero su risa casi rompe el hechizo. Casi, porque hubo como un frenazo cuyo chirrido casi se oyó y escucharon al astrólogo preguntar a la chica abruptamente: «¿De qué signo dijiste que eres?». Claudia confirmó que era del signo Cáncer. «¡Cáncer, que maravilloso signo!», exclamó Rafael mirándola con adoración, porque era el signo más femenino del zodiaco, regido por la Luna, la Reina de la Noche, la Dama del Misterio, y ambos primos rieron como chicos cómplices, pues seguramente encontraban divertida esta inquietante broma que les jugaba el destino.

Y ella también rio, con una risa cantarina, y unas ganas locas de tocar a Rafael, y hasta la prima Armida, que no entendía nada, rio también cloqueando como una gallina vieja, y todos rieron, pero el que más se rio fue el primo de París, porque echar por la borda toda su investigación de año y medio le provocaba una risa tremenda, cósmica, ahora que se había hecho presente el indomable, travieso, impredecible Amor.

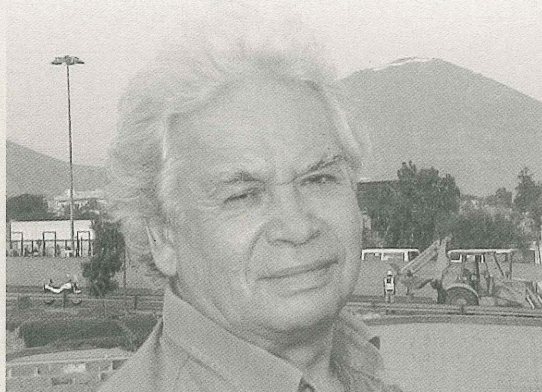
## EPÍLOGO

Se casaron en el Cuzco, al mes siguiente, y apenas Claudia salió encinta partieron a establecerse en París, donde nació su hijo que se llamó Juan Carlos, como su abuelo argentino. En cuanto al programa de Afinidades Amorosas, Rafael decidió no continuar con los experimen-

tos porque ya no estaba seguro de nada. Sospechaba que el flechazo que había tenido con Claudia había sido ocasionado no por la *presencia* de ciertos planetas sino por su *ausencia*, debido al gran vacío que él tenía en el eje Capricornio-Cáncer, donde ella tenía precisamente la Luna y el Sol, pero por el momento esto quedaba en el misterio. Su investigación estaba a todas luces incompleta, porque esto era solamente un esbozo y se necesitaba en realidad todo un equipo pluridisciplinario para concluir algo verdaderamente científico. Pero lo que tenía avanzado hasta el momento le sirvió para concluir su famoso artículo para la revista *Horoscope* que previsiblemente terminó llamándose «Las leyes astrológicas del amor» y salió en París un 14 de febrero, Día de los Enamorados.

## ÍNDICE

EL SEÑOR DE PARÍS .....	9
MEMORÁNDUM .....	13
VARIANTE PASAMAYO .....	29
LAS MEMORIAS DE DRÁCULA .....	43
EL BENEFADOR .....	69
EL MURO DE BERLÍN .....	89
LAS LEYES DEL AMOR .....	135



## RODOLFO HINOSTROZA Cuentos de Extremo Occidente

El *Extremo Occidente* no es sinónimo de América Latina, aunque es un territorio de ficción y de cultura «donde sopla el viento del espíritu», y es por lo tanto común a varias regiones donde la imaginación campea, desatada.

Los siete cuentos de esta selección han sido publicados a lo largo de los últimos 20 años. «Memorándum» salió en la edición española de *Play Boy* a inicios de los 80 y estuvo a punto de convertirse en guión de cine en manos de Jorge Semprún. Luego vino una serie que fue saliendo en el diario *La República*: «Variante Pasamayo», «El señor de París» y «Memorias de Drácula». «El benefactor» gana el Primer Premio del concurso Juan Rulfo en 1987, cuento que apareció en la revista *Hueso Húmero* y figura en diversas antologías. Los dos últimos cuentos escritos por Hinostroza son «El muro de Berlín» y «Las leyes del amor».



ISEN 9972-42-460-X

